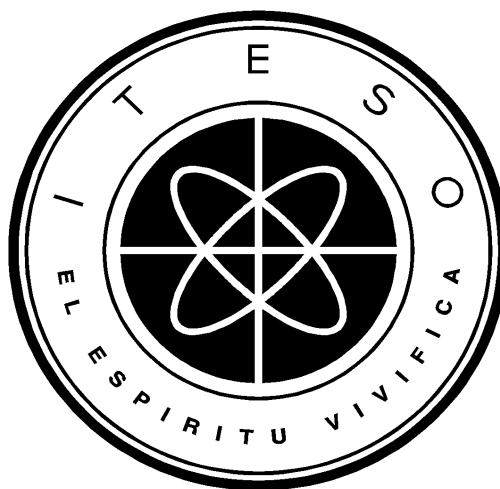


# **INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE**

RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL, ACUERDO S.E.P. NO. 15018  
PUBLICADO EN EL DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACION  
EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1976.

---



## **DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES**

ACERCAMIENTO A LA CULTURA MEXICANA DESDE EL CANTANTE Y  
COMPOSITOR JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

---

TESIS PROFESIONAL QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES  
PRESENTA:

Jefferson Frenel Junior Pierrelus François

TLAQUEPAQUE, JALISCO A JUNIO DE 1998

ACERCAMIENTO A LA CULTURA MEXICANA DESDE EL CANTANTE Y COMPOSITOR  
JOSE ALFREDO JIMENEZ

PROLOGO

En este trabajo sobre la cultura mexicana analizada a través del cantante mexicano José Alfredo Jiménez, no pretendo agotar todas sus canciones, mucho menos estudiar de manera cabal la cultura de este país, lo que, desde luego, con humildad lo confieso, escapa a mis capacidades. Para tal empresa, creo que se dispone de trabajos científicos serios realizados con esmero, maestría y elegancia. El motivo de esta investigación es demostrar cómo y por qué José Alfredo figura en la reducida lista de los más famosos compositores y cantantes mexicanos, y no sólo a nivel nacional sino también internacional. La prehipótesis que formulamos es la siguiente: José Alfredo Jiménez es uno de los grandes conocedores de la cultura mexicana, la vive y la sabe transmitir.

No abrigo la intención de decir la última palabra sobre esta cultura, sino entablar un profundo y serio diálogo con el lector para que pueda tomar su propia postura como mexicano o como persona interesada, dedicada al estudio de la cultura. El análisis de las concepciones del hombre mexicano, de la muerte, de la vida y del amor suscitarán tal vez divergencias en el lector. ¡Qué bueno!, porque es una de las actitudes fundamentales de un enamorado de la verdad. ¿Qué será de la ciencia, de la búsqueda de la verdad sin ellas? Lo que me propongo es una reflexión pluridisciplinar sobre algunas características de esa cultura a partir del guanajuatense José Alfredo Jiménez. Nuestro propósito es analizar las relaciones entre algunos temas cantados por él y la cultura de la que es hijo. Esta preocupación nos llevará a tomar postura ante los diversos conceptos que hemos de profundizar, con un sostenido esfuerzo de apegarnos a la verdad, es decir ser consciente de nuestra propia visión en el momento de interpretar las canciones, y recurrir a disciplinas como la Antropología filosófica y

social, Filosofía, Sociología a fin de fundamentar nuestros avances. De hecho, sus canciones necesitan ser sustentadas por una sólida reflexión teórica.

Sin lugar a duda, su nombre está celosa y orgullosamente guardado en el corazón de muchos mexicanos. Es una figura muy querida por muchos y no tanto por otros. Empero, nadie puede negar su genialidad y contribución inestimable a la cultura mexicana. Él ha podido sacar sus versos, sus canciones del tejido sociocultural de la vida mexicana, en el corazón de las calles, en una cantina, en los ranchos donde se juega la existencia humana. A través de sus canciones se ven desfilan paisajes, estremecer corazones, frustraciones lamentadas, alegrías proclamadas a cuatro vientos; se entrevé y se siente el palpitar y el latir del mexicano. Es uno de los que supieron recoger con finura y sencillez el sentir de todo un pueblo.

El retrato que ha sacado de la realidad mexicana recibió y sigue recibiendo la confirmación de su gente; se ha visto reflejado y presente en sus versos. Constituye en mi opinión la expresión del mexicano que vive profundamente su cultura, y al transmitirla le da más vida.

Si el pueblo de México se estremeció y sigue estremeciéndose al hechizo de sus canciones, era y es porque en sus versos armoniosos se descubría y se descubre a sí mismo. En sus canciones se exhibe en su máxima expresión el alma mexicana que palpita, llora, salta y se conmueve. Podríamos definir a José Alfredo como el cantante de la vida cotidiana, el poeta del pueblo; como tal, supo abrir su corazón, sus sentimientos, transformarlos en canciones a fin de que todo un pueblo se meciera al ritmo de ése.

Cabe señalar que, si José Alfredo es uno de los mejores compositores mexicanos, esa atribución no significa que en él se agota toda esa cultura. Su mérito, como el de otros, fue haber podido tocar los sentimientos más escondidos y los nobles anhelos del ser mexicano para expresarlos en forma de poesía musical. Lo que lo hace poeta no es sólo el hecho de componer, sino de hacerlo como un gran conocedor de la naturaleza humana, a través de sus logros, fracasos, y sobre todo vivir dentro de esa fragilidad que consiste en ser persona. Su gloria conseguida viene de este pueblo que sólo canta

en coplas rancheras sus esperanzas, miedos, frustraciones, amores; en pocas palabras, que hace de su vida una canción con diferentes y largas coplas.

En este caso, José Alfredo se erige en un gran maestro del sentir popular mexicano, por lo tanto, un famoso conocedor de su cultura. Si se ha definido la cultura como una forma peculiar - aprendida desde luego- de relacionarse con los demás, la naturaleza y Dios; de regularizar las convivencias sociales, de elaborar pensamientos, mitos, creencias; de expresar su creatividad artística, que sustenta, justifica y explica el actuar social de una colectividad, sin duda de ser transmitida de generación en generación; si es también una manera de configurarse la existencia- tomada en el sentido lato y cabal-, de ubicarse en ella, rejuvenecerla, modificarla- positiva o negativamente en función de los nuevos cambios que va viviendo este grupo social, entonces las canciones de nuestro autor son culturales porque pintan de manera genuina el actuar y el sentir del pueblo, y se inscriben ya en la lista de las joyas más preciosas de la música no sólo mexicana, sino española.

Su belleza no reluce en los rebuscados giros alégoricos, metafóricos, sino en la nitidez y sinceridad con que desnuda su corazón, en la intuición desarrollada, la genialidad de describir lo que es el mexicano con sus dramas, miedos y anhelos. Como Lara, José Alfredo Jiménez supo para bien o para mal exponer el corazón melodramático del mexicano al altar mundial. Cada canción despeja esta fragancia de mexicanidad, va tejiendo con la otra el modus vivendi del pueblo mexicano.

José Alfredo nos invita a la desnudez del ser, a nadar diez mil leguas debajo de las tempestades de la existencia; a sentirnos y a gozar de la fragilidad de nuestra vida; a escaparnos de las prohibiciones sociales y familiares. En él, el amor mata para no morir y, si llega a extinguirse, sus cenizas celosamente se guardan en el recóndito del alma o se borran entre copa y copa. Su grandeza es haber cultivado la facilidad - como todos los genios- de dejar correr sus notas a la velocidad de sus sentimientos, de su corazón muy arraigado en la realidad de su gente. Por lo que sus canciones resultan tan dramáticas, dolientes y amorosas. En ellas no existe ninguna paradoja, al contrario, se describe la complejidad de la existencia melodramática del mexicano, que engrandece demasiado lo que es y tiene, aunque en el fondo quisiera ser y tener otra cosa. La hipótesis que guiará este trabajo se puede expresar de esta forma: Como gran

conocedor, maestro y difusor del sentir popular mexicano, José Alfredo pintó la realidad melodramática y compleja del mexicano, y al hacerlo sus canciones parecen sustentar y justificar el orden prevaleciente, presentándolo como algo natural, escrito por el destino.

Con esa concepción de cultura arriba mencionada, se puede apreciar mejor los talentos de nuestro autor. En efecto, él ha sabido recuperar los elementos micro que configuran la realidad del pueblo; descubrió que en esas dimensiones microsociales se plasma con toda su fuerza la cultura mexicana. Su intuición poética le permitió captar de manera excepcional esos elementos cotidianos que conforman y dotan de un peculiar sentido la cultura mexicana, por lo tanto, la singulariza y la distingue de las demás. Por esto, al recuperar esos componentes - machismo, vino, pobreza, desgracia, el sin sentido de la vida, traiciones, etc.-, José Alfredo no hizo otra cosa que dejar fluir a través de su voz la cultura de la cual es un fiel heredero. No cabe lugar pues para hablar - por lo menos en ese tiempo- de una cultura pasiva.

Frente a una invasión de canciones estadounidenses, principalmente el rock'n roll, en la década de 1950-60, José Alfredo levantó su voz para conmover a todo un pueblo. En él la cultura es conciencia de ser mexicano y voluntad de seguir alimentándose de sus raíces; es síntesis y expresión de lo vivido, de lo que se es, de lo que se espera, por lo que es también proyección hacia el futuro. No hay cultura sin esta última dimensión, sino tiende a desaparecer.

Nuestro concepto de cultura, a fin de alejar toda tendencia a dudas, es el siguiente: un conjunto de hechos/fenómenos que consciente o inconscientemente moldean e intervienen en nuestro existir y actuar, y eso mediante las pautas estandarizadas por la sociedad, mediante las normas prescritas y valores, creencias, moralejas, mitos elaborados por ella a través de sistemas tales como la familia, la escuela, la religión, el medio social, el lenguaje, etc. Desde la perspectiva antropológica y social, podemos afirmar: "Cultura es la manera como un grupo o un pueblo vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En cada cultura, hay sistemas de valores subyacentes, significaciones y visiones del mundo que se

expresan visiblemente en el lenguaje, en los gestos, símbolos, ritos y estilos”<sup>1</sup>. Pero, la cultura, como término abstracto, nadie la ha visto; constituye más bien una manera peculiar de comprender el conjunto del actuar de una sociedad, de un grupo. Por lo que los fenómenos, las manifestaciones observados en la vida cotidiana de una sociedad cobran toda su importancia ya que responden a necesidades vitalmente esenciales de sobrevivencia, de organización, de búsqueda y expresión de sentido de la vida.

En otras palabras, sabemos que el controvertido tema de la cultura comprende tres grandes sistemas, los cuales son el adaptativo, que es el esfuerzo del hombre por controlar la naturaleza y asegurar las condiciones materiales de existencia; el asociativo, ligado a la reproducción biológica y a la distribución de los bienes y regularización de la convivencia social; y el ideológico, la instancia donde se elaboran las ideas, las creencias, los mitos, valores a fin de comprender, explicar, justificar o cuestionar el orden social.

Este tercer aspecto es el que responde al punto que queremos abordar en este trabajo, porque representa el sustento, el pilar donde se apoyan los otros. Porque en él encontramos varios elementos, tales como el lenguaje, el saber, la música, los valores éticos y religiosos y los mitos. Ese sistema es expresión, de cierta forma, de la cultura - que no es algo puro por las herencias dejadas por la colonización y por la constante influencia exterior a la que está expuesta- ya que todo movimiento o acto realizado en los otros ha de encontrar su reflejo de justificación o explicación en él.

Al hablar de la cultura mexicana, y en este caso de todos los países latinoamericanos precisamente, que reviste un carácter espurio por razones antes aludidas, queremos resaltar el empeño, y por tanto la grandeza, de nuestro autor por hacer cantar a todo un pueblo desde sus raíces, desde su autenticidad, es decir desde lo que es y aspira. Ha promovido en todas sus canciones este amor a lo nacional y ha ayudado como otros a que esa cultura desempeñe su verdadero papel como afirmación, a veces dolorosa, a veces gozosa, de la propia identidad y posibilidad - no siempre- para lograr un mejor y nuevo orden social. Porque, aunque mencionamos la

---

<sup>1</sup> Congregación General 34 de la Compañía de Jesús, decreto 75, nota 1, p.66, Decretos de la trigésima cuarta Congregación General, Roma Curia del Superior General, 1995.

palabra “autenticidad”, la cultura se baña en un océano de heterogeneidad debido a los mecanismos sociales y humanos por regularizar, determinar las convivencias sociales.

No podemos hablar de cultura prescindiendo del papel de la historia, si ésta representa los rieles sobre los cuales corre la primera. Son dos caras de una misma moneda; lo cultural y lo histórico están estrechamente ligados. Por lo que nos es indispensable acercarnos a la figura de José Alfredo ubicándole en su contexto histórico. Aunque sus canciones rebasan el tiempo y el espacio, sin embargo, él como ellas son hijos de la historia. Esta decisión obedece a la objetividad que queremos cultivar a lo largo de este trabajo, lo cual nos permitirá apreciar en su justo valor el personaje de José Alfredo Jiménez. Abordaremos en la parte introductoria de este trabajo la biografía del compositor y la historia concomitante a ésta. Ese es el punto que hará el objeto de esas siguientes líneas.

## INTRODUCCION

La biografía no es sólo un género literario o la historia de una persona, sino también es descubrir la incidencia que esa persona ha tenido o tiene aún sobre su pueblo, gente o nación. Por lo tanto, aunque la vida humana comprenda un principio y un fin, sus acciones, sus hechos, llevan el sello de la trascendentalidad, de la inmortalidad. Al recorrer de un punto a otras muchas personas han logrado convertirse en inmortales por las obras realizadas, a través de las cuales imprimieron sus nombres en el corazón no sólo de los de su generación, de los de su país, sino que han franqueado con éxito y altivez las barreras del tiempo y del espacio; lo que les atribuye a sus figuras una dimensión universal. Y una de estas grandes figuras que embellecen, agracian las páginas más gloriosas, bellas y auténticas de la cultura mexicana, es sin duda alguna el guanajuatense José Alfredo Jiménez.

Escribir la biografía de un personaje como la de nuestro autor es una empresa que se revela un poco complicada, debido a que su personalidad recorre todas sus canciones, se ve cristalizada en cada tema, en cada canción. Y cada uno se presta a un estudio de esta índole. La persona de José Alfredo Jiménez, haciendo uso de una metáfora, se asemeja a un río que corre por los caminos llaneros y pedregosos, y recoger agua de ese río no nos capacita para decir cómo es éste, ni a dónde va, ya que sigue su camino, recorriendo llanuras y valles. Lo único que podemos hacer es efectuar una aproximación respetuosa respecto a su persona e ir encontrando a lo largo de este trabajo no sólo su perfil, sino también el de la cultura mexicana.

El México que vio nacer a José Alfredo Jiménez no era todo color de rosa. Nueve años antes de su nacimiento, el país se había ensombrecido en una guerra cruenta, cuyo saldo fue estimado a más de 700 mil muertos. Dicho suceso se inscribe en la llamada “Revolución Mexicana” cuyo costo económico se había evaluado según los expertos a un treinta y siete por ciento en términos de ingreso no producido<sup>2</sup>. La emigración a los Estados Unidos de 1910 a 1930 se cuadruplicó, y México seguía acusando un deterioro en el campo sanitario por la cantidad de muertes registradas a causa de enfermedades curables, tales como las enfermedades estomacales,

---

<sup>2</sup> Héctor Aguilar Camín / Lorenzo Meyer, A la Sombra de la Revolución Mexicana, México, Editorial Cal y arena, 1990, p 87.



padecimientos pulmonares y del sistema respiratorio, tuberculosis, bronquitis, etc. Fue también en ese tiempo cuando se empezaron a notar las primeras manifestaciones de la migración interna; la población urbana creció considerablemente.

Por diferentes motivos, la miseria, inseguridad, violencia, la población campesina posrevolucionaria emprendía su peregrinación hacia las ciudades. El niño José Alfredo iba a ser uno de esos desterrados, peregrinos en busca de un mejor porvenir. El campo, por razones bélicas, no podía responder a las necesidades de la población; estaba mermado en su infraestructura por la guerra, epidemias, emigración. Sin embargo, el nacionalismo mexicano había ganado, recobrado fuerza.

Por otra parte, con la rebelión de Agua Prieta dirigida por los sonorenses, llegó al poder Adolfo de la Huerta, cabeza civil del aguaprietismo<sup>3</sup>, quien fue presidente interino del 10 de junio al 10 de diciembre de 1920, tiempo en el cual se dio por meta pacificar el país y realizar las elecciones presidenciales el cinco de septiembre de 1920, ganadas por Álvaro Obregón. Este duró tres años en el poder, de 1921-1924, y le sucedió su paisano Plutarco Elías Calles para el período de 1925-1928. Bajo su gobierno nació José Alfredo Jiménez, el 19 de enero de 1926, en Dolores Hidalgo, Guanajuato, Cuna de la Independencia Mexicana. La ciudad ostenta este nombre porque fue allí donde el Padre de la Patria Mexicana, Don Miguel Hidalgo, dio el Grito de Independencia para romper los yugos de la esclavitud española en 1810. El gobierno de Calles se propuso, como una de sus metas, estimular la educación elemental, así también las artes, la cultura. En el campo musical hubo un renacimiento del nacionalismo mexicano. La música volvía a tener su tinte de maguey y su olor a tierra mojada. Es la gran época del nacionalismo cultural. Los compositores de altura y de moda fueron: Agustín Lara, Guty Cárdenas, Lerdo de Tejada, Manuel M. Ponce, y otros más. Fue pues este marco socio-político-cultural el que recibió al genio de Guanajuato durante los primeros años de su corta vida.

Dichos acontecimientos, nos referimos a la Revolución Mexicana, relatados por sus abuelos, padres y vecinos, le fueron imprimiendo a él sus primeras configuraciones de la vida, de la persona humana, de la sociedad. Además, fueron sucesos que marcaron profundamente la vida social mexicana y por consiguiente sus

---

<sup>3</sup> Op. cit, p 90.

repercusiones le afectaron. Tal afirmación de nuestra parte no supone un determinismo total del hombre hacia su medio y ambiente socio-político-cultural. De otro modo no podríamos hablar de revoluciones que se fueron dando a lo largo de la historia humana, en las cuales se operó un radical cambio no sólo de las estructuras, socio-político-económicas, sino también a nivel cultural; empero sabemos también que no podemos concebir a un ser humano fuera de este marco, por más arcaica que fuera su sociedad. Acusa una dependencia respecto a la cultura, la cual se manifiesta desde el lenguaje nacional aprendido hasta en la forma de comer, vestir, etc. Tampoco queremos ser historicistas, se trata más bien de analizar y valorar los acontecimientos históricos a fin de percatarnos de sus impactos sobre la sociedad y sobre los individuos que la conforman.

La década de los veinte fue marcada, en lo que respecta a las relaciones de México con otros países, y de manera particular con Estados Unidos de Norteamérica, por una tortuosa búsqueda de una negociación, a causa de la Constitución de 1917 y de los daños perpetrados por la Revolución Mexicana. La búsqueda de esa mexicanidad se vio nítidamente impresa en la expedición de la primera ley petrolera en 1925, la cual puso las relaciones con ese país al borde de la intervención. Los años veinte fueron también tiempo de la modernización tecnológica, con la introducción de la radiotelegrafía en el sistema de comunicaciones, la generalización del teléfono y del cinematógrafo, y empezaron también los primeros vuelos aéreos comerciales en los transportes. México vivía en una efervescencia de modernización y a la vez de lograr la estabilidad, lo que no fue por todo posible, debido al estallido de la guerra cristera en 1926. José Alfredo Jiménez nació en una época histórica doblemente importante para México a nivel político y de desarrollo comercio-cultural, entendiéndose por eso el anhelo acrecentado de afirmar y reforzar la identidad nacional y la estabilidad requerida para su desarrollo y sobre todo el enfrentamiento entre dos visiones de País encarnadas respectivamente por el gobierno y la Iglesia Católica, lo que desembocó a lo que conocemos como la Guerra Cristera.

En efecto, fue una lucha anticlerical y antirreligiosa por la posición dominante que ocupaba la Iglesia Católica entre los aparatos socio-ideológicos de México. Y el otro punto no es sino los primeros intentos o logros por introducir al país a la era de la modernización, como arriba mencionamos.

De hecho, el año en que nuestro compositor llegó al mundo estalló una rebelión, conocida como la guerra cristera. Ella fue consecuencia de una áspera disputa entre el gobierno federal de Plutarco Elías Calles y las cúpulas de la Iglesia católica. El 31 de Julio de 1926, la Jerarquía Católica, bajo la presión del gobierno federal, suspendió los cultos católicos en toda la República Mexicana. El impacto de esa decisión fue grande en estados como Jalisco, Michoacán, Guanajuato, caracterizados por una fuerte religiosidad. Detrás de ese acto se ve la mano del jacobinismo norteamericano, lo cual provocó grandes reacciones de parte de la Iglesia católica. En esa atmósfera de graves tensiones, con expulsiones de sacerdotes, persecuciones -¿quién no se acuerda del sacerdote jesuita Miguel Agustín Pro asesinado?- fue erigida, en presencia del representante papal, el monseñor Ernesto Filippi, la primera piedra de un Cristo en el cerro del Cubilete, en Guanajuato. Bajo su amparo y su protección José Alfredo ha vivido su tierna infancia y parte de su adolescencia. El cariño que desborda en su corazón hacia ese Cristo se ve plasmado en su famosa canción: "Camino de Guanajuato". Esa figura que inspira confianza, esa mirada compasiva de dicho Cristo constituye el símbolo de la esperanza, de la fuerza, del consuelo frente a las diversas adversidades de la vida. Es el manto bajo el cual se cobijan todos los agobiados, los golpeados, los condenados de la historia.

En su deseo por aportar una solución a esta grave crisis, los obispos de la Iglesia Católica pidieron al entonces Presidente Elías Calles una audiencia para manifestarle su inconformidad por la severidad y rigidez de las leyes en contra de la Iglesia Católica, pero el primero contestó a los prelados que sólo les quedaban dos caminos: el Congreso o las armas. Los Prelados fueron al Congreso en vano para pedir la derogación de dichas leyes, tales como pena de uno a cinco años de cárcel a sacerdotes y clérigos que criticaran las leyes, las autoridades o el gobierno; castigos para actos religiosos celebrados fuera de los templos, y prohibiciones de portar sotana o cualquier vestimenta de carácter clerical.<sup>4</sup> Cerrada la vía pacífica no quedaba otra sino la de las armas para hacer cesar este hostigamiento en contra de la Iglesia Católica. La guerra era pues inevitable.

Según los expertos, ésta expresaba la lucha dentro del mismo México de un liderazgo arraigado en la tradición liberal y en los hábitos laicos del Norte de México

---

<sup>4</sup> Op cit, p. 102.

contra las tradiciones viejas de las religiones católicas del occidente, el Bajío y el centro del país. Fue un sangriento enfrentamiento de dos visiones del mundo y de dos proyectos de país del cual no hubo ni vencedores, ni vencidos. El resultado final fue un apurado, frustrado y violento empate tras largas negociaciones arbitradas por la Embajada Norteamericana, las cuales culminaron en un acuerdo el 21 de Julio de 1929. Iglesia y gobierno se comprometieron a respetar sus respectivos campos: la Iglesia se ocuparía de las cosas celestiales, espirituales, de lo más allá; y el gobierno se movería en la esfera de lo más acá, de lo temporal.

En ese año de la firma de la paz, José Alfredo tenía tres años y cinco meses, edad en la cual se empieza a preguntar el porqué de las cosas, a reconocer al otro como otro; es la alteridad. En esa etapa la figura de su padre Agustín Jiménez había de desempeñar un papel importante, y sobre todo a nivel ético, a saber, liberarlo de la fusión de la madre y hacerlo aceptar con ternura una norma. Y lo introdujo en el mundo de lo ético, de la autonomía, de la alteridad. Aprendió a ser sociable, capaz de acoger al otro como otro. Se inicia una nueva relación con su entorno, con su mundo vital. Allí se da la identificación con el padre. Mucho tuvo que aprender de él para llegar a ser el compositor más famoso de México sin, desde luego, menospreciar la presencia amorosa, calurosa, silenciosa y tierna de su madre Carmen Sandóval.

Su padre Agustín Jiménez Tristán fue el primer farmacéutico titulado de esta ciudad y egresado de la Universidad San Nicolás de Morelia, capital del Estado de Michoacán. Se fue a vivir a Dolores Hidalgo, Guanajuato en 1900, año en que estableció su botica San Vicente, la cual fue la primera de esta histórica ciudad. Agustín Jiménez Tristán (A.J.T) contrajo matrimonio con la señorita Lolita Alvo Pastor y procreó cuatro hijos, dos mujeres y dos hombres. A la muerte de su esposa, un año después, volvió a contraer nupcias con la señorita María del Carmen Sandóval, con quien tuvo cuatro hijos nacidos en este orden: Ignacio, Conchita, José Alfredo y Víctor. Un nacimiento y una infancia marcados por la guerra no podían pasar sin dejar huellas. Esa agitación socio-política y búsqueda, difusión de la identidad mexicana las heredarán José Alfredo, y más tarde las dejará fluir a través de sus versos, como expresiones nítidas del sentir y del vivir de su pueblo. Recibido al mundo por los cañones y fusiles, convulsiones, esa experiencia en cierto grado inconsciente será el preludio de las tormentas internas que se desatarán en él a su edad madura.

Ha conocido, como hombre de alta mar, las más temibles y espantosas tempestades y gozado de la calma más placentera e invidiable. Conoció la desgracia y la felicidad, la traición y la fidelidad. Es un hombre que ha bajado a las profundidades de la existencia, que no tuvo miedo de sentirse y así poder sentir su cultura, es decir hacerla suya por medio de los valores, prácticas y sentido, y lo que es más importante socializarlos, difundirlos y convertirlos en acciones vitales del pueblo. Supo recoger las experiencias de su gente, de sus mayores, sus calamidades, penas, frustraciones, esperanzas, alegrías para transformarlas en versos, en canciones, con un sabor muy mexicano. Todo un pueblo es el que canta por su voz. Nos enseña que vivir es tomar la vida en serio, entregarse a ella sin reservas, jugar su suerte sin miedos.

En el apacible Dolores Hidalgo, se fue fraguando una voz que había de erigirse en una de las más fieles representaciones de la realidad y de la cultura mexicana, esta voz es la de José Alfredo Jiménez. Desde niño demostró tener gran aptitud, facilidad para la poesía y composición; en efecto, con mucha naturalidad cambiaba la letra de las canciones infantiles de Cri-Crí a quien él admiraba mucho, y a la edad de diez años escribió su hermoso Huapango “El Jinete”, el cual perfeccionó años después. En su ciudad natal emprendió sus estudios primarios, en la escuela Centenario. Fue creciendo en su querido pueblo, Dolores Hidalgo, Guanajuato, escuchando a esos ilustres autores antes citados, quienes despertaron en él el amor por la música, por la poesía cantada, y que sirvieron de “partero” para que saliera a la luz su genialidad de compositor. Vivió su niñez en compañía de sus padres: Agustín Jiménez, químico- farmacéutico y Carmen Sandóval y de sus tres hermanos en un México muy agitado, desgastado por pugnas entre los diferentes caudillos para llegar al poder, por una crisis económica que se fue agudizando más por los diversos levantamientos: Delahuertista, ferrocarrilero o Escobarista, y sobre todo la cristera que le encestó un fuerte golpe a la vida socio-económica de la nación.

Los primeros diez años de su vida los ha vivido en un país a ratos en ebullición y otros en relativa paz, aunque sacudido hondamente por los efectos de las rebeliones, del desplome económico, sin prescindir del gran fenómeno mundial llamado “la Gran Depresión” en los años 29-30, que afectó muy negativamente a todos los países, y en este caso a México por la merma que ocasionó en la rama de exportaciones, lo que disminuyó considerablemente los ingresos del gobierno federal.

Su infancia se fue desarrollando entre juegos, su mundo de fantasía y sus tareas; mientras en la silla presidencial fueron desfilando: “Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio, quien tuvo que renunciar el 2 de Septiembre de 1932 por atentado sufrido el mismo día de su protesta como presidente, de parte de un tal Daniel Flores, y por la presencia del hombre fuerte del momento, Plutarco Elías Calles; y Abelardo Rodríguez, quien fue general y empresario. José Alfredo Jiménez nació durante esa época de México, llamada el Maximato, que va de 1921-1928. La atmósfera política de ese período era trágica y fraticida<sup>5</sup>.

En 1934, año de la elección de Lázaro Cárdenas, México emprendía un proceso de pacificación e institucionalización de las fuerzas desatadas por la violencia de la década anterior, lo que facilitará más tarde la reactivación relativa de su economía. Esa época, según diversos historiadores, se caracteriza por el interés manifestado de los gobernantes por reconstruir el país. Ese espíritu se cristaliza en el empeño de proclamar y difundir el mensaje de la instrucción y de la nacionalidad por todo el territorio mexicano. Fue el tiempo de la mexicanidad, del chovinismo mexicano, de afirmar y enaltecer la identidad nacional: Diego Rivera y José Clemente Orozco izaron muy alto la bandera mexicana en el campo del arte, precisamente en lo que respecta al mural.

Durante su gobierno, Lázaro Cárdenas aceleró mucho la reforma agraria y empleó por primera vez el gasto público primordialmente para alentar el desarrollo económico y social del país, lo que fue dando una base y una fuerte estima popular a su administración. Si a nivel nacional un aire de progreso soplaba en la mente de los mexicanos, en el año 1936, empero, en Dolores Hidalgo, no fue el caso tal para José Alfredo Jiménez quien, a su diez años vio sombrear su vida en una tristeza, sangrar su corazón de dolor y angustia por la muerte de su padre Agustín Jiménez. Ese triste hecho operó un cambio drástico en el oasis infantil del futuro compositor mexicano.

Desde entonces comenzó su lucha en la vida a fin de poder abrir su propio camino. Iba a conocer las tristezas de la vida, y a los dos años de la muerte de su padre tuvo que compartir la suerte de tantos mexicanos que se vieron en la necesidad de emigrar con el propósito de mejorar un poco la economía familiar. A la edad de trece

---

<sup>5</sup> Op. cit , p p90-91

años llega el niño a la ciudad de México, en donde terminará sus estudios primarios con el fin de abrirse paso en la vida, y proseguir con sus estudios y llegar a cursar una carrera universitaria. Entró en la vida sin carta de recomendaciones, ni padrinos. La vida en esa ciudad no era fácil para él, y tuvo que sufrir privaciones como la mayoría de la gente del pueblo, con quien se identifica tanto que dejó evidenciado años después este sentimiento con gran sensibilidad poética en su linda canción: “El Hijo del pueblo”.

Sin embargo escurrían por su paladar, resonaban en su interior las canciones que más tarde cantará al unísono todo un pueblo. Su primera estancia en la ciudad de México fue acogedora, aunque inquieta y apabullante. Pese a que la emigración a las ciudades seguía su ritmo ascendente, debido a la crisis económica de México, José Alfredo Jiménez (J.A.J) supo crear su forma de vivir dentro de esta realidad, no obstante las controversias, dificultades, rechazos, por los que pasó, y venció por su sagacidad, tenacidad, al quedarse huérfano de padre, y con muy pocos recursos económicos para salir adelante. Y desde ese tiempo, supo evidenciar su genio de compositor, de poeta. Pero él no sentía mucha inclinación por el estudio, actitud que causaba molestia, disgusto a su madre, ya que ella quería que fuera doctor o contador y no tenía confianza en que sus canciones tuvieran éxito y llegaran a ser populares.

En 1940, la segunda guerra mundial alcanzó a América, y en México gobernaba el último general posrevolucionario Avila Camacho (1940-1946). En su gobierno, uno de los hechos más relevantes de su sexenio fue la desaparición del grupo de los militares en el Partido Revolucionario Mexicano, cuya sigla es PRM. Esta prueba de la profesionalización del ejército se consumaría políticamente en el año 1946. Pero el sistema político no sufrió grandes y significativos cambios, y las dos cámaras estuvieron totalmente dominadas por el partido oficial revolucionario (PRM), el cual se convirtió en ese mismo año en el PRI: Partido Revolucionario Institucional.

En cuanto a J.A.J, alrededor de esas fechas empezó a componer sus canciones. Como huérfano e hijo de no muchos recursos, la necesidad se le impuso de alternar su vocación innata con el trabajo de mesero que realizaba en un restaurante de antojitos yucatecos llamado “La Sirena”, ubicado en Ribera de San Cosme, cerca de la colonia Santa María La Ribera. Su juventud transpiraba ternura, alegría, coraje, vigor, fuerza,

amor a la patria y al deporte. No solamente le gustaba este último, sino que sus actuaciones revelaban grandes actitudes suyas por el fútbol, lo que lo llevó a las filas del equipo Oviedo y más tarde a las del Marte, en donde fuera reserva del gran arquero Carbajal, titular de la Selección Nacional de México en cinco copas mundiales. Sus dos grandes pasiones fueron la música y el fútbol (soccer). Sus compañeros de equipo le llamaban El Gato.

Por otra parte, más tarde se sumará a su familia su tía Refugio, quien tuvo que abandonar su lugar natal para ir a vivir a la ciudad de México. El dinero logrado de la venta de la farmacia, que tenía su papá, les ayudó a instalar una tienda de abarrotes que fracasó por falta de experiencia e ignorancia en ese campo. Ante tal situación su hermano mayor y él se vieron en la obligación de abandonar la escuela a fin de aportar una ayuda a la economía familiar, y con ello descartar la posibilidad de realizar estudios universitarios, que era el gran deseo de su padre Agustín Jiménez, pero nunca descuidó sus dotes musicales de compositor.

Mientras tanto, a nivel nacional, se puso en boga la inquebrantable decisión de industrializar el país por la vía de la sustitución de importaciones, actitud que desmantela el campo y la economía nacional y favorece la emigración masiva de parte de la población rural hacia las grandes ciudades. La nueva política mexicana, alimentada por la segunda guerra mundial fue denominada: Unidad Nacional. La Iglesia Católica, perseguida tiempos atrás, empezó a cobrar fuerza socio-política.

Esos tiempos de juventud del autor fueron marcados por su empeño de conseguir no un lugar, sino su lugar al lado de los grandes compositores mexicanos de todos los tiempos. Para ello, tuvo que enfrentarse al desprecio, maltrato, y rechazo. Se había dirigido a varios cantantes famosos de la época, con la esperanza de que le grabaran alguna de sus canciones, entre ellos, al Trío Tariacuri, quienes se negaron a grabarle. Esa misma petición le hizo a Pedro Vargas, paisano suyo, creyendo que como tal no se la negaría; sin embargo éste se la refutó, diciéndole: “Jovencito, yo no grabo para principiantes”; no sabía todavía quien se estaba dirigiendo a él. Y años después, fue él quien le pidió a J.A.J. el permiso de grabar su bella canción: “Corazón, Corazón”. A su demanda, el compositor le recordó sus palabras, pero la nobleza de su persona no le inspiraba cobrar venganza de un hecho pasado y accedió a su petición,



la cual dará pie a más grabaciones de sus canciones dada la calidad de la voz de ese tenor con quien, de hecho, llevó una sincera amistad.

Y después de tanto buscar y tocar a diferentes puertas, Andrés Huesca, famoso director de un grupo de música Jarocha (Veracruzana) fue quien, tras haber escuchado la canción titulada Yo, le abrió el camino a la celebridad, al éxito y lo introdujo dentro del mundo del espectáculo al presentarlo con Mariano Ribera Conde. Para esos momentos había formado un grupo con los hermanos Ferrusca y con Jorge Ponce, hijo del dueño de la Sirena, llamándolo J.A.J y los Rebeldes. Sus composiciones eran de un repertorio muy considerable. El y su grupo llevaban serenatas, mañanitas o eran contratados para alegrar y amenizar cualquier reunión. Vivía una vida intensa entre el restaurante, el entrenamiento con su equipo y la atención llevada a su madre y demás familiares. Por eso, plasmaba las vivencias experimentadas, las alegrías o decepciones vividas en letras como: El Vencido, Ella, Mi Despedida, Un Día Nublado, etc.

Su inicio en el mundo profesional de la música corresponde a esta famosa canción suya titulada: “El rey”. Esta piedra, cuyo destino era rodar y rodar, se asemeja -y uno se pregunta si no es de hecho- a la turbulenta trayectoria que tuvo que recorrer el compositor para sobrevivir y después llegar a la fama. En 1948, cantó por primera vez en la XEX y algunos meses después logró cantar en la famosa emisora XEW, acompañado por el trío de los Rebeldes. No esperó mucho a que la gente lo hiciera famoso a través de sus canciones, ya que en 1950 alcanzó el triunfo y la celebridad con su canción: “Yo”, por la cual le fue entregado el trofeo Disco de Oro, creado ese mismo año por el periodista Roberto Ayala.

A partir de su primer triunfo con esta canción, J.A.J fue conquistando éxito tras éxito en su corta trayectoria artística: “Ella, Cuatro Caminos, Qué Suerte la Mía, La Que Se Fue, Paloma Querida, Camino de Guanajuato, Serenata Huasteca, A la Luz de los Cocuyos; El 15 de Septiembre, El hijo del Pueblo, El Siete Mares, Tu Enamorado; Un Mundo Raro, Corazón Corazón, Cuando el Destino, El Jinete, Al Pie de la Montaña, Tu Recuerdo y Yo; Virgencita de Zapopan, Amanecí en tus Brazos, Que te Vaya Bonito, Las Ciudades, Arrullo de Dios, El Caballo Blanco, El Perro Negro, Con la Muerte en los Puños, Sucedió en la Barranca, Qué Bonito Amor; La Cruz del Cielo, La Estrella, Una

Luna para Ti, La Estrella de Jalisco, Palabras del Cielo, Muñequita Negra, Muchacha Bonita, Esta Noche, Serenata sin Luna, Si Nos Dejan, y tantas canciones más. Estos son pues algunos títulos de los grandes éxitos de su primera producción musical. Era tanta su fama, que tenían que quitar algunos éxitos musicales para colocar a otros en el primer lugar de popularidad.

José Alfredo llegó a registrar 475 canciones y dejó muchas inéditas, aproximadamente otras 300 de las cuales, 200 quedaron en posesión de Alicia Juárez, su última esposa, y cien en manos de su primera esposa, Julia Gálvez “Paloma”, a quien conoció en Córdoba, Veracruz, en un partido de fútbol. Según los allegados del autor, él tuvo una novia antes de Paloma, llamada Cristina, de profesión enfermera, a quien escribió estas bellísimas canciones: “Ella” y “Yo”. De hecho, Cristina se casó con un médico, y eso fue un golpe muy duro para el joven compositor.

El 27 de Junio de 1952, J.A.J contrajo matrimonio con Paloma, con quien tuvo dos hijos: Paloma y José Alfredo. Sin embargo, por problemas de orden familiar, se fue alejando de su casa y así, en el Teatro Blanquita, conoció a Mary Medel, vedette de este recinto: se enamoraron y vivieron en unión libre, procreando tres hijos. También tuvo que separarse de ella; precisamente para ella está dedicada la canción: “No me amenaces” grabada por dos españoles: Julio Iglesias y Rafael, y por el Venezolano José Luis Rodríguez “El Puma”. Y para los hijos que tuvo con Mary Medel escribió su hermosa canción: “Arrullo de Dios”.

Los años se iban transcurriendo en el horizonte de su vida, dedicada exclusivamente a sus actividades musicales; de repente, en una gira de trabajo realizada por el Estado de California, E.U.A., conoció a la que fuera su última esposa, Alicia Juárez, estudiante de preparatoria; quien por azares del destino suplió en esa ocasión a la intérprete folklórica del compositor. Ella admiraba enormemente a J.A.J y fue un gran honor el hecho de acompañarlo en su gira como intérprete. Llegaron a enamorarse perdidamente, y la fuerza de este sentimiento los llevó a contraer matrimonio. Alicia fue la musa para sus inspiraciones musicales, bajo su tierna mirada y el calor de su sonrisa le pudo escribir y dedicar estas canciones: “Es Muy Niña”, “Yo Debí Enamorarme de Tu Madre”, “La Estrella de Jalisco, “La Mano de

Dios” y su muy mexicana y romántica canción: “Si Nos Dejan”, entre otras más. De cariño llamaba a su esposa “escuincla”.

Además de la popularidad que gozaba ya entre la gente y en los medios, de pronto los cantantes y los artistas de moda se lanzaron en una lucha sin tregua entre ellos a fin de gozar del privilegio de incluir en su repertorio las composiciones de José Alfredo. Y hablamos de figuras mexicanas de la talla de Jorge Negrete, Pedro Infante, Lola Beltrán, y también internacionales como la española María Dolores Pradera y Enrique Iglesias entre otros, que integraron en sus discos las piezas de J.A.J, dándoles la dimensión que merecen, la universalidad, ya que son temas universales que rebasan un tiempo determinado. Desde que empezó su carrera con el tema “Yo”, J.A.J fue conociendo éxito tras éxito y llevando una frenética actividad profesional. Tampoco tardó en hacer notar su presencia en el mundo cinematográfico.

En efecto, en 1951, participó con intervenciones musicales en las películas Martín Corona; Póker de Ases y Ni Pobres ni Ricos (1952); Los Aventureros y la Fiera realizadas en 1954; Camino de Guanajuato (1955); Guitarras de Medianoche, La feria de San Marcos y Mis Padres se Divorcian, las tres realizadas en 1957; El hombre del Alazán y Ferias de México, las dos elaboradas en 1958.

Por otro lado, el país seguía caminando en su proceso de industrialización; y el régimen del presidente Miguel Alemán parecía concretizar las promesas de cambios anhelados por la población. Empero, pocos fueron los que pudieron disfrutarlos, y J.A.J, por su éxito ya logrado, estaba en la lista de este reducido número de afortunados. Sin embargo, nunca perdió la sencillez, ni la amabilidad, espontaneidad que le caracterizaron desde niño; ni se vanaglorió, ni se jactó con los premios recibidos. Siempre se sintió, repitiendo sus palabras, como un hijo del pueblo. Y lo supo vivir y encarnar, comprendió que el valor de un don recibido consiste en compartirle con su gente, con su pueblo, en ponerlo a su servicio. Y es lo que logró hacer el genio de Dolores Hidalgo pese a su corta vida. Nadie como él ha podido plasmar con tanto realismo, dramatismo y emoción contenida el amor y el desamor, la nostalgia del mundo campesino y el dulce recuerdo de un amor perdido. Expone la realidad verdadera del hombre en toda su crueldad y franqueza.

Es todo el hombre al que sus canciones abarcan, es decir toda la amplia gama de los sentimientos humanos. Nos reitera constantemente en sus versos que el humano no es solamente racional, sino es también sentimental, afectivo: llora, tiene odio, coraje, se deja impactar por una tierna y suave sonrisa, por una palmada. Estas escenas que abundan en la vida cotidiana son las que tomó para escribir y transmitirnos sus más bellos versos; es de hecho lo que hace de él un gran compositor. Se dio cuenta tal vez antes que muchos grandes intelectuales de la importancia de la vida cotidiana en la constitución del sujeto social. Allí el hombre se revela tal como es, en esa lucha por vivir, por realizarse y ayudar a otros a lograr ese mismo fin. Nos lo presenta en el instante de su vida donde a veces se operan cambios determinantes para toda la existencia, donde ésta se ve profundamente afectada.

También fue un gran defensor de las tradiciones, costumbres nacionales. Una de sus luchas en aquellos años fue impedir, a través de sus composiciones y junto con otros valiosos compositores tales como Consuelo Velázquez, Alberto Domínguez, Gabriel Ruiz, Pepe Guízar, Cuco Sánchez, y muchos más, la invasión de músicas extranjeras, en este caso del Rock and Roll que estaba en su apogeo. Sin ese dique, la labor de esos compositores mexicanos podría verse opacada, y con ello perder poco a poco las tradiciones, costumbres inherentes al ser mexicano. Nadie duda, en efecto, que su obra musical constituyó un freno a la apabullante infiltración de música norteamericana en tierra mexicana. J.A.J contribuyó grandemente a prolongar la Epoca de Oro de la canción folklórica e incrementar el repertorio de la lírica popular mexicana.

Con motivo de la celebración de sus bodas de plata como compositor, en 1972, le fue entregada una medalla de oro, la cual regaló a su intérprete preferido Miguel Aceves Mejía. Y pudo coronar este acontecimiento tan peculiar, inolvidable y fausto, con esta famosa canción Gracias. A lo largo de su exitosa carrera, fue galardonado por diferentes instituciones o grupos tanto nacionales como internacionales. En el museo de la casa de Hidalgo, relucen algunos de esos reconocimientos, trofeos otorgados por los diez grandes de la música latina en 1972; el artista de la semana en la estación KWKW, Hollywood, el 02 de Diciembre de 1971; Phoenix de Oro a J.A.J, Julio de 1971; trofeos de RCA por sus 25 años de compositor: 1947-1972, de la promotora Carlos Ríos, Chicago, Ill., el 29 de Septiembre de 1972; seguidos y tantos

otros, como el del Departamento del D.F, el 30 de Enero de 72; el Festival Internacional de Plata del 25 de Marzo de 1973.

Meses más tarde, víctima de un padecimiento hepático, el 23 de Noviembre del mismo año 1973 se extinguió una de las grandes y genuinas personalidades de la música no sólo mexicana, sino mundial; porque sus composiciones pasan a ser propiedades de la humanidad, llegan a tocar las fibras sensibles no sólo del pueblo mexicano o latinoamericano, sino del hombre, porque en sus canciones se ve reflejado el drama de la realidad humana. El hombre se ve representado en ellas a través de los diversos estados de ánimo que van configurando o modificando su forma de vivir su instante, su vida.

Murió, después de haber gozado algunos años de felicidad en compañía de su última esposa en la Ciudad de México, pero sus restos fueron trasladados a Dolores Hidalgo, Guanajuato, su lugar de origen, donde descansan en el Panteón Municipal de su histórica ciudad natal. El mismo, el 17 de Diciembre de 1972, con el motivo del homenaje de sus paisanos guanajuatenses por sus 25 años de compositor, confesó su deseo de ser sepultado en su pueblo con estas palabras: “Y a Ustedes, los hago responsables, y a mis familiares jóvenes, de que cuando yo muera, no quiero un lugar para mí, en la Rotunda de los Hombres Ilustres...cuando yo muera, yo quiero que me sepulten en mi pueblo, porque en mi pueblo me quieren mucho. ” Fue enterrado con el epitafio, escogido antes por él: “La vida no vale nada”.

Allí se encierra toda su filosofía; reconocer que somos instante, y en él se debate la existencia. Existir en él es tomar la vida en serio, es decir vivirlo apasionadamente, con corazón, como él lo plasma en sus canciones. Pinta en sus versos la fragilidad, la belleza, también la fealdad de la vida, todas ellas envueltas en lo que llamamos la fugacidad, lo efímero de ésta. Para los grandes genios, creadores de la historia, la muerte no tiene poder sobre sus obras, las cuales se convierten en manifestaciones constantes de su presencia apasionantemente hablada, calurosa y efusiva ante nosotros. Un gran compositor no muere mientras su pueblo en él se reconozca.

Sintiendo acercarse la muerte, quiso agradecer a su pueblo mexicano y latinoamericano el cariño que le manifestaban en su famosa canción: “Gracias”.

Murió como había vivido, en la sencillez, y como uno del pueblo. Sin duda alguna, es una de las más grandes figuras de la música popular mexicana.

Por otra parte, sabemos que la frase: “La vida no vale nada” se puede prestar a diversas interpretaciones, las cuales abordaremos más adelante cuando empecemos a analizar sus composiciones, reflejo del sentir popular, para sacar a la luz la concepción del mexicano de la vida. Toda vida, empero, se desarrolla en el seno de un grupo social que le va inculcando las formas y los modos de vivir; y el análisis de estos elementos constitutivos son los que nos ayudan a descubrir la peculiaridad de una sociedad.

El ser humano es palabra, y con ella se conoce y conoce a los demás. Esa se expresa bajo diversas formas: en la poesía, en la pintura, la arquitectura y la música. En este ensayo, la música es el motivo de nuestro interés, no por desprecio a los otros, lo cual sería una aberración, sino por el autor escogido para este estudio. La música, una de las más altas expresiones humanas, nos revela quién es el hombre y cuál es su papel en la sociedad y en el mundo. Ella es exposición de la realidad humana incorporada en una sociedad; nos permite entender y comprender los mecanismos de una sociedad particular, ya que está al servicio de las necesidades comunes a todos los hombres. Estudiaremos pues, algunas de las canciones del compositor José Alfredo Jiménez para hallar el concepto de sociedad latente en ellas, las cuales en su totalidad conforman una opinión válida- no la única- de la sociedad mexicana inmersa en una cultura que es mucho más amplia, rica, compleja que nuestros limitados conceptos y palabras.

En este trabajo intentamos un análisis de los siguientes temas:

- 1) El concepto de Sociedad
- 2) El concepto de Vida y Muerte
- 3) El concepto del Amor de pareja

Escogemos estos puntos porque nos colocan en el corazón del vivir mexicano, donde emanan otros comportamientos, otras actitudes. Esos temas nos permiten tocar las venas de la cultura del mexicano. Desde luego existen otros puntos; mas dado el objeto de nuestro estudio, nos inclinamos por éstos arriba enunciados, ya que están

inmersos en el repertorio del cantante, y que pintan como pocos la realidad vivencial y social del mexicano.

Previamente presentamos también el marco teórico que guiará esta labor, el horizonte filosófico, antropológico y social de este análisis cultural. Como material básico, nos referimos a las canciones del autor.

La metodología que utilizaremos consiste en analizar los contenidos de las canciones y la melodía que las acompaña. Estas palabras están cargadas de un contexto histórico y social, por lo que juzgamos necesario sumergirnos en él a fin de entresacar el mensaje escondido. En el fondo lo que queremos realizar es una valoración de las interpretaciones hechas por el cantante de su sociedad, de la vida y del amor. Para dicha labor nos es indispensable optar por una visión plural y a la vez unitaria de la sociedad, de la vida. Nuestro mismo objeto de estudio nos impele a abordar estos temas desde una óptica integradora de la cultura; así superamos las parcialidades, los enfoques unilaterales que no hacen justicia a la cultura de un pueblo.

En efecto, cada cultura tiene sus propias visiones de su sociedad, del mundo, las cuales se expresan de manera tangible a través del lenguaje, de los símbolos, de los ritos, de las creencias, de las formas de relacionarse con la tradición, con lo nuevo, de organizar la convivencia social, de festejar, de la elaboración de sus formas de sobrevivencia. De este modo, un acercamiento a una cultura requiere un apego a esta pluridimensionalidad que la caracteriza. En momento oportuno, recurriremos al método genético-estructural para ayudarnos a entender la cultura mexicana; sin embargo, estamos conscientes de que muchos elementos de la vida de una sociedad escapan a tal forma de análisis. Consideramos lo económico como una dimensión importante de la vida en sociedad, mas no la dimensión, ya que el hombre es simbólico, tradición, celebración, histórico, mítico para no citar que estos elementos. Queremos abrirnos a toda la complejidad del hombre inmerso en su sociedad, la cual tiene sus raíces en las tradiciones conservadas, costumbres practicadas, mentalidades compartidas, los símbolos manejados y en su lucha constante hacia una mayor humanización.

Se trata pues de indagar cómo lo mencionado arriba se entrelaza con lo económico para crear tal tipo de sociedad, y no éste como factor exclusivamente determinante de ella. La metodología que adoptamos tiene un enfoque antropológico- cultural, unitario, sin menospreciar otros aportes. El hombre como un ser en incesante diálogo con la sociedad, con el mundo, no se presta a una explicación o comprensión de su actuar desde una visión exclusivista. Las acciones de una sociedad no pueden entenderse sin relación con una realidad con la cual los hombres entren en diálogo. Y éste trasciende lo económico. Toda sociedad, toda cultura tiene un orgullo, una dignidad innatos de su modo de vida. Los valores que sustentan estos sentimientos son manifestaciones de su cosmovisión y que no se pueden entender sólo desde la instancia económica. La economía, de hecho, incurre siempre en una de sus grandes tentaciones a ignorar las singularidades y heterogeneidades indiscutiblemente existentes en una sociedad dada, tal como la mexicana. Adelantamos una idea que más adelante profundizaremos, a saber que una de las críticas de José Alfredo a la sociedad mexicana es el hecho de haberse olvidado del hombre con nombre y apellido, basando así casi toda su relación en la ley del dinero y del mercado.

Hecho este avance, volvamos al punto que nos preocupa por ahora. Se trata del enfoque metodológico que hemos formulado para este análisis cultural. En efecto, usaremos las palabras, las metáforas que, a nuestro juicio, abren una ventana sobre la vivencia cotidiana de la sociedad mexicana. El análisis de los conceptos arriba citados estará nutrido por una observación cercana de esta realidad y de la literatura correspondiente a ellos.

Aceptamos de entrada que la metodología que seguiremos en este trabajo es realizar un análisis más de los contenidos de las canciones que de la melodía que les da un toque mágico, sin ser muy propositiva ya que toda la fuerza de éstas residen en las palabras hechiceras, manteniendo un sostenido diálogo con la realidad viviente de los mexicanos desde una visión unitaria de la cultura.



## PRIMER CAPÍTULO: EL MARCO TEORICO

Desde luego, la cultura no es ni puede ser solamente una gama muy amplia de conocimientos en varias disciplinas, mucho menos ser sólo algo aprendido o leído en las grandes aulas o de los grandes autores. La versión de esta concepción a la realidad provoca una escisión, una división tajante entre las obras producidas por los seguidores de esa creencia y los no seguidores, calificándolas de “arte” a las primeras, por obedecer a las reglas dictadas por los conocedores, los especialistas en la materia, y de “artesanía” a las últimas por ser fruto de la inspiración acuñada al margen de las normas artísticas establecidas. Esta visión sectaria y clasista de la cultura deja afuera a millones de personas, a muchos pueblos con una gran capacidad cultural, una arraigada y profunda aventura milenaria en ese sendero sin fin de humanización.

Esta concepción de la cultura, sin lugar a duda, esconde intereses de varias índoles, y se revela una manera de sometimiento al Occidente - al cual reconocemos sus valiosos aportes al mundo- al querer unificar las expresiones artísticas. Las clases hegemónicas de los países, y en este caso de los de América Latina imponen esa visión como paradigma en la valorización de una obra. El patrimonio cultural se vuelve entonces expresión del gusto de la clase dominante, y a la clase dominada no le queda sino copiar o imitar lo que producen los de arriba. Este hecho es una deformación drástica de lo que es la cultura, porque ésta es inherente al hombre y a la mujer, ya que no existe ningún ser humano desprovisto de una forma de estar en el mundo, de relacionarse con sus semejantes y la naturaleza, de reglamentar y dar sentido, fin a la vida.

Sin embargo, contrario a lo que piensan unos, este modo singular no escapa a la lucha que se libra en la sociedad por mantener o conquistar el poder, por imponer un cierto dominio, y eso se realiza a través del gran abanico llamado: “Cultura”. En esa misma línea afirma Ruth Benedict: “En la cultura también debemos imaginar un gran arco en el que están colocados los posibles intereses, provistos ya sea por el ciclo de edades o por el ambiente o las diversas actividades humanas”.<sup>6</sup> No se trata sólo de imaginar lo que pretende la autora, sino de analizar para descubrir bajo qué procedimiento, método están escondidos los intereses de una clase social, y cuáles son

---

<sup>6</sup> Ruth Benedict, El Hombre y La Cultura, Editorial Sudamericana, Argentina, 1953, p36

los medios utilizados para consolidar e incrementar sus privilegios, es decir justificar un estilo de vida. Toda sociedad se lanza a esta empresa, y cuando ese estilo se ve superado por otras características que van emergiendo dentro de la sociedad, se sigue utilizando con el fin de volver a un pasado, al margen de estas nuevas. Ese pasado se alaba en canciones como la de las Ciudades de José Alfredo Jiménez; desprovisto de poder sobre ese pasado, lo acarician en sus sueños, en sus imaginaciones, mientras la realidad va sufriendo grandes modificaciones. La sociedad está sumergida en una constante tensión, y en ella el cambio se revela imprescindible con el apoyo o a pesar de las instituciones capaces de impulsarlo o de bloquearlo, tales como la Iglesia, la familia, la escuela.

El temor provocado por dichos cambios obedece a la fuerte asimilación de la tradición de parte del hombre. Se siente seguro con lo ya tenido, por lo que cualquier operación dentro de ella implica una desinstalación tanto intelectual como material. Este carácter dinámico de la sociedad exige un proceso de adaptación, de volver a acostumbrarse, a dejar que estos nuevos modos permeen sus vidas, y una vez logrado, gozaron dichas modificaciones de la misma riqueza de contenido, de importancia y valor que las normas tradicionales. Si no fuera así, no podríamos hablar de diferencias generacionales entre personas que comparten un mismo territorio, una misma lengua y costumbre. La constitución misma del hombre lo impele a vivir en esa tensión entre la tradición y los nuevos estilos de vivir. El hombre es tradicional, está ligado a una tradición que le procura seguridad y confianza, mas como la realidad en la que está inmerso evoluciona, cambia, ha de crear nuevas maneras para seguir viviendo. No puede rechazar todo lo de su tradición, sería una persona fuera de sí y de la sociedad, tampoco erigir un muro ante lo nuevo. Su gran tarea ha sido y es saber combinar, relacionar estos dos binomios y a través de ellos justificar el orden imperante.

Por otra parte, la tradición con todo lo que representa en la vida de una nación no representa algo perfecto, inmutable. Ha sido elaborada por hombres y mujeres que se vieron en la imperiosa necesidad de dar un sentido a su vida, a su actuar dentro de una colectividad; por lo tanto es sujeta a cambio. Constituye la experiencia vivida, acumulada de un pueblo a través de los siglos, experiencia de búsqueda de sentido y de interpretación de la existencia y sobre todo de asentarse mejor en su medio. Lo

mutable de ella reside también en la forma conflictiva en que los mismos rasgos culturales se van relacionando en el campo de la vida social. Ese fenómeno va a marcar una diferencia entre el estilo de vida de una clase respecto de la otra; no son aspectos fortuitos sino normas que rigen y dan sentido al actuar y a la vida de un grupo social. Por esta razón podemos hablar, y más en el caso mexicano, de una pluralidad cultural. Cada grupo cultiva unas concepciones de la vida, de la sociedad, las alimenta, y se convierten en andaderas sobre las cuales corre la vida de dicho grupo.

Dan cohesión, aceptación; califican y descalifican. Parecen tener un carácter por encima del tiempo, y se olvida a menudo que fueron y son una construcción humana, por lo tanto sujetos a cambio. Pueden igualmente revestir un carácter local o regional, pero esto no nos capacita para comprender cabalmente aún la significación de la conducta cultural de un pueblo. Nuestra tarea consiste pues en saber cómo se integra en la vida de los individuos que conforman esta sociedad. Toda cultura, al igual que el Yo Pecador católico, irriga tanto el pensamiento como las acciones y aun las omisiones de los individuos. Así dentro de una cultura integrada, los actos más insignificantes o irrelevantes pueden poner en claro, bajo un estudio científico bien realizado, hechos sociales inaccesibles a primera vista; por lo tanto, no podemos descuidar las motivaciones emocionales e intelectuales de esta sociedad; en ellas se debate todo el existir.

Si creemos que los actos concretizados por los individuos abrigan un carácter cultural, tal creencia no ha de llevarnos a suponer que la suma de éstos constituye lo que llamamos Cultura, sería un grave error. La cultura, entendida como un conjunto de formas de vivir entrelazadas en unas relaciones sociales, no es la suma de sus partes, sino el resultado de una visión ordenada y una interrelación constante entre las diferentes partes que generan de allí una identidad. El agua no es la suma de dos moléculas de hidrógeno con una de oxígeno, sino el efecto de dicha interrelación de ambos elementos químicos. ¿Qué queremos decir por eso? Sencillamente, podemos saber el grado de religiosidad del mexicano, sus concepciones de la sociedad, de la vida, sus formas de enamoramiento, sus burlas de la muerte, y no comprender nada de esa cultura que usa todos esos elementos para su objetivo específico.

La comprensión de una cultura requiere pues detectar el móvil del actuar no tan consciente de un pueblo, es decir su conducta tan diversa en su lucha por sobrevivir, existir y dominar su medio. Esta lucha es definida por “unos patrones coherentes de acuerdo con las reglas inconscientes de elección que se desenvuelven dentro de la cultura”<sup>7</sup>. Si echamos mano de la historia, podemos percatarnos de que las reglas dichas inconscientes no lo son tanto, son actitudes que un pueblo fue adquiriendo a lo largo de su caminar. Empero, no negamos su existencia de forma inconsciente, basada en experiencias remotas de un grupo social. Lo esencial de ese asunto es darnos cuenta que cualquier conducta social pasa por el fuego de la aceptación del grupo, y la historia nos revela las aprobaciones o rechazos sociales realizados por una sociedad. En ningún caso ésa puede ser una serie de hechos o acciones motivadas sólo por reglas inconscientes.

Por otra parte, la concepción del hombre como un ser que existe para sí, y la sociedad como un añadido a su persona, está descartada, debido a que obedece a una filosofía racionalista dicotómica. Sus consecuencias han sido fatales a lo largo de la historia humana. Tal visión del hombre y de la sociedad desarrolla un individualismo feroz y niega al otro para dar muestra de su existencia. El eslogan mexicano: “Viva México, hijos de la chingada”, ilustra bien esta idea. ¿Quiénes son esos hijos de la chingada? Por ningún motivo la afirmación de un ser social debe ser negación del otro. Tanto la Antropología como la psicología, han demostrado que el hombre para ser él mismo, una sociedad ella misma necesita el rostro del otro, el contacto con la otra. En otros términos, el otro ayuda a descubrir su propia identidad y personalidad. Su vivencia si no es convivencia se vuelve deshumanizante.

Sólo coexistiendo, el hombre y la sociedad pueden configurar una sociedad de personas, y el hombre aislado es más inconcebible que una montaña de chocolate. Ése, por su constitución, es esencialmente un ser con los demás, con la naturaleza, por lo que es también un ser del mundo. La coexistencia que caracteriza a la persona no radica sólo en su insuficiencia respecto del medio, sino implica un enriquecimiento mutuo en su proceso de mayor humanización, la cual se da en un encuentro personal. La identidad del hombre brilla cuando logra entablar esta intercomunicación respetuosa y personal con el otro. Estos puntos de vista son igualmente válidos para

---

<sup>7</sup> Op. cit, p 60

una sociedad; en esta comunicación es donde residen el sentido y la fuerza de ese “ser-con”, ya que su humanidad, tanto individual como colectiva, impele su versión al otro. Es un ente abierto, persona. Para realizarse como tal, ha de salir de sí y al hacerlo, no se vuelve un ser en otro, sino un ser más pleno que se afirma y se autoposee. Esta tarea no se hace a costa del otro, sino en un ofrecimiento al otro de su propia persona, se vierte hacia él no para fundirse con él, más bien a fin de realizarse. Esta autoposición convierte a la persona en un ser libre, capaz de asumir su existencia y modificar su rumbo, desempeñar su papel en el seno de su cuerpo social.

Como sabemos, el ser persona implica una dimensión social y viceversa. Su autoposición consiste en su ser abierto, de allí se deduce que ser hombre o mujer dentro de una sociedad es una tarea inacabada, un discurso que se perfecciona diariamente; por lo que podemos sostener que el hombre es un perpetuo devenir. Deviene lo que no es aún, pero desde lo que es y lo que ha sido. Olvidar o menospreciar uno de estos puntos es condenarse a la más atroz confusión tanto existencialista- individual como social; renunciar a encontrar el punto de integración, de coincidencia en su vida y en la de la sociedad. Conocer una sociedad no es otra cosa que conocer sus orígenes y su devenir en la historia, y la identidad sólo puede darse y captarse como resultante de un proceso. Introducir la dimensión histórica en la cultura da prueba de que nuestras ideas se saben situadas, y como parte de una tradición anterior. De esta forma, se revela plausible plantearse la identidad del presente y aprender las lecciones históricas.

Por otra parte, de la misma forma que la persona es una esencia abierta, algo no dado, la sociedad, a su turno, no implica ningún carácter estático o natural, sino debe concebirse como un proyecto cuya realización se logra a través de la comunicación. Allí el hombre se descubre distinto de los otros y a la vez unido con ellos. Se da una especie de identidad, de unidad en la diversidad; el ser social es pues constitutivo en el hombre; no es un accidente. Conviene tomar distancia de este último pensamiento por sus nefastas consecuencias en la convivencia social de un pueblo, y también no dejarnos caer en una visión funcional, que subordina el hombre a la sociedad; es decir, que la persona está reducida a una parte del todo.

Para lograr una comprensión de la sociedad, cualquiera que sea, es menester concebir a las personas y a la sociedad desde las constantes y dinámicas interrelaciones que realizan, desde este mutuo flujo de unas sobre otras. En esta interrelación, a nuestro juicio, la unidad de la sociedad implica la diversidad, pluralidad de las personas, y éstas suponen al mismo tiempo la unidad de la primera. Hay un nosotros que no excluye el “yo” y el “tú”, no se habla aquí de un nosotros en términos demagógicos, abstractos, sino que se basa en el reconocimiento del otro como un “Tú”. La sociedad viene siendo la totalidad no de individuos, sino de personas; vivir en ella consiste pues en convivir como sujetos.

Este nosotros es el que da sentido e identidad a toda estructura social existente, no se puede concebir como un objeto palpable; es algo que transcurre y permea todas las actividades humanas. Hay una entrega, un consentimiento respecto a ciertas formas de vivir de parte de los hombres de una sociedad para constituir el “nosotros”. A fin de autopoerse, el hombre ha de entablar una relación social, y no sólo limitarse a una adaptación ambiental. El mundo, la sociedad es para él el punto de arranque de su humanización; se proyecta en ella. Siguiendo a Plattel, podemos decir: “El hombre no es sólo naturaleza dada, en el sentido de determinada, sino que es siempre cultura que revela su presencia en el mundo”<sup>8</sup>. La sociedad constituye una gran avenida transitada por sus miembros, por lo que son sociales, y lo son por su esencia. Este ser social del hombre entraña su ser cultural, una visión particular del mundo, de la vida y unas formas peculiares de vivir dentro de la sociedad, las que en última instancia dibujan el perfil y la identidad de un pueblo.

Era indispensable a nuestro parecer realizar una breve exposición de nuestra concepción de hombre y de sociedad, la cual nos servirá como presupuestos antropológicos, sociales del análisis cultural, baluarte para el estudio de las canciones de José Alfredo Jiménez.

Todo estudio sobre la cultura de una sociedad impele remontar al pasado para indagar las razones, si hay, que explican el fenómeno presente. Dicho principio no cae en un historicismo, sino se trata de considerar al hombre como un heredero de

---

<sup>8</sup> Martinus G Plattel, Filosofía Social, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1967, p87.

una tradición y a la vez inserto en una realidad diferente del pasado y cambiante. Por más que quiera, el hombre, mucho menos una sociedad, no puede borrar, arrancar su pasado, negar su influencia, su presencia callada en su modo de actuar. La cultura mexicana no constituye una excepción a esta regla.

En efecto, el encuentro de los dos mundos, el indígena y el español iba a engendrar el sujeto mexicano, fruto de una simbiosis, de un encuentro, o según algunos, de la violación de las indias por parte de los españoles. Después de más de tres siglos de colonización, de vivir, como sucedió en toda América Latina y el Caribe, bajo la imposición de una cultura ajena, de una religión que mal interpretada fundamentaba la explotación y el exterminio, no sólo físico, sino cultural, la cosmovisión del indígena sufrió un profundo cambio al mezclarse con la occidental bajo la fuerza de las armas.

En este contexto todo lo que era indígena o negro no tenía valor; era una fuerza de trabajo que creaba valor para la Metrópoli; el indio fue víctima de una denigración, y sus cánones de belleza se vieron enterrados junto con sus seres queridos y sus lenguas. Todo se veía bajo el prisma español. Y el mexicano que iba a nacer de ese encuentro fortuito no tenía otra alternativa que seguir las pautas impuestas por el español y rechazar lo indígena, lo de su madre. Un profundo sentimiento de inferioridad se acunaba ya en su ser y su actuar. Este rechazo de los españoles a la cultura autóctona se pudo dar gracias a la fuerza bélica de éstos y a la riña, división que se vivía en el seno de los pueblos indios en el momento de la invasión, y sobre todo por el papel desempeñado por la Iglesia católica.

Dicho papel se encontró con la fuerte religiosidad de los indios; frente a ella, el catolicismo, a través de no pocos de sus sacerdotes, obispos, logró justificar las barbaridades de la “Conquista” en nombre de Dios, pero un Dios del oro, ofreciendo una religión sin distinción, para todos. Pero hay que reconocer que hubo sacerdotes, obispos que se erigieron en defensores de los indios, como Pedro de Gante. La ideología en su acepción de encubridora de la realidad fue un arma vital para legitimar esa explotación. Se dieron cuenta de que la conservación del poder y los privilegios que éste otorga necesita recurrir no sólo a las armas, sino también a ciertas

justificaciones, interpretaciones falsas de la realidad a fin de conseguir el consentimiento de los indios, como lo fue para con los negros.

La fuerza de las bayonetas y el desvelamiento de la realidad eran dos caras de una misma moneda llamada colonización, cuyo objetivo consistió en condenar a la desaparición tanto de lenguas y costumbres como de mentalidades y personas, y al despojo y sometimiento de un pueblo. Sin embargo, dicho sometimiento llevado al extremo puede ser un gran catalizador, asociado a situaciones coyunturales, para desatar una guerra de independencia entendida por tal un cambio radical en las estructuras socio-económico-culturales de una sociedad. ¿Tal ha sido el caso de la Independencia Mexicana?

Sobre este punto se han escrito volúmenes de obras, y las respuestas varían de un polo a otro, pero, un hecho es cierto, que el proceso de independencia se explica dentro de las diversas protestas de los españoles invasores y criollos respecto a los impuestos y rígido control de la Metrópoli sobre las colonias españolas de América; y también dentro de la efervescencia intelectual y política que se vivía en Occidente. La lucha de resistencia ante la actitud arrogante e intolerante de los españoles de Ultramar iba a desembocar a la guerra de Independencia, ya que los peninsulares no quisieron ceder en ningún aspecto. La Revolución para la Independencia mexicana fue una revolución española contra los españoles de España. Los hijos de Españoles se creyeron españoles, y lo son de sangre, aunque la realidad de aquí en América les hizo muy diferentes de los de allá. Y los hijos nacidos de españoles e indias no se consideraban indios, tampoco españoles, mas adoptaron casi todas las formas, las actitudes de vida española, negando su propio árbol de vida que es su madre indígena. Esta negación de lo indígena y reconocimiento de no ser español hacen que su vida se debata en una fuerte contradicción hasta hoy no resuelta, y es en ella donde se anida este sentimiento de inferioridad que caracteriza al mexicano.

Durante más de tres siglos, ha sido víctima de una fuerte influencia española, aunque la cultura indígena logró subsistir en el seno de las comunidades, de los pueblos. Empero el mundo de las instituciones, de las artes, de la política siguió bajo la tutela española. Dotada de una experiencia de siglos, la sociedad mexicana, fruto de una simbiosis entre lo indígena y lo español, vio rechazada una de las partes



constitutivas de su ser. Al regirse su vida con las normas que son más españolas que indígenas, ella se fragmentó, se contradijo, y perdió su raíz. No se puede forjar una sociedad sin considerar su pasado, en este caso, la etapa colonial mexicana. México existió antes de la llegada de los españoles, siguió existiendo con ellos como colonizadores, y después de su Independencia. La elección de unos valores universales que una sociedad pueda efectuar no puede por ende mermar o aniquilar su pasado. Lo universal ha de ser socializado, contextualizado; si no se convierte en palabras sin sentido, letra muerta. Tal fue el caso de la entidad mexicana que no supo o no quiso darle un tinte mexicano a las ideas surgidas del racionalismo europeo; no han podido pues recuperar cabalmente lo indígena y lo español para fundar una sociedad nueva, basada en el respeto y la pluralidad cultural.

Si el carácter universal de esos valores no se inserta en una cultura determinada, no apela por lo tanto al hombre, mucho menos a una sociedad, y los deja en una crisis de identidad y existencial. Al hablar del hombre en general, omitiendo que existen en un mismo suelo españoles, mestizos e indígenas, México sacrifica su pasado y con él a millones de mexicanos que configuran esta nación; se debate en lo inauténtico. Ha de regresar a su raíz, no sólo rescatar lo prehispánico sino también lo hispánico, ya que no podemos hablar de México prescindiendo de este momento histórico que ha determinado la vida de este país. Ir a su raíz es asumir su proceso histórico de manera radical, con sus glorias y fracasos. Al decir de Marx, “todo radicalismo es un humanismo, pues el hombre es la raíz de la razón y de la sociedad”<sup>9</sup>. El radicalismo es el que puede devolver la identidad y seguridad a una nación; de su rico pasado, ha de sacar fuerzas, lucidez y confianza a fin de afirmarse tal como es, con una previa reconsideración, un sustentado análisis de esta simbiosis entre lo indígena y lo español.

“México ha olvidado que ser radical es ir a la raíz, es decir retomar y reanalizar lo prehispánico y lo español”, sostiene el Premio Nobel de Literatura Mexicana. Continúa diciendo que “no se puede hablar del mexicano sin esta simbiosis. Es el hijo de la chingada, entendido como fruto de una violación del español hacia la mujer india. Desde luego, se trata de un pasado doloroso, empero negarlo es condenarse a

---

<sup>9</sup> Octavio Paz, citando a Marx en el Laberinto de la Soledad, Vida y Pensamiento de México, FCE, Edición 1969, México, D.F, p 129.

vivir en la ambigüedad, a querer adoptar siempre modelos por aquí y allá, y recurrir al “nacionalismo” cuando se siente amenazado o visto por el extranjero”.<sup>10</sup> Según Paz, Jorge Cuesta está en lo correcto cuando afirma en esta misma línea que “México se define a sí mismo como negación de su pasado”.<sup>11</sup>

Un nacionalismo no debe exhibirse como defensa o hermetismo al extranjero, más bien exige la capacidad de un pueblo para reconciliarse con su pasado y sentirse orgulloso de lo que es como pueblo, sin cultivar un miedo defensivo hacia lo diferente. La diferencia no ha de implicar una relación de superioridad o inferioridad, al contrario debe propiciar una igualdad dentro de la diversidad. La afirmación de Cuesta es dura y dolorosa, aunque refleje la realidad social mexicana. Basta con un ejemplo para ilustrar esta idea: México hoy día se enorgullece de su pasado indígena, sin embargo menosprecia, marginaliza a los hijos de sus antepasados que han venido resistiendo durante cinco siglos de historia; resistir para no morir, para no morir como personas, como pueblos dotados de una cultura ancestral. Esta sociedad, con una negación del pasado, desprovista de algún sustento histórico dificulta su propia cohesión y refuerza su individualismo.

La sociedad, al decir de los filósofos griegos, es una imagen agrandada del individuo. Esta verdad es aplicable sin duda a la mexicana. Lo individual se refleja en lo social, y éste se vierte en lo individual; así pues, el sentimiento de inferioridad que caracteriza al mexicano se manifiesta también en la sociedad. El mexicano, en efecto, se mueve en el dramatismo como un estímulo para esconder su identidad confusa y su depresión derivada de ella. Tal actitud se justifica y se fundamenta en una búsqueda interminable de identidad, la cual oscila entre sus profundas raíces indígenas y sus imborrables influencias españolas. Hijo o hija de una cultura derivada, sus comportamientos y acciones en la sociedad revisten una índole y un sentido ancestrales que ha de desentrañarse. La clave, según Riding, “radica en el pasado, en un profundo pasado subconsciente que está vivo en los mexicanos de hoy”.<sup>12</sup> Este legado histórico pone de relieve el singular mestizaje realizado en el suelo mexicano; éste no sólo fue biológico, racial sino político, cultural y religioso. Sólo aquí se ha

---

<sup>10</sup> Op cit. p145

<sup>11</sup> Ibid p 145.

<sup>12</sup> Alan Riding, Vecinos Distantes, Traducción Pilar Mascaro, México: Joaquín Mortiz, Edición Planteta, 1985, p14.

dado este inescrutable fenómeno de ser amos y siervos, colonizadores y colonizados, refiriéndonos a los españoles que nacieron en México, sin considerarse mexicanos, y a los hijos derivados de ambas culturas, la indígena y la española, que adoptaron más ésta que aquella, no obstante la fuerte presencia de los rasgos y características de la personalidad indígena en su modus vivendi, y por último los indígenas mismos. Todos compartieron y comparten un mismo territorio. La conciliación de rasgos indígenas, como la fe en el destino, la fuerte dosis religiosa, el vehemente sentimiento de inferioridad por una parte, y la imposición del idioma español, la práctica del catolicismo, el autoritarismo político, religioso y militar por otra parte, constituye tanto el espejo del mexicano como de su sociedad.

## SEGUNDO CAPÍTULO: EL CONCEPTO DE SOCIEDAD EN JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

Resaltar el concepto de sociedad en las canciones del Compositor guanajuatense representa una aventura intelectual interesante y difícil, ya que él no fue un sociólogo, sino un cantante que supo dibujar la conducta y el modo de ser y de sentir del mexicano. Sus palabras, como se pueden apreciar, son sencillas y a la vez cargadas de un fuerte contenido social, entendiéndose por ello el significado que adquieren en el seno de una comunidad dada. Por lo tanto la palabra se hace vida, carne y sangre, con nombre y apellido, sexo y nacionalidad. Todo el hombre se deja ver y sentir por medio de ella, se comunica, e insertada en una colectividad dada, cobra un sentido especial.

En este capítulo, se trata de entresacar a través de algunas de sus canciones la idea de sociedad que está latente. Todas sus canciones son sociales, porque hacen referencia a las prácticas y vivencias de una sociedad determinada. El concepto de sociedad al que aludimos implica un conjunto de individuos compartiendo un mismo territorio, ligado por una misma lengua e historia, y que elabora sus códigos, mitos, creencias y normas para facilitar o justificar la convivencia social. El concepto de sociedad mencionado se refiere a la forma en que están tejiendo las relaciones humanas, cómo se entrelazan, se retroalimentan y se afrontan. Y a pesar de estas pugnas que se libran dentro de esas relaciones, y tan cantadas por J.A.J, descubrir la manera en que logra mantener una cohesión, o una aparente “unión” dentro de la sociedad.

Este análisis nos llevará a encontrarnos con la fuente de la conflictividad, carácter inherente a todo grupo social, dentro de algunas canciones del autor; a explicar a través de sus letras las vicisitudes, las taras sufridas por algunos de la sociedad a quienes comúnmente se denomina: “Los pobres, el pueblo”. Este concepto hoy día está cargado de discursos político-culturales e ideológicos. Hablamos del pueblo, de los pobres, haciendo alusión a esa parte de la sociedad que sufre con mayor intensidad los embates del empobrecimiento del país, las consecuencias de las políticas injustas; es decir a quienes dejan correr su suerte y su vida bajo “la bondad de Dios”; son los que carecen de todo, menos de la pobreza, de mucho corazón, como diría



soportando una tristeza o detrás de una ilusión.

Voy camino de la vida, muy feliz con mi pobreza como no  
tengo dinero, tengo mucho corazón.

Descendiente de Cuauhtémoc, mexicano por fortuna,  
desdichado en los amores,  
soy borracho y trovador.

Pero cuantos millonarios quisieran vivir mi vida, pa'cantarle  
a la pobreza sin sentir ningún temor.

Es por eso que es mi orgullo, ser del barrio más humilde,  
alejado del bullicio,  
de la falsa sociedad.

Yo compongo mis canciones, pa'que el pueblo me las cante, y  
el día que el pueblo me falle, ese día voy a llorar.

Se exalta la pobreza como forma de vida y se manifiesta agresivo ante los ricos, o “ los de la falsa sociedad”, como él los denomina. Los de esta clase, que imponen las normas y pretenden regular la cultura, son falsos. La falsedad reside en vivir del tener y no del ser, hacer de lo primero la meta de la vida, olvidando que es un medio para bien vivir. Su prestigio y capital económico, cultural y político los hacen gozar de un estatus privilegiado, y sentirse diferentes de los demás. Se creen más que los demás, viven perpetuamente en un bullicio a fin de acrecentar su patrimonio. Ser rico, en lenguaje de J.A.J, equivale a ser un desgraciado, un sin corazón, que es incapaz de dejar aflojar sus más nobles sentimientos y sentir el dolor de los demás, porque están presos por el dinero. Se nota una determinación del destino en el curso de la vida de los individuos. Éste está estrechamente vinculado con las fuerzas de la tradición y constituye una manera peculiar de vivir y dar sentido a la existencia.

Adoptar una creencia o fe en él revela la impotencia del individuo o de una sociedad ante una situación aparentemente sin salida, sin chispas de esperanza. Sin embargo, vale afirmar que en las relaciones sociales de producción que se van tejiendo en la sociedad, el destino no desempeña ningún papel. Tal vez pueda ser una forma de legitimar un orden establecido, o la muestra patente de la incapacidad individual o social ante un fenómeno doloroso; pero no determina en el fondo nada. Una sociedad se construye, vive desgraciadamente tanto en la época de J.A.J, como hoy, no sólo en base a las costumbres, las tradiciones heredadas, creencia, sino también en el entrelazo de las relaciones sociales de producción, en sí injustas para la mayoría de la población llamada: “pobres”.

El reclamo que atraviesa esta canción se dirige contra las desigualdades sociales. Se maldice la riqueza por ser en sí injusta, por condenar a muchos a creer en el destino y no en su capacidad como sociedad para cambiar esta disparidad social; se le critica también por no poder obtenerla, y ser un atributo reservado a unos cuantos. Por lo tanto, la negada pobreza se vuelve la amada. Manifiesta un rencor y una violencia aparentemente no propositivos, que desembocan en la fe en el destino, como si esa situación de pobreza fuera algo planeado desde la eternidad, contra la cual no se puede luchar. El conocimiento afectivo y racional de los males lleva a la fatalidad cuando los remedios se hacen mucho esperar. Esta actitud que hace doblegar las mentes, los espíritus, nublar el corazón de amargura, enfriar las manos, es mortífera para una sociedad, tal como la mexicana. Esta existencia entregada al destino ofrece en holocausto a millones de mexicanos a la voracidad de los más fuertes.

La aceptación de la pobreza, acompañada por la sombra del destino, no es otra cosa que resignación ante lo real, la cual se vela en algunas cualidades humanas: “Tener corazón en contraste con tener dinero”. Pero el “tener corazón” no es sólo ser capaz de amar, de condolerse, sino es, por la misma exigencia del amor, ayudar a transformar la realidad injusta. J.A.J lanza este mensaje a su sociedad, para que desde su pobreza, desde su gran corazón luche por hacer realidad la ilusión de un México mejor. De otro modo, las cualidades humanas pueden reducirse a camuflar una salvaje realidad. Así, lo heroico se vuelve cobardía; y lo noble, infamia, ignominia. Aquí se aprecia la manera como critica la ideología dominante que difunde, instituye

de cierta forma la resignación como norma de vida, y así proponer el fin de la historia, ya que ésta es el bulevar donde van transitando gente que se rebela, critica la marcha supuestamente automática, establecida por alguna incierta ley divina de la sociedad. Reclama a la falsa sociedad el hecho de crear su mundo a parte, y desde allí imponer sus cánones culturales, establecer sus relaciones personales y sociales conforme a las leyes del mercado: oferta y demanda, al bullicio de la sociedad. Quiere resaltar dos patrones de vida, y dignificar la pobreza. Dado que el pobre no vive el estilo de vida del rico, se siente por ende expulsado, aislado de la vida social.

El canto a la pobreza es a la vez una protesta contra algo que no se tiene y un intento de exhibir, ofrecer las cualidades de la pobreza, lugar desde donde se puede construir una verdadera sociedad, reconciliando a través de una justicia social los hijos de este país. Este supuesto odio a la riqueza refleja también la realidad étnica y cultural del mexicano. Necesita de su pobreza para afirmarse- es lo que tiene- aunque le sirva de estorbo del cual quiere deshacerse. Es un errante que no encuentra la tranquilidad anhelada en su mundo de pobreza, pero la acepta porque sabe su no pertenencia a la otra. Los estilos, los patrones de vida de ésta le condenarán a la humillación y rechazo. Si se alaba la pobreza no por lo que es en sí, más bien es con el fin de decir no en voz alta a las privaciones, a su condición de dominados, y querer modificar esa desigualdad. La cultura mexicana, como prueba esa canción, parece negar lo que canta a cuatro voces y afirma lo que desea. Desde este horizonte podemos entender esa canción.

En efecto, detrás de este término “Pobreza” se esconde un mundo de sufrimientos; son millones de personas que ven sumir su existencia en una deshumanización feroz. Los datos, aunque son fríos, envuelven la realidad existencial de muchos condenados de la historia: más de la mitad de los habitantes de esta nación (México) se encuentra sumergida en la más lacerante pobreza; catorce millones de niños, en la pobreza extrema<sup>13</sup>. No es de dudar que esos números hayan aumentando tanto en México como en América Latina y el mundo.

---

<sup>13</sup> Elva Gutiérrez, el Financiero, México, D.F, 30 de Abril de 1991.



Estas informaciones pintan una triste realidad; son muchos niños, hombres y mujeres a quienes la sociedad ha puesto un alto a su desarrollo, crecimiento, a la educación y a la salud. Pagan el fruto del egoísmo, de la mala repartición de los bienes de la sociedad. “Los mexicanos, dice Alejandro Gertz Manero, se están empobreciendo aceleradamente en aras del sostenimiento de un sistema político que ya perdió su capacidad de generar y repartir las riquezas del país, pero que pretende mantenerse en el poder mediante métodos y conductas que sólo están favoreciendo a unos cuantos...”<sup>14</sup>. Para los desharrapados, los hambrientos, viviendo a la merced del destino, parece que el reloj del desarrollo, de la modernidad se ha detenido en el tiempo y en el espacio. A estas personas no creemos que sean felices de vivir en las intemperies de la existencia. José Alfredo Jiménez levanta su voz contra esta triste situación de un modo peculiar: ataca la corrupción de los ricos que falsifican la realidad de muchos seres cuya vida no es sino sobrevivencia, que proponen el consentimiento y la aceptación gozosa de ese deplorable hecho.

Quitándole la melodía pegajosa y embriagadora a las letras, las palabras pueden prestarse a otra interpretación: proponen el consentimiento y la aceptación gozosa de esa realidad. Detrás de ellas, en cambio, el autor quiere advertir al pueblo mexicano que con mucho corazón y orgullo, enraizado en su tradición, se puede ir torciendo el curso de esta situación. Por lo que el pueblo no tiene derecho a fallarle, ya que es su tarea histórica modificar su condición de vida presentada como algo aferrado a las garras del destino.

Por otra parte, el término “pueblo” se ha asimilado a manifestaciones de personas o grupo de personas alejadas de las grandes transformaciones, de los grandes logros del mundo capitalista. Y los políticos lo usan para aglomerar a toda la gente debajo de una misma bandera o causa. También lo han reducido a lo tradicional, una tradición encarcelada en museos y discursos políticos y religiosos. Empero, la conciencia de ese pueblo que cultivó esa tradición, que la parió, no puede encerrarse allí. Dicha tradición se ha venido forjando en la conflictiva y tensa organización de una sociedad determinada. Y pensar ser hijo del pueblo de esa tradición es pensar desde una esfera social especificada; es haber corrido la suerte de los “laissés pour compte”, de los abandonados a su desgracia; es vivir las luchas socioeconómicas,

---

<sup>14</sup> Alejandro Gertz Manero, México Perfil de un Rostro Oculto, Lasser Press Mexicana, México, D.F, 1991, p 18.

simbólicas de clases como forma de existencia de una sociedad. Abarca su lucha cotidiana por participar más ampliamente en la distribución de los bienes sociales, y elevar sus demandas en el campo social.

En efecto, en uno de los aspectos en que se nota esta desigualdad entre las personas de una misma sociedad es en su capacidad de consumo. Es el lugar en que las disparidades se hacen más patentes, en que los conflictos sociales, surgidos de la injusta participación en el proceso productivo, se acrecientan a raíz de la parcial distribución de los bienes y la satisfacción de las necesidades. El consumo se revela también el concepto clave para comprender y explicar la vida cotidiana. A su alrededor se organizan los comportamientos de los diferentes clases, sus mecanismos de adhesión, su hegemonía, subordinación o resistencia. J.A.J pone de relieve las contradicciones de su sociedad que propone la igualdad en la identidad, y no en las relaciones sociales de producción: “ser mexicano por fortuna, y a la vez hijo del pueblo”.

Este hecho engendra una doble personalidad: la mexicana y la pobreza. Al plantear esta idea de esta forma, se tiende a hacer creer que esta última reviste un carácter individual y personal, y por ende no recae sobre las determinaciones objetivas, las políticas económicas e históricas de desigualdad. Baudrillard tiene razón, cuando afirma que toda sociedad produce diferencia, discriminación social, y esta organización se basa sobre la utilización y la distribución de las riquezas<sup>15</sup>. En pocas palabras, se refiere al dinero, que se transforma en privilegio jerárquico, de poder y de cultura, esto es de clase. J.A.J describió la marginación, resignación del pueblo al ver sus deseos frustrarse por falta de ese mal necesario. Mas no ha llegado- y ni era su intención- a cuestionar el sistema que se alimenta produciendo riqueza, abundancia para pocos, y penuria para muchos. La popularidad de esa canción expresa el sentir de los desposeídos, de los excluidos del círculo de poder y del saber, a quienes no les queda otra sino lamentar melodramáticamente su triste destino.

El consumo entraña pues un rasgo institucional; no existe solamente una discrepancia delante de los objetos, sino que todos no pueden tener los mismos objetos. Es un sistema de intercambio, de un lenguaje, cuyo código se descifra en las

<sup>15</sup> Baudrillard Jean, La Société de Consommation, Edición Denoel 1970, Paris, Francia, p66

compras realizadas, en los vestidos, en la forma de hablar, de relacionarse con los objetos y las personas. Es un signo distintivo de diferencia de clase. Diferenciarse es reconocer, aunque no se lo apruebe, el orden de las divergencias sociales. Este acto engloba toda la sociedad y rebasa inevitablemente el individuo. No obstante, existen instituciones o grupos con estrategias de clase.

Hay que aclarar que toda la sociedad está atravesada por las desproporcionadas y contradictorias relaciones que viven sus miembros en la participación del proceso de producción. Sin embargo, no sería lúcido de nuestra parte afirmar la no participación de la clase dominante o hegemónica en la formación y organización tanto material como ideológica de la clase popular. Para entender la eficacia persuasiva de las acciones hegemónicas, dice Godelier, hay que reconocer lo que en ella existe de servicio hacia las clases sociales<sup>16</sup>. La clase pobre necesita en su sueño de pobre, en sus condiciones de trabajo y de existencia algo que le incite a vivir.

Las canciones de J.A.J responden a esa demanda, porque dibuja, plasma el ser del pobre en sus versos. Ser del pueblo y pobre es una realidad que se construye en la totalidad de las relaciones sociales a través de la distribución injusta de los bienes de consumo, del dique a ciertos privilegios que le ponen al sujeto a causa de su baja o nula capacidad económica, cultural y simbólica, y no consecuencia del destino. Ese atributo se va también moldeando por medio de los hábitos subjetivos y de las prácticas interpersonales, que dan más consistencia a esa identidad. Ser del pueblo recubre también una experiencia de clase que dio carácter nacional, de ciudadanía a las grandes masas.

En efecto, lo popular está ligado a la construcción de lo nacional; se nacionaliza y configura un proyecto nuevo de nación. Tal fue el objetivo y el empeño de la Revolución Mexicana de 1910. Ella dio un giro casi radical en el horizonte cultural mexicano, al valorar, al regresar a- lo que hasta ese entonces estaba marginado, excluido de la cultura oficial; nos referimos a lo campesino, a lo indígena y a lo suburbano. Lo popular ha sabido construir una identidad del mexicano, ¿verdadera o no?, eso tendría que someterse a un estudio más profundizado. Empero, nadie puede

---

<sup>16</sup> Michel Godelier, “La Part Idéelle du réel”, L’ Homme, julio- diciembre, 1978, XVIII, pp 155-165

negar que ella logró crear una nueva conciencia de identidad nacional al rescatar los orígenes de la sociedad mexicana.

México emprendió el camino de conocerse a sí mismo, de encontrarse con sus raíces, motivado por una fuerte pasión de igualdad social. Esta misma irrigó la conciencia y el sentir de J.A.J, la cual se hace notar en esa canción que venimos analizando, y las que después analizaremos en este capítulo. Reproduce las desigualdades y conflictos entre manifestaciones simbólicas arraigadas en el dinero, las que en última instancia califican o descalifican a las personas. Hemos de aprehender las canciones del autor en cuanto reveladoras de los efectos estructurales del capital sobre la cultura, es decir en la vida cotidiana de los individuos, medio a través del cual se libran los enfrentamientos y diferencias sociales. J.A.J reafirma una identidad de clase por medio del orgullo, de la alabanza, de la “oda” a la pobreza: “No nací entre la gente que tiene falsedad, en el bullicio de la sociedad”; “ con los pobres nunca lloré”, etc. A través de estos términos, uno puede percatarse de una gran quejumbre social, donde se entrelazan el orgullo de ser mexicano y la frustración ante la situación que se vive. Esos recursos pueden servir como mecanismos de defensa, de cohesión interna del grupo social, y permiten quizás aceptar con menos resistencia un hecho social de desigualdad; o como impulsores en el proceso de cambio, de transición que la sociedad misma va operando.

### Música y Sentimientos

Por otra parte, como se ha hecho creer, la música resulta algo puro sentimental, la realización más elevada del hombre, desconectada de lo real, de lo social. Empero, expresa unos valores, una forma de sentir, que son aprendidos. Por lo que, sin negar su fuerte aspecto sentimental, queremos hacer resaltar su dimensión social. En algunas culturas, al ejemplo de la mexicana, el sentimentalismo afirma un rasgo constitutivo en la vida social. Se nota una sensibilidad, una sensibilidad muy arraigada. Se cree que se habla con el corazón en la mano, como si la palabra representara ya la situación: gritan, se desahogan para expresar y decir lo que son y creen. En este mismo sentido, Joaquín Antonio Peñalosa afirma: “La vida del mexicano empieza cuando alguien dice jubilosamente “ya habla el niño”, termina cuando alguien solloza con suspiros “ya no

habla". Es una historia de palabras".<sup>17</sup> Esta creencia de ser puro corazón de los mexicanos se refleja en su música al querer dejarlo en sus notas.

En esta canción del Hijo del Pueblo, se percibe un cierto lamento seguido de un aire orgulloso. Las primeras notas recalcan esta altivez del pobre, pero poco a poco va cayendo en una aceptación triste, dolorosa de esta condición de pobreza. La voz se oye quebrada, como si en ella los pobres estuvieran derramando sus lágrimas. Con la pesadumbre en sus entrañas y el corazón lleno de sufrimientos y de amargura, afirma su orgullo de ser pobre. En esa canción, la música no propone; tiene un carácter de acompañamiento, ya que lo que quiere hacer resaltar el cantante es la letra. De hecho, la melodía es muy sencilla y repetitiva, como la vida misma de los pobres. La letra es la que conmueve, hace desatar procesos internos no descifrables, lleva a que el pueblo se reconozca a través de ella. Este carácter emotivo tiene su propia lógica, ya que lo racional no puede explicar el sentido de sus diferentes actos.

Y un intento de explicar, de entender esta lógica es descubrir que se opera bajo la inspiración de ciertos valores que quiere alcanzar. Allí los juicios estimativos, de apreciación asumen el papel dominante dejando a los meramente intelectivos un rol secundario. La lógica del sentimiento no se centra tanto en los conceptos; un ejemplo ilustrativo es el de "descendiente de Cuauhtémoc".

Este no conlleva en la práctica a una aceptación, reconciliación con el mundo indígena, sino se apela por el valor simbólico e histórico que goza en la vida de la nación, ignorando los conflictos, las situaciones en medio de los cuales se elevó la figura del último emperador mexicano. Sin embargo, apunta a un regreso a la raíz indígena desgraciadamente negada en la vida cotidiana del mexicano; que sólo puede alabarse, dignificarse en las palabras, canciones, mientras en la actualidad más de cuatro millones de indios viven en condiciones de vida deplorables. ¿No será porque el mexicano critica al español conquistador para disimular el que tiene adentro, ya que es fruto de este encuentro entre lo indio y lo español?

Esta identidad indígena, asumida la mayoría de las veces en canciones, películas, ha de repercutir en la forma concreta de vivir del indígena actual. La única

---

<sup>17</sup> Joaquín Antonio Peñalosa, Vida, Pasión y Muerte del Mexicano, Editorial Jus, 1975, México, D.F., p67.

manera de hacer justicia al pasado consiste en cambiar de modo sustancial la condición de vida de sus antepasados, de sus abuelos; en ir avanzando cada vez más en esta cultura de tolerancia y de igualdad en la diversidad.

Esa lógica sentimental abarca, pues, una parte esencial de las actividades genuinamente humanas: la música, la religión, la pintura, la poesía, las costumbres, etc. Esta peculiaridad del sentir, en el caso de la música, goza de una relativa autonomía frente a las exigencias de la realidad, lo cual deja un considerable margen a una representación torcida, falsificada de la vida social a veces inconsciente; y también un amplio espacio para dar vuelo a la imaginación, a las emociones, al intelecto; todo imbricado en el momento de inspiración, de composición de la obra.

La música ranchera mexicana se reconoce en las líneas precedentes. En efecto, brota del corazón y se dirige al corazón del oyente: encanta, mueve y conmueve; evoca y provoca. No está más allá de las palabras, no se necesita grandes elucubraciones para captarlas y aprisionarlas, sino dejar que se vacíen en las notas quiméricas, dolorosas o alegres de las canciones. Por lo tanto son más acá, donde el corazón derrama sangre por un amor no correspondido, cegado por el poder del dinero. Este más acá transcurre en la lentitud de la voz, de las notas, en los arrebatos y gestos sustraídos de la vida social.

El encanto, la identificación que logra la obra de J.A.J es con el pueblo mexicano, quien encontró en sus canciones al verdadero maestro de las emociones sociales internas. En éstas, el pueblo se descubrió a sí mismo, vio reflejado su propio latir. La grandeza del autor consiste en la creación de un lenguaje que supo plasmar, en notas musicales, las disposiciones ya existentes en la realidad. Lo que se llama creación, dice Bourdieu, es la confluencia de habitus socialmente constituido y una determinada posición ya instituida o posible en la división del trabajo de producción cultural<sup>18</sup>.

Las canciones de J.A.J no están exentas de esas formas de concebir la vida, la nación, regidas sobre unos valores comunes a una clase. Este habitus es producto de

---

<sup>18</sup> Pierre Bourdieu, *Sociología y Cultura*, Grijalbo, 1984, Les Editions de Minuit, Paris, France, p 228.

unas condiciones sociales e históricas ajustadas a un discurso sacado también de una situación concreta. ¿Quid del Nacionalismo Mexicano?

### Nacionalismo

Este remonta a un pasado glorioso, a las figuras que, a pesar de ser a veces vencidas, supieron defender con dignidad su monarquía, su reinado. Tal es el caso de Cuauhtémoc, undécimo thahitoani, cuyo nombre significa Aguila que cayó. Fue un joven valeroso que resistió la embestida de los españoles hasta que sobrevino la rendición de la ciudad el día 13 de Agosto de 1521<sup>19</sup>.

Este nunca quiso ser el monarca títere y buscó establecer una relación directa de vasallaje con el rey de España. Siguiendo a Weckmann quien cita a Eduard Mayer, el término vasallus se empleaba en la Edad Media española para designar al hombre libre poseedor de un feudo, pero también se aplica a los solariegos (labradores no libres) y a algunos individuos de condición dependiente<sup>20</sup>. Este rendimiento del gran Emperador Cuauhtémoc se debió al acoso que sufrió con las ballestas- versión perfeccionada del antiquísimo arco y tomada de los bizantinos por los cruzados en el siglo XI<sup>21</sup>- utilizadas durante el encuentro de los dos mundos y en la captura y sometimiento del emperador indígena. Hizo señal que no tirasen, que él se rendía por preso, y fue llevado a Cortés.

La figura de Cuauhtémoc inspira grandeza, orgullo de un pasado, y también esconde una sensación de derrota y aplastamiento. Pensar que esa figura puede servir de identidad nacional es algo aceptable, pero creerlo es una ingenuidad, ya que la construcción de la Nación Mexicana como tal empieza en el siglo XVI con el complejo mestizaje que se dio tanto a nivel racial como cultural, religioso y político. Antes, de lo único que podemos hablar es de civilizaciones o sociedades mayas, aztecas, para no citar más que éstas.

Por lo tanto, la identidad mexicana no se puede basar en dicho personaje, ni mucho menos, aunque lo incluya, en un acto fortuito, contingente como es el hecho de haber nacido en un territorio determinado, con sus limitaciones geográficas y su lengua. La identidad como un hecho que se construye, y no algo natural, ha de fundarse en una creación colectiva, sostenida, apoyada en la marcha de este país a lo

---

<sup>19</sup> Museo de Antropología mexicana, México , D.F

<sup>20</sup> Luis Weckmann, La Herencia Medieval de México, FCE, segunda edición, p 86.

<sup>21</sup> Op cit , p 104



largo de su existencia, es decir en la historia. En la Crónica Mexicayótl, se dice que el Emperador recibió el bautismo cristiano, momentos antes de ser colgado en Huye Mollan. Según dicha crónica, recibió el nombre de Fernando Cuauhtémoc y su padrino fue su mismo verdugo. Fue el último rey de México bautizado<sup>22</sup>.

El nacionalismo del mexicano, más exactamente el cantado por J.A.J, está ligado, unido implícitamente a una actitud de hombría, de virilidad, y a un sentimiento de menor valía, de desgracia, vinculada con el destino, con el amor. Este nacionalismo se nutre de la sensibilidad del mexicano profundamente marcada por un pasado indígena, criollo y mestizo. Por lo tanto, aclamar, apropiarse sólo de la procedencia del Rey Cuauhtémoc conduce a una negación completa de la participación y la influencia hispánicas en la configuración de la nacionalidad mexicana. Resaltar lo indígena debería llevar a reconocer que antes de la llegada de los colonizadores existían el esclavismo y el oprobio para las grandes masas indígenas. El nacionalismo- que lo quieran o no- está conformado tanto por lo indígena como por lo español y lo criollo.

Ese nacionalismo ha de ser de mestizaje, como la misma nación lo es. Este sentimiento patriótico se desgasta, se hace confuso por los elementos difíciles de integrar en la vida nacional; se trata de lo indio y lo criollo. No se puede construir el nacionalismo de un país desdiciendo en la realidad lo que se afirma, lo indio; y sostener, alimentar lo que se repudia, lo occidental, lo español. El nacionalismo ha de basarse en la integración de una sociedad consciente de su pasado, el cual debe asumir para sacar de él elementos necesarios para transformar la situación presente y asegurar su sano desarrollo. No debe reducirse a momentos espontáneos, en un instante de boxeo, o de fútbol;<sup>23</sup> es una actitud existencial que consiste en conocer su propia historia, fomentar la educación, promover la vida, la dignidad de la sociedad y defenderlas donde se ven amenazadas, y respetando las de los demás.

En la voz de J.A.J , la identidad nacional transcurre y se acuña en la canción del “Rey”. He aquí las letras:

---

<sup>22</sup> Op cit, p 200

<sup>23</sup> Carlos Monsiváis, Los Rituales del Caos, Ediciones Era, México, D.F, p 30.

Yo sé bien que estoy afuera  
 pero el día que yo me muera  
 sé que tendrás que llorar,  
 (llorar y llorar, llorar y llorar)  
 dirás que no me quisiste  
 pero vas a estar muy triste  
 y así te vas a quedar.

Con dinero y sin dinero  
 hago siempre lo que quiero  
 y mi palabra es la ley,  
 no tengo trono ni reina  
 ni nadie que me comprenda  
 pero sigo siendo el rey.

Una piedra del camino  
 me enseñó que mi destino  
 era rodar y rodar,  
 (rodar y rodar, rodar y rodar)  
 después me dijo arriero  
 que no hay que llegar primero  
 pero hay que saber llegar.

Con dinero y sin dinero  
 hago siempre lo que quiero  
 y mi palabra es la ley,  
 no tengo trono ni reina  
 ni nadie que me comprenda  
 pero sigo siendo el rey.

En efecto, dichas coplas abren las venas de la raíz cultural mexicana. Es la grandeza cimentada sobre un despojo. Se refleja la tensa contradicción del mexicano de creer ser el ombligo del mundo, y a la vez sentir su realidad de país periférico. México, y podemos avanzar la mayoría de los países latinoamericanos, antes como después de su Independencia se quedó en las orillas del mundo moderno. En el siglo XIX, llegó tarde, y también España por la desposesión de sus tierras, a esta gran cita del capitalismo, del comercio y del industrialismo nacientes, cimentados en el conocimiento, la ciencia y la técnica. Allí se percata una desgracia ancestral que se anida en el alma del mexicano. Se siente afuera del círculo donde se decide su porvenir; rey sin corona, ni reina, salvo su virilidad. Estar afuera denota una dimensión de marginalidad tanto social como sentimental. De su exclusión hace subir su voz, mas se da cuenta de que es prisionero de un destino, de que una piedra del camino había adivinado su porvenir.

El papel de ése está muy marcado en la cultura mexicana, lo que puede llevar a cultivar no sólo una resignación ante la vida, sino una indiferencia. Se sigue el curso del destino como el agua que se dirige al río. El hombre no es capaz de modificar o torcer su rumbo. Esta manifestación de vida favorece, beneficia a la clase dominante, que se esmera en arraigar cada día más esta mentalidad. Si bien es cierto que se pone de relieve la relatividad del dinero, al cual se antepone de una parte la dignidad del

hombre por encima del tener, por otra se deja entrever una cierta actitud o tendencia machista. Se aprecia también un latente deseo de tener lo que se odia, lo que se calumnia.

Con el dinero se crea un mundo excluyente, destructora de las costumbres del pueblo. Las distancias, las brechas económicas hacen surgir varios reyes sin trono que se refugian en su machismo para convertir sus palabras en leyes. Esta contradicción inexplicable hace acudir al destino como el único capaz de proporcionar un sentido a la existencia y así vivirla con relativa tranquilidad. Empero esa tranquilidad es víctima de los embates del capital económico que erige sus muros, construyen sus ciudades para aniquilar las costumbres de un pueblo. En efecto, J.A.J supo descubrir en la canción “Las Ciudades” el triste fenómeno, sin menospreciar sus ventajas, que generan éstas. Convierten al ser humano en un robot, vive en un anonimato total, y lo peculiar de cada región se ve chupada por la globalización de los sentires de las ciudades, y donde todo se hace, se valora bajo el prisma del dinero; donde la gratuidad, la espontaneidad están en muchas de las ocasiones sumergidas en el olvido.

### Las Ciudades y El Dinero

En nuestras sociedades donde el dinero se convierte en el nuevo Dios por venerar, las personas se van desfigurando, perdiendo su identidad propia. Además la influencia del mercado, la publicidad y los medios de comunicación producen una uniformidad opaca y un conformismo maquillado con el más frío, agresivo e inclemente individualismo. Es lo que J.A.J trata de manifestar, de expresar en su canción llamada: “Las Ciudades”.

Te vi llegar  
y sentí la presencia de un ser desconocido,  
te vi llegar  
y sentí lo que nunca jamás había sentido.

Te quise amar y  
y tu amor no era fuego no era lumbre,  
las distancias apartan las ciudades las ciudades destruyen las  
costumbres.

Te dije adiós  
y pediste que nunca que nunca te olvidara, te dije adiós  
y sentí de tu amor otra vez la fuerza extraña.

Y mi alma completa se me cubrió de hielo y mi cuerpo  
entero se lleno de frío.

Y estuve a punto de cambiar tu mundo, de cambiar tu  
mundo,  
por el mío.

En efecto, en las grandes ciudades se destruyen tanto las costumbres como sus portadores que se hunden en el frío y agresivo ritmo de vida de ellas. Vivimos de hecho la despersonalización del ser humano, como si un pasmoso invierno se hubiera instalado en su vida. Compartimos un mismo sitio, en el micro, en el condominio, y se vive esa sensación de alejamiento, distanciamiento cubierto de hielo, de indiferencia.

Su despedida, refiriéndonos a las notas de la canción -Las Ciudades-, evidencia la existencia de dos tipos de vida: la que rescata, conserva lo tradicional, y la que se empeña en desaparecerlas, obedeciendo a la lógica interna del capital. Empero, detrás de los grandes edificios relumbrantes, se esconden la miseria, la muerte de un pueblo empecinado por vivir; se oculta el mundo de los condenados de la historia. Considerarse afuera de la sociedad es saber con dolor que uno no tiene su sitio en ella e intentar sin mayor convicción integrarse, acomodarse a lo que puede.

En esta canción, J.A.J, al limpiar su alma, nos advierte de la peligrosidad, de los riesgos de las grandes ciudades frente a la identidad frágil del mexicano, de la amenaza que representa el tecnologismo para la cultura nacional. Plantea en el fondo la dura pregunta, a saber: “¿Si la tecnología está al servicio del hombre, de la comunidad o lo contrario? Si ella no se somete a las necesidades imprescindibles del hombre, se vuelve aniquiladora. Destruye al hombre en sus núcleos fundamentales que son la comunicación y la convivencia. Cultivándolas, se humaniza y crece.

Requiere esta versión a los otros para mirarse y conocerse. Y cuando este otro es una máquina, una dimensión esencial de su ser se atrofia.

A pesar de los múltiples medios de comunicación, del auge en este campo de saber, el hombre se siente aislado. Es la indiferencia y el vacío de la existencia. El auge de la técnica y de las ciencias de Comunicación vuelven al hombre más incomunicable. Todo se reduce a lo numérico, entonces la persona queda relegada. En medio de este bullicio, la gente busca algo o alguien que devuelva sentido a la vida. Las costumbres se desmoronan ante la fuerza del capital económico, del “desarrollo” y de la “modernidad”.

Esta entraña, en efecto, algunas manifestaciones dañinas a cualquier sociedad, como el consumismo, la publicidad voraz y sin freno, el culto al dinero, y crea desigualdades abismales aparte del egoísmo atroz que fomenta y la uniformidad, la globalización de los gustos y de los sentires. No hay lugar para la heterogeneidad. A su manera, J.A.J dirige un reclamo a esta máquina asesinadora de costumbres y tradiciones. En esas sociedades se es “Don Nadie”, donde la vida pasa bajo el tremendo y angustioso anonimato, donde la adquisición de los bienes materiales se revela como ley para conferir un significado a la vida, llenar este vacío experimentado, mientras se está cavando la muerte de la persona. En esta canción de J.A.J se logra captar su preocupación por la persona, no como otro uno, sino como un otro, y sobresale esta gran verdad, a saber que ninguna cosa, por valiosa que sea, pueda devolver interés a la vida, si no es el soplo humano, el contacto cálido y respetuoso con el otro. De ninguna manera, el tener puede sustituir al ser. Si lo logra es por la desgracia, la condena de éste.

Al abandonar el “yo soy” por el “yo tengo”, se mina la esencia misma del hombre, y su vida se ve expuesta a una de las guerras más sangrientas, más desastrosas: la del ser pasando por el tener. Y este hecho es la razón del egoísmo feroz que azota, roe nuestras sociedades modernas. Todo tener debe fundamentarse en el ser, en los valores constitutivos inherentes a la persona; si no lo es, se convierte en un monstruo, en un tener deshumanizador que con nada se satisface y cosifica la existencia.

Se notan ya, y eso alrededor de la década de los 60, las consecuencias en México de la modernidad. Ésta, iniciada en las primeras décadas de este siglo, vino a robar esta aparente y supuesta paz que se respiraba bajo el cielo mexicano. Decimos “supuesta” porque en el momento en que México se integró al mundo occidental por ser conquistado por los españoles, la paz le ha sido robada. Las vanguardias que impulsan el desarrollo del mundo plantean serios retos a las creencias, costumbres nacionales, aldeanas; hacen que se generen cambios concretos en la forma de vivir de una nación. México era un país agrícola y minero, y se está convirtiendo en un país industrial y de servicios; era un país rural, regionalizado, y se ha hecho urbano con mayor movilidad e intercambio al interior de él. Este ciclo que propicia estos cambios no es interno, sino mundial. Por lo tanto, opera cambios importantes en la forma de vivir, de relacionarse con los demás y de ver su entorno.

Así una sociedad, basada en el dinero como todas las sociedades capitalistas y plasmada en la canción: “Ni el Dinero Ni Nadie”, genera grandes frustraciones y desprecio. La letra de esta canción es la que sigue:

Porque soy como soy sin razón me desprecias, porque vivo  
entre gente  
que dices que no es de tu altura.

No me dejas cantar en tu reja como otros te cantan,  
ni me dejas gritar que te quiero con honda ternura.

Porque soy como soy se me va tu cariño,  
porque no hice dinero en el mundo me están derrotando.

Si de veras te vas me lo dices de frente,  
si me piensas mandar una carta mejor ni la escribas.

Este adiós, corazón,  
te lo exijo mirando tu cara

y si ya no hay amor en tus ojos me voy de tu vida.

Yo no tengo derecho de nada por ser vagabundo  
pero sé que en el fondo de tu alma me estás adorando.

Yo no puedo pensar que tu amor se me acabe,  
ni el dinero ni nada ni nadie podrán separarnos.

Hay recuerdos que nunca se borran y así son los nuestros  
pa' poder olvidar tantas cosas tendrían que matarnos.

Efectivamente, las personas no son lo que son, sino lo que tienen, se dividen entre los de arriba y los de abajo. Una vez más se vuelve a aparecer de manera nítida las divisiones de clases, y detrás de ellas se describe toda una norma de vida de las diversas clases. Los de arriba son los que imponen las reglas de la convivencia social, y califican a los diversos actores sociales. El poder del dinero cierra y abre puertas; así el amor se ve sujeto a su poderío. Según el cantante- autor, el noble sentimiento del amor, aparentemente fuera de los ámbitos socioeconómicos, tiene que ver con la clase social; está ligado al capital económico y simbólico poseído por el amante o la amada. Entendemos por simbólico el prestigio, el honor que ha logrado conquistar un linaje familiar a lo largo de los años, generaciones.

En efecto, el capital simbólico constituye un arma en el proceso de enamoramiento y una garantía del acuerdo una vez concluido<sup>24</sup>. Por lo tanto, este capital simbólico reposa en el económico, y es muy diverso respecto de las clases sociales. Ser pobre carga con un insignificante capital simbólico, es ser reconocido como vagabundo, como alguien digno de ser despreciado, y con pocas oportunidades

---

<sup>24</sup> Pierre Bourdieu, Le Sens Pratique, Les Editions de Minuit, Paris, France, 1980, p 197

en la vida. Es alguien que ha nacido distante y vive como tal respecto de la educación institucionalizada, de los beneficios otorgados por la sociedad.

El dinero divide a las personas y les procura un estatus, un modo peculiar de vivir y de relacionarse con los demás. Erige o destruye barreras. Es el puente a cruzar de parte del cantante para conseguir el amor de su amada. Sus quejas, sus lamentos se acompañan con un valor, con la fuerza de la mirada. Allí no se puede esconder el amor, tampoco la verdad. Los ojos del otro son los mejores espejos para desvelarse y revelarse tal como uno es. “El otro, siguiendo a Lévinas, permanece infinitamente trascendente, infinitamente extranjero, pero su rostro, en el que se produce su epifanía y que me llama, rompe con el mundo que puede sernos común y cuyas virtualidades se inscriben en nuestra naturaleza y que desarrollamos también por nuestra existencia”<sup>25</sup>.

Si el dinero separa, el recuerdo es el lugar de unión entre dos seres que la misma sociedad, es decir la misma organización y estructura de producción social, ha dividido en rico y pobre. Este ha de buscar una fuerza, extraerla aun de su misma pobreza para afirmar su existencia arraigada en su ser y no en su tener.

Empero, en esas canciones analizadas, se nota el vínculo estrecho que las une con la cultura popular a través de los reclamos, denuncias dirigidos contra estas prácticas socio-culturales injustas, discriminatorias. Sin embargo, si no se encaminan a proponer un cambio en la sociedad pueden convertirse en una actitud de quejumbre, de crítica que termina ahogándose en una dolorosa aceptación y una frustrada resignación ante esa realidad. Lo que desde luego favorece una mayor legitimación a la clase pudiente de un país. A través de ellas, “la clase dominante logra el reconocimiento de su concepción del mundo y de su supremacía por parte de las demás clases sociales”.<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> Emmanuel Lévinas, *Totalidad e Infinito*, Ensayo sobre la exterioridad, Ediciones Sígueme -Salamanca, 1977, p 208

<sup>26</sup> Gilberto Giménez, *La Problemática de la Cultura en las Ciencias Sociales*, Cuadernos de la Dirección general de Integración Comunitaria, col ec. Teoría 2, Octubre de 1990, p 34



Relación entre ricos y pobres

Por otro lado, en su canción titulada: “Tú y las Nubes” pinta con gran maestría esa tensión que se da en el amor entre ricos y pobres:

Ando volando bajo  
mi amor está por los suelos, y tú tan alto, tan alto mirando  
mis desconuelos sabiendo que soy un hombre que está muy  
lejos del cielo.

Ando volando bajo nomás porque no me quieres  
y estoy clavado contigo teniendo tantos placeres, me gusta  
seguir tus pasos habiendo tantas mujeres.

Tu y las nubes me traen muy loco, tú y las nubes me van a matar,  
yo pa’arriba volteo muy poco  
tú pa’abajo no sabes mirar.

Y o no nací pa’pobre me gusta todo lo bueno  
y tú tendrás que quererme o en la batalla me muero, pero  
esa boquita tuya  
me habrá de decir: te quiero.

Árbol de la esperanza que vives sólo en el campo  
tú dices si no la olvido o dime si no la aguanto,  
que al fin y al cabo mis ojos se van a llenar de llanto.

Tú y las nubes me traen muy loco, tú y las nubes me van a matar,  
yo pa’ arriba volteo muy poco,  
tú pa’abajo no sabes mirar.

Esa canción describe las vivencias de dos mundos completamente opuestos, uno que se mueve para arriba; y el otro para abajo. La calamidad del pobre es haberse enamorado de alguien de arriba, que niega y rechaza a su persona, y por ende su proveniencia. Estar abajo es estar privado de capacidades para comunicarse con los de arriba. Sus gustos, sus formas de vivir, vestir, hablar y pensar se oponen drásticamente con los de abajo. Con razón afirma que ella y las nubes le van a matar. Es una muerte del ser que agoniza lentamente bajo la fuerza y la insensibilidad del tener. Asistimos a una transformación de las relaciones arbitrarias en relaciones legítimas, de diferencias reales en distinciones oficialmente reconocidas. Pareciera normal que éstas existan en la concepción de J.A.J, sin embargo, llega a afirmar que para pobre él no nació. Pero se le olvida que ser pobre no consiste en no cultivar buenos gustos, sino en estar privado de ellos.

Es importante subrayar la relación que existe entre la estética, la moral con el destino que sufre cada uno. En la mentalidad de la gente, se asocia, y aquí J.A.J lo pone de relieve, lo bueno con el prestigio, con el dinero. Lo bueno así entendido es algo reservado a unos cuantos, a los bien nacidos, es decir de familias ricas o de gran fama; al cual los pobres no tienen acceso. Este trasfondo teológico que identifica lo bueno con la riqueza, la salud, el poder, la belleza, la fama; y lo malo con la pobreza, enfermedades, desgracias de la vida, se revela una aplanadora, una nube espesa contra todo intento de entender esta angustiada situación, ya que está, al parecer, dada por el fruto de un azar. No sólo se asocia lo bueno con la riqueza, sino con la persona rica; lo mismo por lo malo. Se moraliza una situación económica y social, y a la vez se individualiza.

La cuarta estrofa de esa canción, nos puede llevar a creer que la pobreza no es algo inherente al ser humano, más bien una consecuencia de una mala e inequitativa distribución de las riquezas de la sociedad. Se queda allí, porque no fue su objetivo; no alcanza a establecer una relación de causa-efecto, lo que le remetía a la organización de la producción social. Denuncia el hecho de considerar como normal, preestablecida una creación humana de desigualdad, porque sabe que nadie ha nacido para ser pobre, y esa realidad de pobreza se explica por la falta de equidad social que existe en nuestras sociedades. Por lo que, al recoger el sentido común de las prácticas sociales,

pone en tela de juicio la idea que pretende presentar las diferencias de clases como algo natural.

La palabra “Nube” alude a las garrafales brechas sociales que se vive en el seno de esta sociedad y en el de muchas otras de América Latina. Algunos son de tanta altura que aunque volteen la mirada no alcanzarán a ver mucho menos sentir la realidad de los pobres. Este abismo cavado crea dos o varios Méxicos dentro de un mismo México e impide desde luego la manifestación del amor. El amante por consiguiente ha de recurrir a su valentía, a su “machismo” muchas veces folklórico para llegar a su amada. Reconoce que no tiene los requisitos para voltear para arriba, mucho menos estar a la altura de su amada, porque estar allí no le incumbe al destino, sino a las relaciones sociales injustas de producción que se van tejiendo en la sociedad. Una vez más, el sufrimiento y el dolor se desgarran sobre las notas que transmiten en cambio un sentimiento de valentía, de firmeza, pese a la pena que lleva dentro.

El ritmo es pausado como el latido de un corazón atrevido, al mismo tiempo abatido, que presagia su derrota. Este ritmo simple expresa su tormenta interior. La letra de la canción expresa una impotencia y un decaimiento, un ocaso tremendo, mientras que la melodía está en tono mayor, el cual suscita una sensación de alegría. Esto nos lleva a suponer que esta música está amalgamada, es decir él compone la canción y alguien hizo los arreglos musicales.

Si en las canciones imprime sus penas, torturas internas sobre el papel, las cuales son compartidas por todo un pueblo, es porque engloban el conjunto de los significados socialmente admitidos y codificados, atraviesan la totalidad de las prácticas sociales. Estas son elaboradas en gran medida por la dimensión simbólica de la cultura. Y ésa está verbalizada en cuentos, discursos, cantada en los diferentes ritmos musicales, plasmada en la pintura. Ella no sólo produce un significado, como en el caso de estas canciones: El Hijo del Pueblo, Tú y las Nubes, Las Ciudades, sino es - y allí reside su peculiar importancia- un instrumento de intervención sobre la sociedad. Puede intervenir sobre ella porque está legitimada, reconocida y avalada como tal; así modifica, dibuja un estilo de comportamientos: “El pobre no sabe mirar para arriba, y el rico no puede voltear para abajo”.

Estas prácticas sociales creadas se interiorizan en forma de “costumbre”, de lo “natural”, de lo “ya dado, establecido”. Y J.A.J está dirigiendo esta pregunta a cada mexicano: “¿De veras esto será cierto?” Esas canciones, en efecto, reflejan la concepción de la sociedad mexicana y la tensión que se gesta dentro de ella. Si se hacen patentes estas grandes diferencias es para desvelar, criticar esta supuesta legitimación, justificación que gozan estas prácticas en el sistema social mexicano.

En otras palabras, las canciones reprobaban en versos las estructuras de las que son víctimas; reprenden y recriminan este paradigma social. Estas canciones desempeñan sus funciones de evidenciar la necesidad de un cambio por el hecho que los mecanismos a través de los cuales critica la reproducción del orden social y la permanencia de las relaciones de dominación presentadas bajo el velo de la “supuesta naturalidad” de los fenómenos sociales. En ellas, se descubre la denuncia práctica y sutil del orden establecido. Los efectos ideológicos más eficaces y seguros son los que de hecho no suscitan ninguna suspicacia; son los que se cantan en las canciones, que se escuchan en los microbuses, que viajan a pie bien escondidas en el corazón de las personas. No necesitan palabras rebuscadas, sino se realizan en el silencio cómplice colectivo.

La otra canción “Vámonos”, una de las más populares en el amplio repertorio del autor, es sujeta también al análisis que hemos venido realizando. La letra de esta canción es la siguiente:

Que no somos iguales dice la gente que tu vida y mi vida se van a  
perder  
que yo soy un canalla y que tú eres decente, que dos seres distintos no  
se pueden querer.

Pero yo ya te quise y no te olvido y morir en tus brazos es mi  
ilusión,  
yo no entiendo esas cosas de las clases sociales, sólo sé que mi quieres y  
que te quiero yo.

Si no somos iguales qué nos importa, nuestra historia de amores  
tendrá que seguir  
y como alguien me dijo que la vida es muy corta, esta vez para siempre  
he venido por ti.

Pero quiero que sepas que no te obligo, que si vienes conmigo es por  
 amor,  
 di con todas tus fuerzas lo que soy en tu vida pa'que vean que me  
 quieres como te quiero yo.

Vámonos, donde nadie nos juzgue donde nadie nos diga que  
 hacemos mal, vámonos, alejados del mundo  
 donde no haya justicia, ni leyes ni nada nomás nuestro amor.

En efecto, toda ella reproduce las divergencias y la oposición que existe entre los pobres y los ricos. No ser iguales es una oración que desdeña la persona humana y la relega al tener; además lleva la complicidad o la consagración de la gente. Se puede pensar que las diferencias sociales, al igual que en toda sociedad, son un hecho aceptable. Por el respaldo social que goza, cualquiera que transgrede esta ley implícita sabe que corre serios riesgos.

Cabe recalcar la manera como se esconde una realidad socioeconómica bajo el velo de la moral. Se recurre a ella no sólo para justificar el hecho, sino también otorgándole el poder para actuar sobre los individuos, calificar sus acciones.

Lo económico procura un estatus y reclama todo un estilo de vida que dé fe de su presencia. Este que aparece, disimulando a veces lo económico, hace uso de la moral para consagrar estas relaciones desiguales. Y a través de la melodía del melodrama, el cantante y detrás de él, el pueblo, dejan aflorar su sentimentalismo, su disgusto creyendo que así se absolverá de su pecado de ser pobre. La palabra detenta un poder mágico; se vive un amor y un culto a ella. Por tanto repetirse, y por falta de canales para concretizarse y cambiar esta situación desnivelada, puede llevar al conformismo y a lo cursi.

Este se manifiesta como vehículo de unión de una sociedad, ubicado por encima de los conflictos ideológicos. Es fábula que le confiere encanto a la desposesión y a la idealización de los contornos, dice Carlos Monsiváis.<sup>27</sup> Esta visión estética carece de ética y comunica una sensación de derrota. Pues, aglutina el grito de los

---

<sup>27</sup> Carlos Monsiváis, Escenas de Pudor y Livianidad, Ediciones Era, México, D.F. p 177

vencidos, de los derrotados en melodramas, y algo tiene que ver en la configuración de la identidad del mexicano. Lo cursi requiere del sentimiento puro para expresarse. Así la melodía hechiza a sus oyentes, los cautiva. Reclama- se lamenta de- lo que sabe que de antemano no conseguirá. Es, en fin, la expresión de un pueblo que busca canales para afirmar su identidad y su existencia. Y en este sentido, J.A.J es uno de los máximos representantes populares. Sus canciones nos acercan a este libro encarnado de estas tradiciones orales, no porque sus canciones resulten cursi, sino porque se inscriben en esta mentalidad melodramática mexicana. Además, nadie puede negar la belleza poética de sus canciones y el alcance obtenido a nivel nacional e internacional.

Por otro lado, en esa canción, se nota una institucionalización de las distinciones sociales y una creciente, aun no querida, incorporación que es el camino hacia la naturalidad. Por lo que estas diferencias llevan disposiciones naturalmente distintas, y esto de hecho legitima dichas diferencias y determinados valores correspondientes a los grupos sociales. El pobre es una canalla; proviene de la chusma. Lo canalla del pobre y lo decente del rico no se pueden unir; provoca un escándalo. El cantante formula esta pregunta latente: “¿por qué la desigualdad se presenta como algo natural?, ¿por qué hay mexicanos más que otros? Esta tensión se aviva en esa canción. Niega las distinciones de clases, pero en el fondo las reconoce y las maldice. Su intento de lucha se dirige contra toda una sociedad clasista, que subordina todo, aun los sentimientos, al juego económico. Ser canalla no es un adjetivo, sino una actitud, un estilo de vida que se manifiesta en el impedimento puesto por la sociedad sobre una clase cada vez más pobre; en la incapacidad por emitir sus propios juicios, sus descontentos, por falta de canalización y sobre todo por el riesgo de reproducir y justificar su estado de pobreza.

De hecho, no todos los juicios tienen el mismo impacto, y los dominantes son capaces de imponer- y lo han hecho- su escala de valores a todo el resto de la sociedad. Tampoco concebimos a ésta como un cuerpo amorfo, con nula capacidad de reflexionar y discernir; mas de una manera u otra la visión de los poderosos la permea y se establece aunque no totalmente su visión de la sociedad. Esta representación de las clases que realiza J.A.J es el producto de un sistema que permite percibir y apreciar tanto a los demás como a uno mismo a partir del capital económico y simbólico que se tiene, y desde el juicio colectivo calificado por el autor por el concepto “gente”.

Este se caracteriza por ser un indicador objetivo, una balanza fiel de la posición real ocupada en la distribución de los bienes materiales. Es el árbitro de las relaciones sociales, ratifica, condena y emite juicios. Frente a una sociedad moralizante y clasista, la huida, que puede tomar hoy varios tintes, modalidades, aparece como la solución a esos problemas sociales. Buscan escapar de sus críticas acerbas, de sus juicios valorativos que postulan “lo creado” como algo “natural” y lo maquilla con la moral. “Vámonos” es el grito de los descartados, de los que sufren el rechazo y la frialdad de la sociedad y quieren crear otra adaptada a su realidad. Pero se le olvida que ésta es la que les toca vivir; además la imaginación poética por ser histórica puede ayudar a transformar dicha situación. Se trata de vivir la existencia estando comprometido no con una idea de lo absoluto, de lo trascendental, de un futuro sin presente, sino con la cotidianeidad.

Por otra parte, esas supuestas “impugnaciones” pintan la ambigüedad, el carácter irresuelto de las contradicciones sociales en las clases pobres. Constituyen una forma peculiar de resistencia, que configura unos modos de vivir, es decir una costumbre, un habitus. A través de esas canciones, nos encontramos con un conjunto de prácticas sociales que se realizan desde unas costumbres o mentalidades de un sector o clase de la sociedad. Estas funcionan como mecanismo de cohesión con el orden social; programan, predisponen tanto el consumo como el “sentir” de una clase determinada. En esta misma línea, Bourdieu ha de afirmar: “Lo que la estadística registra bajo la forma de sistema de necesidades, no es otra cosa que la coherencia de elecciones de un habitus<sup>28</sup>.”

En efecto, se establece un consenso interior palpado en la cotidianeidad de los sujetos. Y en el caso de la clase popular las carencias se convierten en modos identificadores. Esta conversión y elección proporcionan sentido de pertenencia, el cual se va logrando, por carencia de oportunidades y organización para transformar esta realidad, a partir de una interiorización silenciosa de la desigualdad social bajo múltiples formas y disposiciones tanto conscientes como inconscientes. Éstas se actualizan, evolucionan con el tiempo y el espacio, a fin de que la costumbre

---

<sup>28</sup> Pierre Bourdieu, *La Distinction*, Minuit, Paris, France, 1979, p 437

desempeñe su papel como garante de un tipo de orden establecido, lo cual produce seguridad y confianza a un grupo social.

Este grupo social o gente, para retomar la palabra usada por J.A.J, son los que han interiorizado esta clasificación social; son los que la han aceptado como verdadera, normal. Esa gente, queriendo interpretar al autor, no es nadie en concreto, sino un grupo de personas educadas con una visión y mentalidad propia respecto a las relaciones sociales que se tejen en su seno. Es un libro, un código civil móvil, que no está en ninguna parte, pero que transita por todos los lugares. Esa gente que llevamos dentro constituye el consensus social logrado respecto a la convivencia social.

Es la sombra no vista, el espejo en que te miras sin verlo a él. Es el juicio que te molesta, te acongoja, te alegra, sin escuchar balbucear ninguna voz. Esa gente se asemeja no a personas concretas, sino a una mentalidad que invade, transcurre -e influye- en toda la sociedad. Tiene rostros múltiples, y de él nadie huye aun creyendo construir un mundo aparte. La gente son todas estas personas que son moldeadas por una mentalidad, una concepción propia de la sociedad; son aquéllos que llevan la imprenta de los modos de comportamiento.

Y esa mentalidad describe también toda una estrategia del noviazgo, del matrimonio, a saber que toda relación amorosa, según el país, ha de someterse a las prácticas socio-culturales y aun económicas, y en muchos de los casos debe aumentar los beneficios económicos o culturales y de clase. Y ella se da en la mayoría de los casos entre novios de la misma- o casi- proveniencia social. De allí se deduce que la economía rige las relaciones amorosas, no en todos los casos ya que se ha dado el hecho de que uno de los novios es de proveniencia económica más inferior que el otro o la otra. Sin embargo, el margen de diferencias es algo restringido. Las diferencias económicas impiden de hecho las uniones. Y eso es precisamente uno de los papeles de la gente, garante y ratificador de dichas relaciones.

### Fatalidad

Por otra parte, la canción “El Perro Negro” recalca de manera tajante la fuerza del dinero y el poder que éste tiene sobre las cosas y también las personas:



Al otro lado del puente de la Piedad, Michoacán vivía  
 Gilberto el valiente nacido en Apatzingán,  
 siempre con un perro negro que era su noble guardián.

Quería vivir con la Lupe la novia de don Julián hombre de  
 mucho dinero acostumbrado a mandar él ya sabía de  
 Gilberto  
 y lo pensaba matar.

Un día que no estaba el perro llegó buscando al rival Gilberto  
 estaba dormido ya no volvió a despertar.

En eso se oyó un aullido cuentan de un perro del mal era el  
 negro embravecido que dio muerte a don Julián.

Ahí quedaron los cuerpos Lupita no fue a llorar cortó las  
 flores más lindas como pa'hacer un altar  
 y las llevó hasta la tumba del panteón municipal.

Ahí estaba echado un perro sin comer y sin dormir quería  
 mirar a su dueño no le importaba morir.

Así murió el perro negro aquel enorme guardián que quiso  
 mucho a Gilberto y dio muerte a don Julian.

Esa canción es sin duda un relato fiel de la prepotencia de la gente de dinero, que no  
 obedece a ningún tipo de leyes, salvo la que surge de sus instintos, de su

voracidad acumulativa. También pone de relieve la condición de los pobres, que no están solamente privados de dinero, sino también de derecho a existir, a ser persona. Allí impera la ley del más fuerte económicamente. A través de estos conflictos amorosos se libran una batalla más crucial, la de dos clases totalmente opuestas y en constante interacción; es una lucha para delimitar los espacios específicos de cada grupo. Como pobre no puede tener en la mirada a la novia de un cacique. Por esta falta de respeto, por esta transgresión a esa regla implícita, la muerte se revela el mejor castigo. Esa canción dibuja muy bien el fenómeno del caciquismo en México, como rasgo importante en la convivencia social.

En esta sociedad donde prevalece la ley del más fuerte, sólo un acto fuera de lo humano, providencial, puede prodigar justicia contra los abusos de los caciques; en este caso un perro negro. En esa canción se saborea una derrota de los débiles, que no pueden elevar la voz y se ven condenados al mutismo y a la muerte. Este perro, fruto de la imaginación social, carga con todo el descontento, la cólera de una clase que no encuentra espacio para hacer valer sus derechos. El guardián del pobre no es la sociedad, el Estado, sino la providencia, el fatalismo, la fidelidad de un “perro negro”.

Este controvertido hecho social corrobora y justifica esta frase de Carlos Monsiváis, cuando afirma: “Las clases subalternas asumen, porque no les queda otra, una industria vulgar y pedestre y, ciertamente, la transforman en fatalismo, autocomplacencia y degradación, pero también en identidad regocijante y combativa.”<sup>29</sup> Estos versos ponen de manifiesto una triste alegría basada en un fatalismo y una ausencia de voluntad social por cambiar las relaciones sociales. El PERRO NEGRO es la expresión de una clase que ve negado su derecho a sentir, a ser, y se refugia en el fatalismo para encontrar algún consuelo. J.A.J critica en el fondo la falta de espacio para procurar al pueblo la justicia, la igualdad ante la ley y en la vida real a fin de no seguir confiando su suerte a esta siniestra fatalidad.

Pese a lo lúgubre de la letra, la musicalidad de esta canción está llena de riqueza. El ritmo es sugestivo, creativo. Pareciera que el perro estuviera ahí echado, insinuado por uno de los instrumentos. Los instrumentos utilizados son de Banda, y

---

<sup>29</sup> Carlos Monsiváis, “Notas sobre el Estado, la Cultura Nacional y las culturas populares, en Cuadernos políticos , # 30, pp 42-43.

nos permiten imaginar con facilidad el panteón municipal, el perro; nos transportan al lugar de los acontecimientos, como si presentes nos hallásemos. Al principio suenan todos los instrumentos, después en el transcurso de la canción se van intercalando, llevando al oyente a condolerse de esta triste realidad. Sin embargo, la música es alegre; ahí surge una supuesta contradicción. Eso nos da pie a suponer que el mexicano no tiene miedo de la muerte, o la teme tanto que tiende a jugar con ella, a narrar con humor y alegría. En el siguiente capítulo nos detendremos más en este punto.

### Amor y Dinero

“LA QUE SE FUE”, esta canción, pese al lamento, el dolor que transmite, saca a la luz una gran verdad: No se puede suplir amor por dinero. Este no puede regular todos los latidos de un corazón, tampoco representa la panacea a los males humanos. El dios del dinero engaña y lleva a la perdición. La felicidad anhelada requiere el aporte económico, mas no es el único:

Tengo dinero en el mundo, dinero maldito que nada vale,  
aunque me miren sonriendo la pena que traigo  
ni Dios la sabe.

Yo conocí la pobreza  
y ahí entre los pobres jamás lloré, yo pa' qué quiero riqueza  
si voy con el alma perdida y sin fe, yo lo que quiero es que  
vuelva, que vuelva conmigo la que se fue.

Si es necesario que llore,  
la vida completa por ella lloro, de qué me sirve el dinero  
si sufro una pena, si estoy tan solo.

Puedo comprar mil mujeres  
y darme una vida de gran placer, pero el cariño comprado  
ni sabe querernos, ni puede ser fiel, lo que quiero es que vuelva,  
que vuelva conmigo la que se fue.

Por otra parte, la segunda estrofa de esta canción reproduce la problemática de las clases sociales no sólo en su aspecto económico, sino en las cosmovisiones, en los hábitos o estilos de vida y credos propios a cada clase. Este conjunto de normas que reglamentan de manera clara la vida de una clase social no se puede entender, mucho menos vivir por alguien de otra clase. Los parámetros, los criterios y las escalas de valores no son los mismos. Penetrar en este mundo desconocido provoca desconcierto, frustración que se dejan expresar al convertirse en lágrimas. Entre los pobres, el autor nunca lloró porque fueron su cosmovisión, sus valores, sus creencias que le acompañaron en todo su proceso de crecimiento. Se destaca una bendición, una idealización de la pobreza, y sobre todo un orgullo de pertenecer a ella, exhibiendo sus cualidades.

En estas canciones analizadas, es interesante darnos cuenta cómo lo amoroso se entrelaza con lo social. Eso nos permite avanzar que el amor sin dejar de ser un hecho personal, individual, reviste un carácter social, y está supeditada a las normas que regulan la convivencia social. El amor en J.A.J es a veces clasista. Para que se dé éste, necesita todo un acondicionamiento económico, cultural y simbólico. Es fruto de dos personas, sin embargo detrás de ellas, actúa la sociedad que condena o aprueba algunas prácticas amorosas. Precisamente es lo que juzga al cantarlas. Abre el horizonte para que se vislumbre, sin anular las fuerzas de vida de la tradición, unas más justas que ayuden a la consolidación, al fortalecimiento de estos rasgos de identidad mexicana.

Respecto a la música, se presenta con mucha fuerza instrumental. Los instrumentos están usados con sentimiento de dulzura, traducen en sonidos lo que la letra dice, y sin querer penetra en nuestro interior. Se aproxima mucho la musicalidad al contenido de la letra. El ritmo pausado y melodioso nos hace pensar en el alma perdida y sin fe.

Por fin, no podemos desconectar las canciones de J.A.J de su vida, de lo que fueron sus experiencias a lo largo de su caminar: las desgracias, decepciones y las pocas alegrías que se acunaron en su corazón. Es hijo de su tiempo, y sus vivencias le

podieron acercarse a la realidad de los desafortunados de su sociedad. Como otros, J.A.J nos deja su concepción de la sociedad mexicana, vivida en propia carne, es decir formando parte de la historia de este pueblo que encierra un pasado vivo, el europeo y el indígena, cuya síntesis es el mestizaje. La cultura como una aventura existencial de una sociedad plantea un gran reto a la sociedad mexicana, respecto a su capacidad de aprovechar y enriquecerse de esta pluralidad étnica, que ha de fomentarse a través de la educación y del ejercicio de la tolerancia. El pasado como tal permeó y sigue permeando el “aquí y el ahora” de los mexicanos. Lo importante, y es la gran tarea de esta sociedad, es cómo aprender de él, para construir un futuro más justo.

### TERCER CAPÍTULO: EL CONCEPTO DE VIDA Y MUERTE EN JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

La cultura mexicana se ha caracterizado por su inmensa riqueza, por su vitalidad y su capacidad para celebrarla. Por el mismo valor acordado a este don se nota también una fuerte intensidad. La vida transcurre por los poros de este pueblo; y todo se revela un motivo o capacidad de arriesgarla; tal vez será a fin de revelarse como persona y conservarla mejor. Por el momento no es nuestra intención responder a esta pregunta, se erige en el vector de este capítulo.

El mexicano vive su vida de manera efusiva, tomándola como un juego, fácil de ganar o de perder; su sensibilidad y su sentimentalismo se aúnan para hacer de él un pueblo con un carácter trágico; se alaba la tragedia, los fuertes desafíos como signo de mucha vitalidad; nace con una tormenta adentro, con un sentimiento de ser mejor que todos, de ser la excepción, y bautizado por el dios del destino.

La vida sigue su curso, repartiendo dichas y desdichas, amor y desamor, creando en los corazones los sentimientos más exaltados y más tristes. Las envergaduras que toman su vida van configurando, elaborando el concepto que acuñan en su alma. Las dificultades, las alegrías que surgen en su caminar, las lágrimas que se congelaron en sus ojos, las sonrisas ahogadas en el corazón, los encuentros tenidos, las luchas por el sostenimiento de la misma vida imprimen a ésta un color que no es todo de júbilo, y eso sin olvidar su tendencia a la melancolía; el mexicano tiende a ser más de sentimientos que de razón.

La existencia, recibida y concebida -y de hecho lo es- como algo que nos precede y a la vez engloba la vida y la muerte, desarrolla en el mexicano una actitud excepcional ante la muerte. Teniendo en cuenta su historia ancestral, su tradición, el mexicano manifiesta desafiar a la muerte por su mismo apego a la vida, se burla de ella por su miedo ante este misterio insondable. Acude a ella, la apela para liberar a su

corazón de la angustia, de las torturas, de sufrimientos y de la cárcel en la tierra. Esta vida tanto alabada, tanto acariciada, nos revela que su compañera fiel es la muerte.

Abatido bajo el yugo de la vida, saboreando la amarga impotencia ante las embestidas de ésta, el consuelo, el refugio ideal parece esconderse en la otra cara de la existencia: en la muerte. Muerte, palabra nombrada con emoción, con vigor, con aire desafiante, a veces con miedo, a fin de hacer resaltar las ganas de vivir. En efecto, el mexicano vive emotivamente, con mucha intensidad y fugacidad en sus sentimientos y acciones. Esta mezcla, por más extraña que se pueda juzgar, explica la actitud existencial del mexicano ante la vida: “ vívela intensamente, con toda tu alma, sabiendo por una parte que es breve”. Esta forma de diseñar la vida muestra el gran respeto o temor que el mexicano tiene ante la muerte, pese a todo su intento por burlarse de ella o quererla sujetar; en ocasiones utiliza un erotismo lingüístico tratando de encubrir su impotencia, su miedo frente a ella.

Este recurso erótico encuentra su explicación, a nuestro parecer, en el hecho de que el mexicano es más sentimental, en esta tarea de ir configurando su vida, que racional. Desde luego, eso no da pie a pensar, mucho menos creer que no tenga la facultad de razón. Lo que queremos insinuar es el hecho de que recurre en los momentos más álgidos, más importantes de su vida al corazón en vez que a la razón. Y esa manera de actuar de ningún modo denigra a la persona humana, al contrario la personaliza, ya que el corazón, los sentimientos, son como un pulso que nos indica el grado de intensidad con el cual vibramos ante tal o cual cosa. Sin embargo, se puede correr el riesgo de vivir en el mundo del sueño, y sin poder salir.

Este estado genera una angustia, que nos hace caminar en el vacío. Es la angustia de ver nuestra vida hundirse, desmoronarse sin poder remediar la situación, convirtiéndose en mero espectador de su propia existencia. En esas circunstancias, la vida se cuestiona, y su respuesta nos acerca a lo finito de nuestro ser, a lo contingente que es el hecho de existir.

### Soledad y Comuni3n

El mexicano se caracteriza por una fuerte dosis de soledad, la huye, buscando la compa3a, la comuni3n, pero la ama. Estos dos polos opuestos desgarran su alma, y le vuelven un ser fr3gil, sensible y a veces inestable; por lo tanto, es tambi3n un apasionado. Como tal, necesita ruinas para construirse, toma del medio lo que le ayude a alimentar su pasi3n; elimina conscientemente todo lo que contradiga la confirmaci3n de su ser, la cual est3 arraigada en el fondo de su coraz3n.

En 3l, la imaginaci3n creativa somete todo al servicio de su estado de 3nimo, de su idea principal de vida. Vive no solamente en el presente, sino en el pasado y el futuro, y se nutre de recuerdos. Construye un ideal de vida, de amor, de sociedad, que el individuo se esfuerza en vano en realizar. Atormentado por las vor3gines que se desatan en su alma, busca por la inducci3n o deducci3n dar una explicaci3n, encontrar una causa al caos que vive.

En efecto, como dice Th Ribot: “la pasi3n es ajena a la raz3n por naturaleza, racional por accidente”<sup>30</sup>. En este intento de racionalizar lo vivido, emite juicios de valor, que afirman ciertas cosas en detrimento de otras, escogen o eliminan, seg3n la l3gica de sus sentimientos. Sus movimientos, sus actividades, en este sentido, adquieren una fuerza brutal, una energ3a que superan todo dique, todo freno.

La pasi3n del mexicano por la vida brota del fondo de su coraz3n, recorre enteramente sus sentimientos, lo posee y lo acapara. Vive en las garras de la pasi3n, pasi3n por afirmarse, por sentirse el rey, el mejor. Este deseo, esta sensaci3n convertida en meta, de manera consciente o no en el mexicano, lo arrastra con una fuerza irresistible, como si fuera un instinto.

---

<sup>30</sup> Th. Ribot, Essai sur les Passions, Felix Alcan Editeur, Paris, France, 1910, p 39



De hecho, las grandes pasiones se parecen al instinto, y cuando la afirmación se vuelve negación, el sentimiento de ser rey se convierte a súbdito, se acuna en el corazón un sentimiento de fracaso. La vida pierde su brillo encantador, el sol del mediodía se esconde detrás de las nubes. Cargando con su destino, su pena no escogida, sus tristezas no confesadas, en un mundo que le es hostil, el hombre se lanza a buscar la fuente de consolación en el vino o en los dulces brazos de la muerte.

La pasión por el vino constituye la búsqueda decidida de una vida de imaginación y de agradables sueños, esta pasión hace desvanecer los problemas e introduce al apasionado en un mundo más fácil y más adecuado a sus ideales; allí, su corazón recobra la fuerza para latir, los enemigos se ven derrotados y el amor negado se acepta, la felicidad vuelve a reinar. Esta pasión conduce de lleno al mundo estético, y en él se lee una poesía no acabada, se escucha el dulce canto del pájaro que no se ve, hay pues un no sé qué de trágico y de grandioso que nos invita a ahondar en sus profundidades.

El amor o deseo de la muerte que se vive en la cultura es signo de lo trágico que es su existencia, de lo desgarrado que está su interior, y de las decepciones que se van acumulando a lo largo de su vida. El culto a la muerte refleja el anhelo de una mejor vida, ya que muchas veces la vida es más muerte que la muerte; es una manera de ocultar su deseo de vivir detrás de su apelación a ella, como mejor y excelsa vía de afirmar su existencia, y uno de los grandes maestros de este punto es José Alfredo Jiménez.

En efecto, J.A.J parece ser un compositor, un poeta de la muerte, sus modos de pensamiento son de otro orden que el rigurosamente intelectual. Sólo piensa profundamente desde sus latidos de corazón, de manera sensorial y definitiva. En su canción titulada “El Siete Mares”, J.A.J. nos pinta con sus palabras la vida del hombre: lanzado al mundo, ha de recorrer su camino, hacerse a sí mismo en medio de las tempestades de la existencia.

El símbolo del mar explica el vaivén de la existencia humana, las tormentas que vive el hombre en su vida, y sobre todo el insondable misterio que constituye su propia vida. La vida humana es violenta como él, inestable, profunda e inmensa; El Siete Mares es la canción de los que conciben la vida y de hecho la viven como una larga aventura, una travesía interminable, un continuo retorno, como las olas del mar. He aquí las letras de esa canción:

Soy marinero vivo errante  
 cruzo por los siete mares  
 y como soy navegante  
 vivo entre las tempestades  
 desafiando los peligros  
 que me dan los siete mares.

Cuando el mar está tranquilo  
 y hay estrellas en el cielo  
 entre penas y suspiros  
 le hablo a la mujer que quiero  
 y sólo el mar me contesta:  
 ya no llores marinero.

Me dicen el siete mares  
 porque ando de puerto en puerto  
 llevando conmigo mismo  
 un amor ya casi muerto.

Yo ya quisiera quedarme  
 juntito a mi gran cariño  
 pero esa no fue mi vida  
 navegar es mi destino.

Estrellita marinera  
 compañera de nosotros  
 qué noticia tienes ahora  
 de esa que me trae tan loco  
 si es que todavía me quiere  
 dímelo poquito a poco.

Olas altas, olas grandes,  
 que me arrastran y me alejan  
 cuando anclemos en Tampico  
 quédense un ratito quietas  
 tan siquiera cuatro noches  
 si es que entienden mis tristezas.

Me dicen el siete mares  
 porque ando de puerto en puerto  
 llevando conmigo mismo  
 un amor ya casi muerto.

Yo ya quisiera quedarme  
 juntito a mi gran cariño  
 pero esa no fue mi vida  
 navegar es mi destino.

Si hay alguien en la música mexicana para quien la metáfora, la analogía son manera de desnudar el corazón, es precisamente José Alfredo Jiménez; y por eso, más por las ideas distintas que desarrolla, es un cantante y compositor original, en quien la muerte ocupa un inmenso lugar. A la escucha de sus canciones, el corazón se infla, el cuerpo se eriza; sus propias inquietudes, debilidades, aspiraciones y esperanzas se encontraron con los de su pueblo. El mexicano siente a través de sus cantos el amor a la vida y el deseo de la muerte; esta trágica actitud cuestiona la forma de vivir del mexicano, nos remite a la misma organización de la sociedad. Cuando la desgracia pende sobre una vida, el rechazo, la discriminación social y económica se rigen como leyes implícitas de una sociedad, ésta excluye a una mayoría, la despersonaliza y la condena a una muerte en vida. Una sociedad que toma como ideal el lucro, el aumento de poder, hace minar el sentido de la vida en su esencia misma.

Una sociedad que crea y fomenta una cultura del dominio y de la prepotencia basada en un espíritu de lucro y egoísta, individualista y paternalista carcome la moral, disminuye los ímpetus vitales de un pueblo, y nos obliga a preguntarnos si de veras la vida vale la pena vivirse. Para responder a esta pregunta, nos vamos a ceñir a las canciones de J.A.J para encontrar el verdadero sentido que para él y para muchos tiene la vida.

Como ya lo hemos dicho, en esta canción, la vida es concebida como algo dinámico, que obedece a ciertas leyes del destino, y a la vez trágica. Vivir no es otra cosa que sumergirse en el fondo de la existencia, estar expuesto a las tempestades de ella. Tiene su grado de peligrosidad, que nos hace sentir o experimentar la fragilidad de nuestro ser.

Por otra parte, recorre toda la canción una concepción de ser un errante; el término “marinero” describe bien la actitud que se toma frente a la vida. Considerarse marinero es saber que uno está de paso en este mundo, que los puertos a

los que se llega nunca es su morada. La vida se va poblando de paisajes, personas, encuentros, alegrías y penas, y uno los va conservando muy adentro de su corazón.

Recibir las desaventuras de los siete mares muestra la grandeza e impenetrable fuerza con la que la existencia cuenta. El número “7” de hecho corresponde en el mundo cristiano al de la plenitud. Ser marinero es llevar su morada dentro de sí, es estar imbuido en la soledad de la existencia. Es el mismo mar que va y viene, el mismo movimiento de los árboles bajo el efecto, la caricia del viento. Todo parece estar preso del poder de la rutina frente al ardiente deseo del hombre por la novedad. Así, éste se convierte en su propio confidente. Solo, el hombre ha de recorrer su vida. Habrá encuentros, figuras, pero ninguno de éstos lo puede sustituir, ni cumplir por él su tarea de serse hombre o mujer.

Concebir la vida como la de un marinero es estar consciente del carácter rutinario, solitario de la vida y de la peligrosidad que encierra. El mar es la vida misma, grande, rebotante de generosidad, de una vitalidad intensa, poseído por una fuerza extraña, que no sabemos ni a dónde va, ni de dónde viene. Es el misterio. Y el hombre o la mujer en alta mar está llamado(a) a vivirlo.

Las vicisitudes de la vida, la lucha por la sobrevivencia hacen descuidar al amor de sus amores. En medio de la más espesa y cruenta soledad, el corazón grita al objeto de su amor, pero alrededor de él es el silencio aterrador, es el ruido de las olas lo que lo consuela. La vida es pasajera, realiza su vaivén como estas olas del mar. Y la soledad se reafirma como la amiga fiel o temida del ser humano, quien antropomorfiza la naturaleza a fin de encontrar un alivio a sus pesares. El mexicano por lo general teme la soledad, porque teme verse, sentirse, tocar esta angustia que habita en su alma. Por lo que conviene borrarla con paisajes, personas, recuerdos que uno se lleva de puerto en puerto. Mas, pese a todos estos intentos, surge la angustia y se revela como un problema con el cual el hombre ha de vivir sin angustiarse. Es

decir, ha de asumir su existencia sabiendo que es un ser de la naturaleza, por lo tanto sujeto a sus reglas principales.

Pero resulta un trabajo costoso y difícil para el mexicano, que se caracteriza por ser un hombre muy melancólico y sentimental. Carga con una herida ancestral que no ha logrado aún cicatrizar. El sentimiento de soledad y de impotencia generan en él una terrible angustia, capaz de llevarle al borde del abismo. La vida del mexicano es un suspiro complaciente de angustia; está llena de situaciones no elegidas, de contrastes que le van vaciando poco a poco, como el agua escurriéndose entre las manos. Al no tener otro panorama, otra alternativa en frente, al marinero su vida se convierte en mero movimiento, se reduce a efectuar repetidas veces las mismas operaciones sin generar grandes cambios, sin saber qué hacer. Vive en un estado de languidez, más dispuesto a repetir lo que conoce que atreverse a crear, a buscar las razones reales de las cosas. La capacidad del mexicano para vivir de manera más humana, realista su soledad, su existencia, sin necesidad de máscaras, aceptando su doloroso y glorioso pasado, será quizá su mayor conquista de identidad.

Por otra parte, no deja de asombrar esta relación establecida por J.A.J entre la dinamicidad, el carácter pasajero de la vida y el amor. En ambos, la vida alcanza su grado más alto de tensión. Uno se siente desgarrado por este binomio del cual está hecha la existencia. Tampoco se excluye la posibilidad de que una y otro pueden resultar ser una evasión del poder constringente de la vida cotidiana. El hombre no sólo ha de recorrer la existencia, sino también vivirla; si no, estará sujeto a los más salvajes sentimientos de abandono, a los más atroces tempestades por no haberse zambullido en sus profundidades.

Una vez más, nos volvemos a encontrar con la palabra “destino”. Definitivamente esto nos da pie a pensar que el mexicano le atribuye una gran importancia, que se siente incapaz de torcer su curso, porque así ha sido trazada su vida. Pese al amor muerto que lleva dentro, el destino lo posee, lo ciega y lo impide

revivir este amor de sus cenizas. El destino vibra pues al mismo ritmo que el latir del corazón del mexicano. Tal es la paradoja de la existencia humana de la cual el mexicano es uno de los pueblos más conscientes: existir conlleva una aspiración, igual que el amor, a la plenitud; pero es portador de un veneno mortal. Vivir es una constante lucha contra la muerte, y el amor es propagador de la muerte. El que quiere amar ha de vivir muriendo.

La vida se revela como algo trágico, ya que, que lo quiera o no, desemboca en la muerte. Es como el mar, sus colores cambian día con día, pero sigue siendo la misma, fiel a los que ama. Se nutre de espacio y de libertad. Se avanza y se regresa, es salvaje y rebelde, hay que conquistarla siempre. No nos es dada una vez por todas; el hombre ha de apropiársela. Nos mece, nos empuja a ir mar adentro, a seguir navegando de puerto en puerto, a ir descubriendo el misterio que nos atrae, hecho de destino y de voluntad. El hombre no sabe dónde acaba; navegar es la meta misma de su itinerario en este mundo.

La vida, para vivirla, es menester desearla, amarla con toda su riqueza y su realidad, como el mar, con sus olas de ternura que nos acaricia, sus olas de tristezas, de desesperanza que azota nuestra existencia, nos atormenta, nos hacen sentir la fragilidad y la fugacidad de nuestras vidas; es decir, ser conscientes de nuestro ser marinero, navegante en esta vida. Esta es más vasta y grande que nuestros sueños, más profunda que nuestras heridas, más transparente que las lágrimas de amor, pura, a la vez pesada. Vive dramas y naufragios peligrosos, dejándose guiar por el grito del destino que devora el alma.

La vida parece a veces sin piedad. Las olas de la amargura, del desaliento caen con fuerza y sin clemencia sobre un corazón ya adolorido, lastimado, que vive del profundo de su pasado, de los recuerdos que celosamente guarda, pese a sus embates. Está pintada de miradas y pesares; es prisionera de un destino que ni ve ni oye los sufrimientos de los mortales. Sus amarguras, aflicciones el hombre las ahoga

dirigiéndose en su soledad a la constelación de estrellas. Es la soledad del ser, que no escucha sino su propia voz, otorgando poder a otros entes para calmar esta tormenta silenciosa que provoca estragos en su interior.

Por otro lado, tiene una fuerte dimensión personal, sin olvidar las demás, tales como: la social, la histórica, etc. Ha de ser vivida por el hombre, por más que quiera ser sustituido por otro, es decir que otro la viva por ella. Los momentos álgidos de la existencia se viven a solas. El hombre ha de recorrer su propio camino, ha de ser el propio navegante, marinero de su vida. Y cuando se ve sometida a los infortunios, las desgracias de la existencia, solo vierte sus lágrimas bajo la mirada de las estrellas, abre su alma a la tristeza, una tristeza que es inherente a su condición humana, y también prueba su calidad humana. Esta metáfora, a saber de la vida comparada con el mar, nos hace percatarnos del carácter aventurero del ser humano, y en particular del mexicano.

Concebir la vida como la de un marinero es considerarse como un ser que se siente completamente extranjero, que siempre está llamado a ir a otro lado, a otras playas, otros puertos; es una actitud de estar continuamente en camino, su vida es un anticipo de lo que hay. Uno vive como un advenedizo, un apátrida, consciente de su propia flaqueza e impotencia ante la vida: “Yo ya quisiera quedarme juntito a mi gran cariño, pero esa no fue mi vida; navegar es mi destino, “nos dice J.A.J”. La pulsación de nuestra vida nos lleva a resbalarnos con suavidad e intencionalidad al margen de todo. Nos complacemos con tocar las cosas y desaparecer en lo desconocido. Una inquietud inmensa invade nuestros actos, y es el móvil del corazón. Dicha inquietud nos empuja a nuevos horizontes, da más sentido a nuestras acciones. Como ir mar adentro es explorar lo no conocido, lo que se escapa a nuestra visión, a nuestra capacidad, experimentamos el sabor amargo de una ausencia:

“Le hablo a la mujer que quiero, y sólo el mar me contesta:  
ya no llores marinero.”

En lo desconocido del altamar probamos a tientas los caminos que hemos de seguir, que se iluminan a ratos por la luz de los recuerdos para hundirse sin demora en la oscuridad de nuestro panorama existencial. Lo que nos lleva, nos empuja, lo tenemos como algo que está siempre lejos. El binomio presencia y ausencia, en el corazón mismo de nuestras acciones, llena nuestro ser de un sentimiento de extrañeza ante la vida. Por lo que nos sentimos como advenedizos en ella. Así pues, el hombre vive en una persistente precariedad, como un sin patria, que, por su propia naturaleza, no puede afianzarse en las cosas y cuyas esperanzas están siempre al otro lado, apuntan a nuevos puertos.

Cuando las cortinas de la noche cubren su existencia, se sumerge en su soledad, descubre su miseria, su pobreza. La soledad parece acrecentarse como las olas al caer a las orillas, el mundo conocido se desvanece en una funesta y aciaga lejanía. Uno se siente solo. Entonces se abre la posibilidad de la maduración humana, la cual requiere una fuerte dosis de valentía, paciencia, sagacidad para afrontar, soportar las desenfrenadas tempestades de la vida. Hay en la vida un misterio, algo desconocido que nos acompaña, nos envuelve, frente al cual nos sentimos débiles, impotentes; su fuerza nos supera y, al parecer, quiere aniquilar nuestras acciones. Para J.A.J, esto sería el destino. Frente a él, la vida se mueve en un paréntesis de caducidad y aparece emergiendo de un abismo abrumador de sentido.

### Refugio en el pasado

Este abismo sentido por el hombre lo va a llevar a cuestionarse, a vivir en una actitud de búsqueda. Esta capacidad del hombre de estremecerse ante la cuestionabilidad de la vida y la fuerte inseguridad que experimenta en el mundo que lo rodea hacen surgir una íntima angustia, a saber darse cuenta que las cosas, las personas nos son lejanas, y nuestro corazón es débilmente grande y grandemente pequeño. Nada, ni nadie nos prodiga la paz verdadera, el hogar anhelado por nuestro





En efecto, en esta canción aparece una nueva dimensión de la persona. J.A.J nos quiere comunicar que la vida está hecha también de recuerdos, recuerdos que nos siguen, nos acompañan como nuestra propia sombra. En ellos, todo nuestro ser está metido. Es un acto altamente humano, que nos hace sentir que somos también pasado. Para realizar tal ejercicio, es necesario vivir.

Sólo el que ha vivido puede recordar. No es sólo un volver a vivir, a nuestro juicio, sino un contemplar, un examinar dejándose golpear por los momentos, personas, paisajes que se van desfilando por nuestra cabeza, y desatan un remolino en nuestro interior. Reviste un carácter también afectivo, porque provoca sentimientos, es como si viviéndolo estuviese. En este momento es el corazón que se desnuda, se alegra, o lame su herida, su dolor, su amargura ante tal situación.

El recuerdo nos hace ver que la persona es vulnerable. El hombre se recuerda de lo que le es importante, de lo que le ha dejado huella de una forma u otra, porque es una experiencia vivida, y eso físicamente. Es todo el hombre que estuvo inmerso en aquel momento. Por lo que puede recordarse de los detalles más insignificantes. El recuerdo es recuerdo cuando se transforma en sangre nuestra, en miradas y gestos que no se pueden diferenciar de los nuestros. De él brota la primera palabra del corazón. Nos sume en un pasado frente al cual nos sentimos impotentes para remediar la situación, o felices, alegres de haberla vivido.

Este pasado, por más que lo desee, la persona humana no lo puede desaparecer. Es el fruto de nuestro ayer, sembrado en la fragua de nuestra personalidad y cosechado como nuestro. Si lo lograra borrar, sería arrancar de él una parte importante de su yo que ha venido configurando a lo largo de su propia historia como individuo. Tampoco se trata de quedarse permanente en él sin tratar de aprovechar, apropiarse las posibilidades que le brindan el presente, y las perspectivas que éste abre sobre el futuro. Tal actitud consistiría en poner un freno a la dinamicidad de la vida.

Los recuerdos más relevantes, significativos de nuestra existencia nos hacen tomar postura ante el presente. Nos roban la tranquilidad y nos comprometen. En otras palabras, podemos afirmar que nos esbozan el camino a seguir, sabiendo que la vida nos reserva sus múltiples sorpresas: “Tal vez no vuelva a amar, / amar con ansia loca”.

El pasado no está muerto, vive. Se manifiesta en diversas acciones de nuestra vida. Es un confidente secreto que pueda indicarnos la postura a adoptar, la decisión a tomar en tal o cual situación, reavivar las lágrimas derramadas, las alegrías experimentadas, las penas y aflicciones sufridas. Y teniendo en cuenta todo esto que en cierto modo es él, el hombre ha de ser capaz de sentirse libre ante estas supuestas determinaciones.

La existencia humana, de hecho, está tejida en parte de recuerdos, cuya mayor parte fluyen en el hombre sin ser notados. Los recuerdos pueden parecerse a una nota musical en este concierto o cacofonía que llamamos vida. Permiten al hombre asomarse a las honduras de sus sentimientos. En estos momentos, el corazón se le escapa de las manos de la razón; renuncia a lo racional, lo conveniente, lo redituable. Se desatiende de la vida práctica.

Poco a poco van emergiendo, de hecho, nuevas formas de percibir la realidad; el hombre se quiere quedar con o huir del objeto de su estado afectivo; cambia de agujas, de velocidad el termómetro de su más profundo sentir. El recuerdo del pasado es afectivo y espiritual; es poseedor de una fuerza creadora, de transfiguración; rompe las barreras del tiempo histórico, y hace entrar en la vida presente lo que en el pasado hay de vivo. Los recuerdos hacen que el hombre esté en el corazón mismo de su corazón, que se sienta a sí mismo, con su flaqueza y grandeza, es decir que se experimente como tal es, hombre.

En efecto, J.A.J nos invita a vivir la vida en su totalidad. Porque el hombre tiende a negar su pasado, a desarrollar un mecanismo contra él. Tiene miedo a asomarse por el balcón de su vida. La profundidad le da vértigo. Prefiere vivir anclado al futuro. De su pasado recoge lo que le sirve para afrontar este porvenir, para resolver un problema encaminado a éste. Vive en la superficialidad de su ser, como si el pasado no hubiera existido jamás. Le falta el valor de verse. La propuesta de J.A.J en esa canción consiste en aceptar de manera sencilla y suelta la paradoja de la vida, ya que pudo darse cuenta, y lo deja entrever en estas letras, de que el pasado vive, permanece en el hombre sin su ayuda y pese a sus diversos modos de callarlo, desvirtuarlo. Meternos en las entrañas del pasado es correr el riesgo de caer en un abismo:

“Empiezo a recordar, y acabo por gritar maldito  
abismo...”

No vive el hombre su pasado; toda su vida está orientada, por las esperanzas acariciadas, la rapidez de su ritmo de vida y su estructura humana, a saber psicofísica, a actividades prácticas. Su nave está apuntada hacia adelante, el porvenir. Esto da a pensar o por lo menos suponer que la vida tiene sentido sólo en función del futuro.

De hecho, es una dimensión importante en la vida humana; representa la posibilidad, apoyado en el presente, de concretización de los modos en que quiere el hombre vivir su vida. Da sentido a las acciones presentes, y puede provocar que uno viva fuera de sí mismo, sin capacidad de disfrutar la frescura del presente, mucho menos de la sabiduría acumulada, de las experiencias del pasado. Esto mismo implícitamente critica J.A.J al exhortarnos a captar la vida como un todo. Es el papel de un poeta: incitarnos a vivir el drama, la paradoja de nuestro ser, a coger todas las experiencias, a mirarlas y mirarnos.

El hombre ha de estar consciente que la vida está tejida de encuentros y despedidas, que provocan alegría, dolor; ya que el hombre todo es el que se entrega. Y

toda entrega implica un acto de voluntad y de confianza. Detrás de estas palabras, vemos perfilarse, filtrarse el amor. Es un darse que no agota a la persona, sino la plenifica y lo permite encontrarse en el otro. Todo verdadero encuentro supone una apertura al otro, porque no hay otra manera de conocerse, menos aún entregarse sin una apertura sincera y franca.

La vida misma lo pide, y eso es válido también como actitud del hombre hacia sí mismo; abrirse a todo, también a su pasado por más oscuro que haya sido. Nuestra vida parece a un discurso que vamos elaborando a través de nuestras acciones, nuestros sentimientos, y lo pronunciamos a lo largo de nuestro caminar como un todo. En este sentido, Ladislao Borros afirma, interpretando a Bergson: “Nuestra vida es una duración interrumpida...La duración personal es una melodía continua que, desde el principio al fin, fluye indivisa en un presente que dura”<sup>31</sup>. Esta afirmación describe la actitud del poeta, del artista hacia la vida. Esta se vuelve un indiviso presente en el cual el pasado se hace presente, y se percibe una sutil renuncia del futuro.

Se cree pues un ser sin futuro. La vida, pese a los cambios que entraña, parece perderse, sumergirse toda en el presente. Contempla desde la ventana de este presente sin interrupción, sin escisión, la historia de su existencia. Recoge su vida a partir de una mirada, de una percepción total. Este acto lleva al hombre a aceptar su realidad, y puede instalar en él un sentimiento de resignación, de impotencia. Se siente poseído por el poder del destino, esclavo de este dios, al cual no puede desobedecer. El destino es el que guía sus pasos, es su diablo y su dios: “...Yo no quería partir, pero era mi deber seguir la vida”. El hombre pelea con él, sabiendo de antemano que será su víctima. Quiere detener la marcha de la vida, pero ésta es semejante a un río: sigue su curso a pesar de todo.

---

<sup>31</sup> Ladislao Borros, El Hombre y Su Última Opción, Mysterium mortis, Editorial Verbo Divino, España, 1972, pp56-57

Esta dualidad que se gesta en el corazón del hombre genera frustración y mucho dolor. La vida se impone, y sus corrientes nos arrastran pese a nuestros intentos por engancharnos, de colgarnos a las ramas de nuestro corazón a fin de sanar nuestras heridas o de gozar los momentos dichosos.

El futuro se ve nublado por el mismo pasado hecho presente. El corazón se ve mutilado ante la prepotencia del destino. Un aire helado de pesimismo cubre el ser, una cortina infranqueable impide echar la mirada hacia adelante. La existencia misma está anonada en una neblina. El futuro no es que no exista, pierde en el hombre esta sensación de alivio, de esperanza, de algo mejor. Resulta algo oscuro. Es lo que sin duda nos tratará de decir el genio guanajuatense en esta canción llamada: “Sin Futuro:

¿Qué voy a hacer  
 si aunque cambie de camino  
 yo ya sé que mi destino  
 es tomar y padecer?  
 un perdido sin futuro  
 ¿Qué voy a hacer  
 si me gusta andar llorando  
 maldiciendo y recordando  
 las tristezas de un ayer?  
 yo ya sé que mi destino  
 No he de cambiar  
 porque ya jugué mi suerte  
 y si pierdo con la muerte  
 no me importa fracasar.  
 y es mi orgullo echarme un trago  
 No he de cambiar  
 porque aquél que se arrepiente  
 es alguien que siempre miente es hipócrita y  
 vulgar.

Aunque digan que mi vida  
 es la vida de un borracho  
 sin decencia y sin moral,  
 yo podré ser lo que quieran  
 pero a nadie le hago mal.

¿Qué voy a hacer  
 si aunque cambie de camino  
 es tomar y padecer?

¿Qué voy a hacer  
 si he nacido mexicano  
 a salud de una mujer?

La primera estrofa de esta canción empieza con una pregunta antropológica que sitúa al hombre frente a sí mismo, a su capacidad humana; hay una toma de conciencia de lo que se es, por lo tanto dicha pregunta envuelve una postura metafísica. Qué voy a hacer es la pregunta de un corazón angustioso ante el mundo

que le rodea Aquí se busca un baluarte sobre el cual puede asentarse la existencia, algo que le procure sentido. Qué voy a hacer es la pregunta de un corazón angustioso ante el mundo que le rodea.

Hay una inquietud del alma, de la persona humana, que quiere asumir la existencia. Dicha inquietud expresa la realidad humana vivida en constante tensión frente a los planteamientos de la vida. Esta pregunta es altamente humana, y, considerando la canción en su totalidad, transmite un sentimiento de dolor, de derrota. El hombre descubre que su vida es un eterno problema por resolver; su existencia se ubica en esta complejidad del ser mismo. No puede eludir esta realidad, todas sus acciones tratan de responder a esta pregunta, aun el suicidio.

En efecto, esta es una forma de querer asumir la existencia, de interpelar al mundo, de manifestar su negatividad frente al curso que van tomando las cosas en la sociedad, en la familia o en la vida personal. Detrás de ella, como hemos dicho más arriba, uno vislumbra la pregunta por el ser. ¿Quién soy yo? ¿Quién quiero que sea? Y este yo no es una constitución psicológica, un complejo antropológico; antes que nada se funda en una estructura metafísica. Es el yo que busca una razón de ser de las cosas, de la vida, de las personas, sus ultimidades, sus sentidos. Por lo que vive inquietamente la vida. El verdadero Yo no es el que grita, llora, se alegra, se entristece; estas manifestaciones son características de las cuales se sirve mi persona para constituirse, configurarse. El hombre no puede decir que es su alegría, sus lágrimas. Es un ser abierto, su persona se va construyendo a lo largo de toda su vida.

#### Apuesta por la Libertad

Esta empresa de ir configurando mi vida es la más ardua de las labores humanas. Requiere de la voluntad y de la capacidad de apropiarse de los valores, de los avances, logros, facilidades y también de los retos que se le plantea al hombre. En cada hombre se repite la historia de toda la humanidad, porque ha de responder de una manera personal a las preguntas existenciales que le van planteando la misma

vida. No tiene su camino trazado; ha de construirlo en base a lo recibido histórica y socialmente, pero nadie lo puede hacer por él. El hombre ha de probar su libertad, su capacidad de elegir.

Cuando mencionamos la palabra “libertad”, no nos referimos a un concepto general, sino de una libertad singular. La libertad del hombre en general se descubre en los actos del hombre con nombre y apellido. Es un error creer que existe la libertad en sí; existen hombres y mujeres libres. La libertad existe, cuando hay actos humanos que testimonian de su presencia. A esa pregunta inicial, el hombre no responde una vez por todas; es toda su vida la que servirá de respuesta a ella. Porque para él, no se trata sólo de existir, sino de vivir, y vivir implica opciones, cambios, y en ellos hace muestra de su libertad. La libertad es la forma más excelsa de decir que se es hombre. Pero, puede haber, de hecho lo hay, muchos modos de asumir la existencia, de querer representar la vida.

Sucede que para muchos, y en este caso J.A.J, la vida es implacable; el hombre no puede lidiar contra ella, ni cambiar su curso. Esta actitud ante la vida surge después de una o varias experiencias que dejan al hombre al borde de un abismo. Le sobrecoge entonces un gran sentimiento de derrota y se encuentra desorientado ante un mundo hostil y desconocido. El hombre se siente perdido y experimenta su existencia como un juguete entre las manos del destino. Su vida parece ser un libro ya escrito, que no más le toca leer, ejecutar sus indicaciones al pie de la letra. Mas, en el fondo hay una elección de este destino, por lo tanto libertad. “Libre, dice Ladislao Bora, es el que cumple lo último que lleva inscrito”.<sup>32</sup> A esta escala existencial, la vida se vacía de sentido, ya no es posible vivir así. Este resentimiento experimentado en la vida es más hondo que los mismos peligros cotidianos.

En medio de esta oscuridad que invade su ser, el hombre se ve impelido a entregarse a la vida con todo lo que ella contiene, ya que este dolor congénere, este



sentimiento de fracaso impregnaban ya su vivir y su destino. Tener un destino es experimentar la triste sensación y realidad de que uno es extraño a sí mismo, que es más espectador que actor, que su vida se desarrolla sin o con su consentimiento. El hombre del destino no se posee a sí mismo, es un ser disponible a enfrentar las avatares de la vida. Está disponible a vivir con lo extraño que siente dentro de sí, y lo hace libremente. ¿No será que el hombre, al apropiarse de las posibilidades del azar, para unos, de la historia, para otros, crea con su propia voluntad su propio destino? Así el hombre se hace, deviene él mismo, y no otro. La libertad se da, se realiza cuando se entrelaza con la necesidad del destino. Este destino es para J.A.J tomar y padecer.

Estos dos verbos parecen acompañar al mexicano desde su cuna. Tomar es un acto de posesión; en la “tomadera” se busca tener a lo que se nos va, se nos escapa. Queremos tener de manera aun ilusoria lo que nos falta. Se presenta como la cura de los males; el vino es el que abre las puertas más herméticas de la vida cotidiana. Nos crea un mundo donde nos sentimos escuchados y amados; donde las cosas vuelven a tener nombres y sentido, y provistos de su hermosa peculiaridad. El vino, como el agua bautismal, sana las heridas de nuestros padres y las nuestras, nos hace recuperar valor ante este mundo tan cruel y sin piedad. Es el refugio de las almas desesperadas.

Con él, recobra la vida un nuevo sentido. Permite gozar de lo que en la vida real nos es prohibido; allí construimos el mundo conforme a nuestros dolores, nuestros sufrimientos ahogados. El vino lava y limpia el alma. Despeja este horizonte gris y nublado en el que está sumida la existencia. Sirve en algunos de los casos para manifestar su repudio a esta realidad que le agobia; no queda otro camino sino evadirse de él, y buscar protección y calor entre las copas. En ellas, surge un nuevo mundo. Sobre esas tristezas sin fin, de estos desgarros internos, de estas noches sin el amanecer, el vino construye un lugar tranquilo, un hogar alumbrante de sinceridad y

---

<sup>32</sup> idem, p94

de autenticidad. Este nuevo mundo no sólo es más bello, sino más profundo, adecuado a nuestras necesidades existenciales.

Gozamos, en efecto, de lo que pocas veces pudiéramos experimentar de manera duradera en el mundo de la confusión y discrepancia de nuestro existir. En el vino, se crea el mundo de nuestros sueños, y a la vez se cristaliza la verdad de la vida. En el vino nos alejamos de las cosas, de las personas para estar más cercanos a ellas. Es la dialéctica de la cercanía que se consume en la lejanía. El vino hace que nos liberemos del mundo para así descubrir su secreto, su hondura. El mundo no nos puede revelar su secreto viviendo en la promiscuidad con él, sino en el recato y la lejanía. Se necesita estar a distancia del paisaje para poder apreciar su belleza, estando muy adentro no tenemos la misma fuerza de visión. Con el vino, el hombre es capaz de conjurar las cosas, resolver la trama del mundo y hacerlo más diáfano a los hombres; en pocas palabras, armonizarlo.

### Existencia y Llanto

Sin embargo, su padecer le devuelve a su mundo de sufrimiento y de angustia. Se podría creer que hay una voluntad de desesperación y de aflicción; no, es la naturaleza misma del ser que le impide hallar consuelo y fortaleza en esta vida. El hombre se siente un exiliado en su propia patria, en su propio mundo. Sus lágrimas son las que le sirven de compañía para limpiar y desahogar su alma. El hombre choca con el carácter finito de la existencia.

Llorar de tristeza es la forma más humana de manifestar su impotencia ante la vida. Es el corazón mismo que se desgarrar ante el sinrazón de los acontecimientos. El hombre no quiere aceptar esta funesta lógica de la existencia, y lo demuestra a través de sus lágrimas, las cuales llevan su sangre y el latido de su corazón. Las lágrimas revelan la miseria y la fragilidad de la naturaleza humana; son también indicio de la cerrazón, de la prepotencia de la vida. Se puede convertir en un gusto llorar, porque primero realizamos un acto humano que nos dice que la persona es afectiva, por lo

tanto vulnerable; segundo, que sabemos rebelarnos, demostrar nuestro disgusto ante la forma como va perfilando nuestra existencia y encontrar una forma de vaciar el ser de sus congojas. Siempre se llora por algo, es decir por una persona que perdimos, por un dolor sufrido, una afrenta no merecida, por la marcha del destino que nos hace desear mejor la muerte que la misma vida, porque el hombre ha experimentado su pequeñez. Ante esta situación, el alivio a sus penas reside en maldecir las causas de su pesar: “...Si me gusta andar llorando / maldiciendo y recordando / las tristezas de un ayer”.

Al maldecir se resigna a aceptar su suerte, desahogando por lo menos su corazón. De esta aceptación brotará la fuerza, la valentía para afrontar la vida. Vivir el sinrazón de la existencia, las tempestades más furibundas del altamar, es indicio de victoria, pues quien sabe de la fugacidad de la vida, del dolor, de las despedidas, de la soledad, de las angustias que entraña, está ya por encima de ellos. Los vive humanamente. Cambiar sería renunciar a estas experiencias que le han ayudado al hombre a hacerse persona. Jugar su suerte es considerarse uno con su destino, querer vivir la vida de manera cabal y plena. Por lo que ni la muerte parece ser una posibilidad de fracaso. Se manifiesta una cierta arrogancia velada por la misma ignorancia del hombre frente a esta desconocida: La Muerte. Según J.A.J, en la vida el hombre da todo lo que es; por lo que la muerte no le causa aparentemente miedo. El verdadero fracaso no reluce en la muerte, sino en la misma vida.

El hombre, ateniéndonos a estas palabras, ha de ponerse por encima de aquélla, por todo lo que la vida le ha permitido vivir. Se reconoce la posibilidad de perder con la muerte, pero se la asume, como una dimensión de la vida. Es interesante darnos cuenta en esa canción del sentido que tiene la muerte para el cantante guanajuatense. Se le compara a una pérdida no total, porque el autor pone un “si”, una condición que deja entrever, por lo menos suponer que no forzosamente el hombre puede perder con la muerte. Vamos a seguir de cerca la evolución de este término en las canciones del cantante. Por lo pronto, la muerte viene a ser en esta canción el lugar de la supuesta

calamidad, frustración y derrota total. Es el lúgubre sitio de un fin, el crepúsculo vertiginoso de la existencia, que está dispuesto a afrontar el hombre por razón misma de su destino. Por lo que no se vale arrepentirse.

Aquí, no cabe la interpretación religiosa de este verbo, sino es un acto de retractarse ante las peripecias de la vida. Está criticando a los que quieren huir de esta realidad por miedo, que no son capaces de darle un abrazo a la vida toda. Arrepentirse es querer vivir otra vida, que no sea ésta, sin dolores ni sufrimientos, es decir no vivir. El que se arrepiente es un pusilánime, un cobarde que no es capaz de decir sí a la existencia; o si lo dice, se echa para atrás en los momentos decisivos, cuando la vida se ve expuesta a las embestidas más salvajes del destino; en lenguaje pedestre, permíteme la expresión, es un “culero”. Culus, i del latín significa culo, nombre dado a las nalgas de las personas y a las ancas o parte similar de los animales. Ser “culero” consiste en echar el culo para atrás, cuando el momento de la vida requiere más de nuestra presencia. Un ejemplo que podría iluminarnos es la actitud del apóstol San Pedro, al negar conocer a Jesús cuando los empleados de la casa de Caifás le acusaban de ser uno de ellos. Arrepentirse tiene un sentido de negar un aspecto de la existencia. Arrepentir aquí es negar, es sentir rugir algo en nosotros contra nosotros mismos; consiste en no querer reconocer lo que en la vida se nos manifiesta como algo obvio; se convierte en este caso, repetimos, de velar la realidad, de quererla maquillar, esconder. Y eso nos hace incurrir en la mentira.

En efecto, el arrepentimiento es mentir, según J.AJ. Desde su paraje existencial, es vivir la vida a medias, revela una ausencia de valentía ante los acontecimientos de la vida. El gran reto del hombre, nos insinúa el autor, es vivir en la verdad para con nosotros mismos. Mentir es un acto de voluntad que busca refutar, contradecir lo que es verdadero. Un mentiroso vive en la penumbra de la existencia, en la inautenticidad de su ser. Aquí, nos referimos a la mentira existencial que roe el interior del hombre, so pretexto de conservar lo ya tenido o de adquirir algo nuevo, impidiéndole hacer frente a las vicisitudes de la existencia. Esta forma de enfrentarse a los

acontecimientos pinta la tendencia miedosa del hombre a asumir su vida de manera plena. La vida es para hombres y mujeres que saben jugársela, estar en ellos mismos y en el mundo, no para cobardes que quieren adornar, velar el curso de la existencia.

Arrepentirse tiene un sentido de ser infiel a la vida. Esta, con su fuerza arrasadora, reclama de la persona humana una actitud de entrega, combativa y valiente, sino es vivir sin vivir, es decir fingiendo. La vida es demasiado importante para vivirla fingiendo, hipócritamente. J.A.J invita al hombre, al mexicano, a vivir lo que es, lo que siente en lo más hondo de su persona, a ser verdadero compañero, amigo de la vida. Si la flojera es la madre de todos los vicios, la hipocresía es el veneno letal de la vida. Es el vicio que lleva a cultivar una ceguera cruel ante la vida.

El hombre no puede disimular su existencia, si lo hace actúa en contra suya.

J.A.J alcanza a descubrir su alcance, y nos previene de este mal. Si la vida es hecha para ser vivida, hay que lanzarse en ella sin miedo, sin hipocresía. No es una obra de teatro, en la cual uno puede mimar, disimular, representar la realidad; la incluye, pero es siempre más que todo lo que podamos decir. Es un don enigmático con el cual el hombre ha de vivir para realizarse como persona humana. Del griego hupokrisis, mímico, la vida empero es la única cosa que no admite seres fingidos; tarde o temprano nos vomitará por haber vivido en la superficie de la existencia, es decir de manera mentirosa e hipócrita.

De hecho, la existencia nos prodiga experiencias profundas; se vive físicamente, a base de pruebas, con tanteos, no se finge vivir. O los que fingen vivir son los que no viven. Son estos disimuladores, fingidores los que califican, según ellos, lo decente y lo que no lo es, erigen sus leyes, sus códigos, dotando a la vida de una finalidad específica que, al parecer, no la tiene en el horizonte del Hijo del pueblo mexicano. Por lo tanto, todo juicio de valor: “Aunque digan que mi vida / es la vida de un borracho / sin decencia y sin moral...” resulta ser una calumnia a la vida. Porque el que vive, y no se arrepiente, es el que toca las últimas profundidades de su existencia,

de lo que la vida le ha ofrecido como don; es el que está dispuesto a vivir de manera radical este don, a ser su propio destino, para repetir su propia palabra, a jugar su suerte.

Por otra parte, en este mismo párrafo antes citado, J.A.J adopta una postura firme ante los decentes de su sociedad, por qué no del mundo. Su mensaje quiere rescatar la individualidad del ser humano aniquilada bajo las botas de una moral social esclavizante y destructora. De las formas más esclavizantes conocidas en toda la historia humana, el sometimiento a la sociedad es la más aplastante. Herzen, citado por Nicolás Berdiaev, tiene razón, cuando avanza: “La sumisión de la persona a la sociedad, al pueblo, a la humanidad, a la idea, no hace sino continuar los sacrificios humanos”.<sup>33</sup> No es justo humanamente hablando acercarse al hombre, juzgarlo desde lo que debería ser, desde una referencia moral, imperativa, que mutile su personalidad. La sociedad se erige en y se concibe por desgracia como un gigantesco cuerpo ubicado por encima de la persona. Ella no sirve de criterio de apreciación, de juicio, sino la sociedad. “Yo podré ser lo que quieran / un perdido sin futuro...”, esta frase afirma la personalidad del hombre frente al sometimiento de la sociedad; también que en las honduras del ser humano es donde se encuentra la balanza del criterio de juicio, es donde se sopesa el bien y el mal. De ninguna forma, la sociedad puede arrogarse el derecho de tener la última palabra sobre la realidad humana; tendrá la penúltima; la última la tiene siempre el hombre en tanto persona.

La persona capaz de esto es la que tiene la voluntad y la capacidad de entrar en comunión con toda la vida. Realizar tal hazaña resulta un acto de libertad, la cual consiste en ponerse encima de las leyes, de la tradición, de la sociedad, sin por lo tanto rechazar lo que en ellas hay de humano, de verdad para la vida.

---

<sup>33</sup> Nicolas Berdiaev, LIBERTAD Y ESCLAVITUD DEL HOMBRE, EMECÉ EDITORES, S.A, BUENOS AIRES, ARGENTINA, 1955, p129

Vivir en la libertad, lanzarse al mar tumultuoso de la vida es no poder tener un futuro; es abrirse su corazón y su alma a las sorpresas de la existencia; es ubicarlo más allá del tiempo, vivir la vida con todo lo que contiene. Esta forma de vivir descansa en una valentía y creatividad, cualidades propias de los genios. En efecto, el genio nunca se quiere dejar encerrar en el mapa de la vida social; quiere superarlo, y sus actos creadores le impulsan a situarse encima de ella, a buscar nuevos horizontes.

Descubre que en toda sociedad, en este caso la mexicana, existen cosas que subyugan al hombre, las cuales debe superar, si quiere ser fiel a su persona. Invita al hombre a rebasar estas limitaciones, ya que es superior a la sociedad, a las leyes. Es una tarea humana que incumbe por lo mismo a todo hombre y a toda mujer. Las costumbres, los imperativos sociales deben ser importantes no en función de la sociedad, sino de la persona. J.A.J, tal vez sin saberlo, busca una transmutación de los valores que se basan en el hombre, quiere sustituir al hombre como un individuo más en la sociedad en un ser de carne y hueso, con su peculiaridad, su singularidad, que no se deben perder en el mar de la sociedad.

Con intuición poética, alcanza a captar que los códigos morales, los imperativos sociales, en su afán de hacernos creer que vivimos en un mundo y una sociedad armoniosos, no logran aplacar, controlar las pasiones existenciales, los gritos de libertad que el hombre acuna en su corazón. J.A.J se muestra severo, riguroso contra los embusteros, que vergonzosa y cobardemente evaden la realidad para esconderse detrás de sus normas.

En esta canción, el hombre se reconoce, y el mexicano también. El hombre concreto, con nacionalidad y apellido, es un hombre universal, porque su vida corre en medio de las vivencias comunes a todos los hombres; su vida participa de los grandes debates existenciales; no la vive de manera exclusiva, aislada; se siente compañero de los hombres. Vive este adagio latino, a saber: Homo sum: humani nihil a me alienum puto: Soy hombre: nada de lo que es humano me es extraño. Con otras palabras, J.A.J nos dice lo mismo: abrirse a la vida nos hace hombres y mujeres de

verdad. Sin embargo, esta universalidad no carcome la singularidad de la persona: “Qué voy a hacer /si he nacido mexicano / y es mi orgullo echarme un trago / a salud de una mujer”.

La singularidad de ser mexicano embellece la universalidad, y hace que el mexicano, junto con el cantante, ofrezca, desnude su ser al altar universal. Esta canción pinta la vida del hombre universal. Mas éste no puede ser algo abstracto, sino concreto. No puede renunciar a su mexicanidad, a esta forma particular de vivir y de concebir la existencia. Empero, dentro de este abanico de vivencias, dentro de estas costumbres heredadas ha de afrontar la existencia, la cual le plantea serios retos inherentes a ella misma. Y lo ha de realizar de manera creativa, rompiendo las barreras de la objetivación social, imprimiendo a sus acciones una fuerte dosis de existencialidad, de personalidad, de subjetividad. Es una lucha ardua, pero vale la pena querer ser uno mismo, y no otro.

De hecho, las manifestaciones existenciales de parte del hombre consciente de su destino llevan este sello de batalla. Este hombre acaricia el ardiente deseo de vivir su verdad, que no es sinónimo de objetividad socializada, sino vivir su propia realidad, su propia vida, sus propias experiencias en los tumultos, alborotos de la existencia, con autenticidad y simplicidad del ser. Pero cuando se exalte el poder despótico de la sociedad y su fuerza por encima de la persona, de sus sentimientos y voluntades, se firma así su condena a muerte; la vida se viste entonces de una nube espesa. Las notas de alegría se van desvaneciendo bajo su impulso, y más cuando hay un ser amado hacia el cual el corazón grita. Todo cambia en la ausencia de este ser querido. Uno experimenta un sentimiento extraño frente a su propio latir. Se establece una cierta monotonía en la vida; las tristezas se apoderaron, robaron aun nuestras sonrisas, nuestras ganas de vivir. El sonido de la voz está sofocado por un nudo de amargura. Es la oscuridad total en el alma.



Pese a la dimensión personal del hombre, éste no se puede realizar solo en la vida. Necesita rostros, calor para hacerse persona. Y el acto sublime del hombre en la vida es amar. Amar es algo vivencial; no es una negación de la persona, un perderse; al contrario es lo que hace posible encontrar valor y fuerza para vivir, abrazar a la vida con alegría y buen humor. El hombre ama desde la plenitud de su ser, de su vida, y lo hace dándose. En este darse se encuentra la dimensión verdaderamente humana del hombre. Empero, esta entrega, muchas veces o alguna de las veces, puede resultar dolorosa. Y el dolor provoca el ensombrecimiento de la persona. El mexicano, la mexicana tienen su manera peculiar de vivirlo. Esta forma, ¿qué luces nos arroja respecto a la concepción de la vida del mexicano, de la mexicana? En la canción: “Día Nublado” trataremos de descifrar esta maraña de sentimientos, de dolor provocada por una pérdida:

Ya mis canciones no son alegres,  
ya mis canciones tristeza son,  
ya me encontré con el sentimiento,  
ya me encontré con la decepción.

Si he de morirte sin tu cariño,  
dile a la muerte que venga ya  
que al fin al cabo algún día el destino  
quiera o no quiera me ha de matar.

Fuiste mi cielo, mas con el tiempo  
mi cielo en nubes se convirtió,  
un día nublado con mucho viento  
entre otras nubes se me perdió.

Yo que al tequila le tuve miedo  
hoy me emborracho nomás con él  
y en cada copa miro una pena  
y en cada pena miro un querer.

Yo que te adoro quisiera odiarte  
mas mi destino es vivir por ti  
si he de esperarte aunque nunca vuelvas,  
quiero morirte pensando en ti.

Cuando me amabas todo era dicha  
hasta la luna brillaba más,  
hoy ni la luna ni el sol me alumbran  
hoy todo es pena y oscuridad.

La alegría revela la constante lucha del hombre por triunfar en la vida; esta linda sonrisa arroja, inyecta sol y oxígeno sobre nuestra existencia. Su ausencia

provoca turbulaciones en el ser humano, nos nubla el horizonte, y nada parece ser lo mismo. La tristeza es la oscuridad; el hombre no ve para dónde va su vida; de hecho, renuncia a tener el control; se deja llevar por las olas desastrosas de este sentimiento. El hombre completo se sume en el pesimismo, en la negatividad. En lo más hondo de su ser, experimenta la tristeza como una muerte. La alegría y la tristeza son dos de los grandes sentimientos que acompañan siempre al ser humano. Todos los hombres, aun los más santos, los más dóciles, han gozado del placer de la alegría y han sufrido las terribles resacas de la tristeza. En la alegría y en la tristeza, la vida humana alcanza el más alto grado de tensión, en esta constante tarea de ir configurando su propia persona. Son indicadores de la manera en que uno está asumiendo la vida, desempeñándose en ella.

Sólo la persona que se encuentra en sí misma, la puede leer y descifrar. Vivir, en efecto, no consiste únicamente en encontrarse con cosas, personas, sino también en escuchar el latido de su corazón, en sentarse a solas con uno mismo. En este encuentro, van emergiendo, brotando sentimientos que llevan sangre y suspiro. Representan fieles espejos donde el hombre se mira, a veces con dolor, con alegría, compasión, ira, etc. Vivir como viajero en este mundo, erigir su propio destino le plantea retos, dificultades.

En el sentimiento late el querer del ser humano, y este querer no es sino la persona misma, que se expresa en un gesto, en una palabra y aun en el silencio. Palpar, tocar sus propios sentimientos es aprender a saber lo que uno es y quiere; es una actitud de querer vivir plenamente la vida, de ser artífice y autor de ella siempre y cuando no caiga en un egocentrismo, ombliguismo. El verdadero acto de sentirse lleva al hombre a abrirse a los componentes de la vida, del destino: al dolor, a la felicidad, amargura. Saber estar en sí mismo, curiosamente, hace que el hombre se experimente como solidario de los demás, y tiene también su alto precio. Más vale a veces desnudar su interior delante de los demás que a solas. Meterse a las profundidades de su persona puede causar grandes sentimientos, cuando se choca uno con acontecimientos de alta

intensidad emocional, afectiva. Puede ser un sentimiento placentero, de admiración o de decepción, como de hecho se trata en esta canción.

¿Qué se entiende por decepción en el contexto mexicano? La decepción se produce cuando el corazón se siente engañado por alguien en quien ha puesto una esperanza. Decepcionar es el sentimiento que lleva al hombre a voltearse sobre sí, y sintiéndose solo. El mundo para él despeja un olor a tristeza. La media noche cubre su alma, y no es capaz de ver en el horizonte la silueta de un nuevo amanecer. Decepción es desilusión, borrar del ser todo motivo de esperanza; experimentar que los más sinceros sentimientos de uno se han convertido en objeto de burla o de poca importancia por la otra persona. Consiste también en defraudar la confianza que alguien ha puesto en nosotros. Es no ser fiel a la palabra, a través de la cual se contempla la vida, el corazón del hombre. Es una violación a una palabra, que representaba y representa aún todo el hombre. Ser infiel a la palabra humana, la palabra que germina en el silencio de su alma, que sube como incienso desde el santuario de su corazón, es decir no a todo lo que edifica, humaniza, da esperanza al hombre: “Fuiste mi cielo mas con el tiempo/mi cielo en nubes se convirtió”. Es un sentimiento exclusivamente humano, porque sólo el hombre o la mujer son capaces de entregarse, de darse, por lo tanto de confiar. Y la desconfianza tiende a destruir al hombre, a matar todos sus impulsos vitales.

#### La muerte como venganza y alivio

Entonces la muerte aparece, aun cuando no sea la deseada, como el camino a seguir para apaciguar esta tremenda melancolía, esta pena sin consuelo. La decepción suscita la desesperación, y ésta empuja a querer la muerte, como una forma de vengarse de la persona, de interpelarla. Aquí encontramos una nueva dimensión del amor, también de la vida: éstas no son sino constantes luchas por la inmortalidad. Por esta misma razón, la muerte se afronta con una actitud desafiante, de valentía. La cultura mexicana hace muestra de ello, sobre todo a través de las canciones populares, que de hecho se nutren de la realidad cotidiana del mexicano.

En efecto, el mexicano descubre, y hace de él una certeza, que la experiencia de la muerte está entrañada en el seno mismo de la vida. En efecto, ella vive en continuo contacto con la muerte. La vida mexicana se revela como una vida trágica, por el fuerte carácter emocional, agresivo que les inunda. El mexicano es alegre, quiere vivir gozosamente, pero esta alegría se ve perseguida por una sombra de tristeza, de nostalgia ancestral, que le hace melancólico y a la vez agresivo. La melancolía es como el vino rojo, del mismo color que nuestros sentimientos, que absorbemos con suavidad y nos embriaga. Ella no es otra cosa que la embriaguez del corazón; es no percibir nada claro. Con razón muchas veces reclama la presencia del vino para manifestarse. El vino le acompaña, porque puede aliviar sus dolores. Es el remedio eficaz por un corazón desamparado, al acecho de los sufrimientos. Acaricia su melancolía, la ahoga en el vino.

El vino y la melancolía son dos componentes íntimamente ligados en la vida no sólo del mexicano, sino del hombre: “Yo al tequila le tuve miedo/ hoy me emborracho nomás con él...” Pero el mexicano lo vive y lo cree. Hay siempre un motivo para beber a fin de eliminar la ingratitud de un amor mal correspondido; se bebe su propio dolor. El vino lleva casi siempre el nombre de alguien, tanto para festejar como para acompañarse uno en sus aflicciones. Cada copa busca limpiar el corazón de las huellas que dejó un mal amor; pero esto hace sufrir, porque todavía el corazón clama por su amada, amado. Es lo que J.A.J supo describir con una elegancia poética de primera calidad, cuando dice: “... Y en cada copa miro una pena/ y en cada pena miro un querer”. Es el querer de la otra que no quiere darse la mano con la del cantante. He allí la causa de su desgracia. Aquí J.A.J pinta de manera extraordinaria la forma de vivir el amor en la vida cotidiana. Es el hombre que está retratado allí en sus versos, y de manera particular el mexicano. En el amor, como en la vida, hay algo que huele a muerte, a odio. Frente a la primera, el hombre experimenta el miedo, e utiliza valentía, burla para disfrazar, vencer este temor a ella, aun cuando desea morir. Se desea y se teme.

La muerte marca un fin a la existencia, mas para el enamorado es el paraje íntimo del amor. Es, pues, la prolongación de la vida. El romántico recurre mucho a la muerte, porque en su recinto yace la consolación, el amor perdido. Por esto, se lanza de manera valiente y casta en sus brazos. El deseo de la muerte es manifestación de la angustia, de la desesperación, de las decepciones que el hombre carga en su corazón. Y puede ser por varios motivos: económico, social, familiar, etc. La vida sabe amarga, porque la dicha esperada está siempre más allá de nuestros horizontes. Con razón,

J.A.J confiesa en su canción “La Vida es un sueño”: “Pa’mi la vida es un sueño/ y la muerte el despertar”. Despertar es pasar, según el cantante, del mundo de dolor al mundo de la felicidad, de la paz. Siente que en la muerte está el secreto de la vida. Es allí donde se reencuentra, desaparece todo sufrimiento, todo pesar. El fin de la vida y la existencia parecen ser la muerte. Si la muerte es el despertar, esta frase nos hace concebir la vida como una fútil pesadilla, un sueño agitado, del cual hay que despertar, es decir morir, para vivir.

La muerte, para J.A.J, y en él muchos mexicanos, es el único logro no decepcionante. Como dice Michele Federico Sciacca: “Ella, refiriéndose a la muerte, es la única esperanza de unión con el Todo, de cese del dolor, de inmunidad hacia el mal, de disolución en el Infinito...”<sup>34</sup>. Si para el mexicano, y desde luego J.A.J., el sentido de la vida es ser pasajero, no permanecer, la muerte, un momento, acto de la vida es la puerta que nos abre un horizonte desconocido, nos retira del escenario del mundo. Pero en el fondo el deseo de la muerte esconde un incentivo para la vida. Esta, y sobre todo la del hombre, en su nada que le caracteriza, según J.A.J, es semejante a una hoja arrojada a este río de curso mortal, que va recorriendo puertos, playas entre risas y lágrimas, con su melancolía y su alegría, sabiendo que este mismo viaje de la vida es el de la muerte. Ésta es el lugar donde se borran los dolores y las penas. En el tercer párrafo de su canción titulada “El Camino de la Noche”, J.A.J dice: “... No me importa

---

<sup>34</sup> Michele Federico Sciacca, Muerte e Inmortalidad, Editorial Luis Miracle, S.A, Barcelona,1962, p71.

que trates perderte / Yo te encuentro mujer hasta en la muerte / más allá de la pena y del dolor”.

La muerte es el paraíso de la vida, el único reto del tiempo, porque los sufrimientos se dan, se viven en su seno. El tiempo no existe para la muerte, como acto de morir, ni ella para él. Se apela, se desea a la muerte no para buscar el secreto que entraña, sino para descubrir el de la vida. Así la vida y la muerte parecen confundirse. Esta, vista desde la cultura mexicana, causa miedo, temor, y se maquilla este temor con la valentía del macho, del bravo. Sabe que no puede sujetarla, pero la enfrenta, la desafía, arriesgando su vida para olvidar su impotencia, su no saber qué hacer ante ella. Expone su vida a través de sus acciones, como queriendo decir: “Aquí estoy, muerte, y aquí quiero caer”. Es lo que expresa J.A.J en el quinto párrafo de su canción llamada Esta NOCHE: “Si me matan al pie de su reja/ a lo macho me harían un favor/ qué más puedo pedirle a la vida/ que morirme juntito a mi amor.”

La muerte se convierte pues en una recompensa, un alivio para un hombre destrozado, le procura la paz; sella su destino, hace llegar al hombre a su destinación. Vivir sin pensar en la muerte, es vivir prescindiendo de la conciencia de ser humano. En esta misma línea, Michele Federico Sciacca afirma, siguiendo, interpretando a Unamuno: “Vivir dejando de lado a la muerte es vivir la vida como nuestro todo, al igual que los animales o las plantas, pero un todo al que le ha sido substraída la existencia o el saber que se es, o sea la esencia por la que el hombre es hombre”<sup>35</sup>. La muerte nos ubica de lleno en el corazón de nuestra condición humana, y nos entrega su carácter de enigmático, de problemático. No es para el hombre, y J.A.J lo dijo, algo fatal, sino el curso de su propio destino. La canción Día Nublado en su párrafo tercero hace muestra de ello: “... Dile a la muerte que venga ya/ que al fin y al cabo algún día el destino/ quiera o no quiera me ha de matar”.

---

<sup>35</sup> idem, p 213

La vida y la muerte se convierten en dos polos opuestos: el nacimiento de mi vida, como persona, no tiene pasado, y la muerte sí. Esta no tiene futuro, y la vida lo posee, tiene también su presente. Es esta situación existencial que se erige al hombre como un misterio, un enigma, difícil de penetrar, de descifrar. Desde la muerte se valora con más agudeza la vida. A la vez de la muerte sólo podemos cuestionar a la vida. Y esta pregunta es de orden existencial, de orden metafísico.

Lo es porque sólo el hombre es capaz de interrogar su existencia, de reflexionar sobre ella y de encontrarle una respuesta. Ésta tiene un carácter pasajero, de algo fugaz. La vida es corta, por lo que todo parece ser bueno, para una jornada tan efímera. Se sabe viajero en este mundo. Siente su existencia como algo contingente. Dicho sentimiento genera una angustia en el hombre; no es el miedo a algo específico, es la angustia del hombre como hombre. Y J.A.J, hijo de su cultura, supo vivir y expresar lo que vive su gente. Sin ser filósofo en el sentido académico de la palabra, supo tocar las fibras más sensibles del ser humano, del mexicano respecto a su concepción de la vida y de la muerte.

Si hay una razón para vivir, también la ha de haber para morir, y una de ellas es la frustración del amor, no sólo en el plano personal, sino también social y nacional, sin forzar demasiado el pensamiento del cantante. Si no hay un motivo para vivir, por lo menos lo habrá para morir digna y valientemente. “Si su amor lo perdí para siempre/ qué me importa la vida perder”, escribe J.A.J en el segundo párrafo de su canción titulada: Esta Noche. Empieza asomarse esta convicción de que la existencia, como algo que brota, surge desde fuera, ex- sistere, se sostiene sobre una nada. Por eso, el hombre vive esta angustia, como experiencia de la nada.

Más allá de una relación amorosa, está la preocupación por el sentido de la existencia, de la vida, que se entreteje desde luego a través de las relaciones que se va teniendo. Pero descubre que el mundo no tiene sentido; en cierta forma es absurdo: donde se comienza llorando y así llorando se acaba. Esta descripción de la vida revela

la angustia del hombre frente a ella. Dejemos hablar a J.A.J en su canción de Camino de Guanajuato:

No vale nada la vida,  
la vida no vale nada,  
comienza siempre llorando,  
y así llorando se acaba,  
por eso es que en este mundo  
la vida no vale nada.  
del cerro del Cubilete,  
Bonito León Guanajuato,  
su feria con su jugada  
ahí se apuesta la vida  
y se respeta al que gana,  
ahí en mi León Guanajuato  
la vida no vale nada.  
la sierra de Guanajuato,  
Camino de Guanajuato  
que pasas por tanto pueblo,  
yo ahí me quedo paisanos, ahí es mi pueblo adorado.

no pases por Salamanca  
que ahí me hiere el recuerdo,  
vete rodeando veredas,  
no pases porque me muero.

El Cristo de la montaña

consuelo de los que sufren,  
adoración de la gente,  
el Cristo de la montaña  
del cerro del Cubilete.

Camino de Santa Rosa,

ahí nomás tras limita  
se ve Dolores Hidalgo,

Queremos advertir al lector que en esta misma canción analizaremos también las canciones “Llegó Borracho el Borracho”, “Camino de Aguascalientes”, ya que presentan la misma temática. Citaremos las partes que a nosotros nos parecen similares o idénticas a ésta. Dicho lo cual, reanudamos con nuestro análisis.

Esta canción fue escrita por J.A.J con el motivo de la muerte de uno de los miembros de su familia, y la expresión: “La Vida no Vale Nada” es el epitafio que reposa sobre la tumba del cantante. Una vez más es la muerte la que nos dice lo que es la vida. Ella nos confiesa que nuestra existencia es finita, limitada; que lleva la nada en el corazón de su ser. Vivirla, como ya hemos dicho en páginas anteriores, consiste en no rehusarla, maquillarla, en no ser pusilánime ante ella; así sería una existencia fútil. Vivirla auténticamente no es sino acogerla. Pero este acogimiento en libertad de la



nada de la vida entraña una cierta desgracia, porque el hombre se descubre como un ser limitado, finito y desgraciado.

No se necesita conocer mucho a J.A.J para darse cuenta de este sentimiento que plasma en sus canciones. Nacimos en el mundo, pero éste existía antes que nosotros. Siguiendo a Roger Verneaux, quien cita a Pascal, diríamos que fuimos embarcados<sup>36</sup>. Nos podemos acordar de la canción de los Siete Mares del autor. ¡Qué coincidencia! Nuestra existencia no tiene justificación; somos fruto de la fortuidad, y eso es una manifestación de nuestro ser finito en este mundo donde la vida no vale nada. Tanto que no vale nada, se es, una vez nacido, capaz, apto para morir.

---

<sup>36</sup> Roger Verneaux, Leçons sur L' Existencialisme et ses formes principales, Cours et Documents de Philosophie, chez Pierre TÉQUI, 82, Rue Bonaparte, Paris, p 73

El hombre es un ser para la muerte esencial y constitutivamente<sup>37</sup>, dice Régis Jolivet, repitiendo a Heidegger. Por lo tanto, el hombre es un ser destinado para la muerte: "... que al fin al cabo algún día el destino / quiera o no quiera me ha de matar", trozo sacado de la canción Día Nublado. La muerte muestra la victoria de la contingencia, de la nada, y que el hombre es un ser efímero, no indispensable, necesario, pero dentro de la fugacidad de su vida. La actitud a adoptar ante ella consiste en asumirla, como se asume la vida, en la libertad, la cual consiste en ir optándose a sí mismo, en forjar y ser su propio destino, porque es una experiencia altamente personal.

Nadie puede vivir la muerte del otro. Pero puede revestir, cuando se trata de un ser querido, el carácter de algo profundamente personal, doliente. La muerte puede arrancarnos a la persona amada, y hace que se convierta en una ausente, pero a la vez presente, porque sigue viviendo en nosotros, en nuestros corazones y mentes. Vivimos de una forma una muerte como aniquilación, pérdida definitiva de esa persona. Ya sus ojos no volverán a mirarnos; sus manos, a acariciarnos, a echarnos ánimo; su boca a sonreírnos. Eso duele y hiere profundamente. Es la idea que recorre la canción del Jinete en su refrán que dice así: "La quería más que a su vida/ y la perdió para siempre/por eso lleva una herida/por eso busca la muerte". ¿No es esto la significación de la palabra simpatía, sun, con. pathein, sentir?

#### La vida es una apuesta, la nada

El hecho de apostar la vida revela el carácter fortuito, contingente de ésta. En toda apuesta, hay dos posibilidades: ganar o perder. Esto nos lleva a avanzar con cautela que la vida se vive en base a las posibilidades por realizar; y no sólo eso, el hombre deviene sus posibilidades: que pueden ser o no ser, como su propia existencia. Apostar la vida es un acto heroico, se la arriesga, sabiendo de antemano que está privada de sentido, que nada en las olas del absurdo de la existencia. Y si tuviera uno,

<sup>37</sup> Régis Jolivet, Le Problème de la Mort chez M. Heidegger et J.-P. Sartre, Editions de Fontenelle, Abbaye Saint Wandrille, Paris, 1950, p 26

esto sería el no permanecer, el ser marinero, pasajero. Este sentimiento de lo efímero de la vida priva de sentido a la existencia entera.

Tal concepción de la muerte no puede ser aislada de las actitudes morales de una persona, de una sociedad. Cada persona o sociedad se comporta frente a la muerte como lo hace ante la vida, y en el caso mexicano: con bravura, desafío, frustración, que no alcanzan a esconder, al igual que todo humano, su angustia, su temor ante la muerte. Afirmar que la vida no vale nada es afirmar que mi vida está vacía de sentido. Es decir, al igual que Sartre, que el hombre es una pasión inútil<sup>38</sup>, que no es nada.

¿Qué es esta nada del cual habla J.A.J? No parece ser la nada relativa parcial de Bergson, citado por Jorge Manzano.<sup>39</sup>

En efecto, la nada cantada por J.A.J comprende, psicológicamente hablando, un desencanto, una desilusión frente a la vida. Esta nada está ligada a los sentimientos, a la afectividad del ser humano. No existe para Bergson la nada absoluta, sino privaciones de cosas, de entes. Pero, la nada aludida aquí tiene a nuestro juicio un trasfondo más radical; es de hecho una experiencia existencial nihilista, que provoca la angustia del ser.

El hombre es una pregunta que su vida trata de responder. Ha de apoyarse en la finitud de su vida para asomarse al abismo de la existencia. La angustia es una manifestación netamente humana que caracteriza el dilema del hombre de asumirse, por vivir su libertad. Al respecto afirma Soren Kierkegaard que la angustia es el vértigo del corazón. Apunta que aquél cuyos ojos son inducidos a mirar en una profundidad que abre sus fauces, siente vértigo<sup>40</sup>. Empero, no puede rehusar a mirar su nada. Su condición humana se lo exige, y siente así la dulzura, también la

---

<sup>38</sup> James P. Carse, citando a Sartre en su libro Muerte y Existencia, una Historia conceptual de la Mortalidad humana, FCE, México, 1987, p 406.

<sup>39</sup> Jorge Manzano, Primera Mirada y Crítica de la Idea de la Nada en Bergson, Pontificia Universitas Gregoriana, Facultas Philosophica, México, 1970, p 33

<sup>40</sup> Sören Kierkegaard, El Concepto de la Angustia, segunda edición, Colección Austral, Espasa-Calpe, Argentina, S.A. Buenos Aires-México, 1943, p 67

amargura de la angustia. Esta y la nada son dos momentos que nos hacen experimentar nuestra finitud, y ponen en marcha nuestra libertad, asumirnos como posibilidad de nuestro destino. La angustia del hombre se reposa en la nada de la existencia. Es el nihilismo en su fase vivencial.

El nihilismo, escribe Albert Camus, no es sólo desesperación y negación, sino sobre todo voluntad de desesperar y de negar<sup>41</sup>. A través de las experiencias dolorosas de no sentirse ninguna parte en casa, el hombre adquiere una convicción de su ser como aventurero. Por lo que descubre, acepta voluntariamente, y lo refleja en sus vivencias, que este mundo no tiene ninguna finalidad específica; se encamina hacia la aventura, hacia nuevos mares como él, sin más. El nihilismo, que desecha todo sentido de las cosas y lo que en ellas contiene, es la representación de algo vivencial, la irrupción de la nada que contamina todo el ámbito humano.

Desde luego, reviste un carácter intelectual, pero es antes una vivencia, una experiencia que brota desde el corazón del hombre: “Bonito León Guanajuato... ahí se apuesta la vida”, nos dice el guanajuatense. En efecto, el corazón es la instancia radical donde se fraguan el ser y el hacer del hombre. Lo que llega allí cae al último y más íntimo recinto del hombre. Es el motor de su vida, el espejo donde se ve y se siente. Mucho tiempo se lo han descuidado, y el que se atreve a mencionarlo, a inclinar su cabeza sobre su corazón es calificado de afeminado, de poco hombre, etc. Mientras las situaciones nefastas que va viviendo tanto a nivel personal como social, la decepción, la frustración, pobreza, marginación, lo van vaciando de sentido.

El nihilismo del corazón ha sepultado toda esperanza, todo amor y toda generosidad. Así pues, la persona se siente trastornada, vaciada, reducido a un producto descompuesto que a nadie le interesa. Es la despersonalización del hombre, que hoy en día se convierte en moneda corriente. La existencia y el hombre se ven envueltos en un letargo, en un laberinto sin salida. El hombre, dice Henrich Fries,

resulta tanto más utilizable cuanto más se despoja de toda personalidad, cuanto más apropiado es como material humano, en el que queda agotado su entera individualidad<sup>42</sup>. Al sentirse como nada, degradado al nivel de número, extinguido literalmente en la soberanía de su unicidad, individualidad, y ser reconocido como tal frente al todo, este sentimiento hace que el individuo se experimente no sólo a él, sino al todo como nada.

Asimismo el hombre mata a su semejante, porque la vida no vale nada; porque en él yace una frustración profunda, una amargura de la vida, lo que ostenta un no reconocimiento de su dignidad humana. Tener la vida segura es ser capaz de cegar la existencia al otro; es la negación de la otra persona. Es lo que expresa la cuarta estrofa de la canción: “Llegó Borracho el Borracho”: Gritó de pronto el borracho/ la vida no vale nada/ y le dijo el cantinero/ mi vida está asegurada,/ si vienes echando habladas/ yo te contesto con balas,/ llegó borracho el borracho”. Nadie lo puede dudar que la nada de la vida tiene también una dimensión social.

En efecto, en nuestras sociedades donde se libra una guerra atroz por el dinero, la competitividad, dejando a fuera a miles de personas en el camino del empobrecimiento, y esto no sólo es válido para México, sino para muchos países del mundo, donde la discriminación social y racial impera como norma de vida; la alteridad y la tolerancia se ven amenazadas. Esta realidad muestra con saña impúdica el egoísmo que ciega al hombre de hoy.

Las carencias, las faltas de lo imprescindible para poder vivir humanamente, los dolores, el temor por buscar nuevas alternativas, so pretexto de arriesgar lo poquito que se tiene; las amenazas que pesan sobre la existencia, todos estos fenómenos van apagando el incentivo del hombre, lo van debilitando, y hacen que no tenga ganas de encontrarle un sentido a la vida. Si, desde que nace hasta que se muera, las lágrimas

---

<sup>41</sup> Albert Camus, *L' Homme Révolté*, Éditions Gallimard, Paris, France, 1951, p 82

<sup>42</sup> Henrich Fries, *El Nihilismo, Peligro de nuestro Tiempo*, Editorial Herder, Barcelona, 1967, p127

son las que le sirven de almohada, ¿cómo pues encontrarle un sentido a una vida llevada de esta forma? El mundo necesita experimentar la bondad, la generosidad para sacarle de esta oscuridad, de este sin sentido en el que se debate. Porque el mundo ha desilusionado al hombre al prometer el paraíso terrenal; la historia, al ofrecer el progreso continuo; el hombre, al descubrir las grandezas y sobre todo las barbaridades de que es capaz de hacer.

La realidad social, como hemos dicho, influye de cierta manera en la irrupción del nihilismo mexicano. J.A.J describe esta atmósfera social que tenía poco de solidaridad, y lo tiene aún; que se debate en las pasmosas tormentas del desprecio, de la marginación, de la injusticia, las que al final tuvieron este impacto revelador sobre él, y detrás de él una gran parte de su pueblo. El tecnologismo que favorece a unos pocos no ha logrado hasta hoy colmar las expectativas del hombre. Esta lucha por el tener ha excluido a miles de nuestras sociedades, signo de su rotundo fracaso. Crea una desilusión ante la existencia; amarga, pero humana, que puede conducir sin duda al nihilismo, o a enderezar el camino recorrido. Lo último se puede lograr, si el hombre le apuesta al amor, a la solidaridad, elementos capaces de dar más fuerza y vigor a la idiosincrasia mexicana. Sólo ellos pueden devolver al hombre el gusto de vivir; si no, la vida seguirá cayendo en los mismos errores.

Esto nos confirma que sólo el amor da vida al hombre. Su ausencia puede generar odio, que no es sino una refutación del acto cometido por la persona amada. El amor se disfraza de odio, cuando el corazón se siente defraudado; es una versión implícita de ése. El odio es la confusión, la paralización del amor frente a la no fidelidad o a la no correspondencia del ser querido. Desde este punto de vista, ése se convierte en un río grande cuyo cauce desemboca en el mar del amor. Se odia muchas veces, porque se ama. Y el contrario no es verdadero, es insostenible. Y la vida se viste de pena y oscuridad cuando el amor se va.

Se prefiere la muerte, porque es una forma de vivir este momento en presencia de toda la vida, de todo lo que el hombre ha sido capaz, o bien se vive la vida como un extraño en medio de extraños, una vida en la que el hombre es incapaz de aprender de sus errores. Esto nos hace creer que la vida no es algo estático, donde nada se mueve, en una palabra no es un estado, sino un proceso dinámico, que nos abre al mundo y todo lo que contiene; es abrirse al dolor, al absurdo, al pasado, al futuro, a la muerte, aceptando su finitud y su vulnerabilidad.

En este proceso dinámico se puede volver caer en los mismos errores. Este hecho es consecuencia de la fuerte tentación que atrae el hombre, a saber de dejar que el pasado se adueñe de su mente, de su corazón. Rendirse a su insistencia, a su provocación es caer. La caída es humana, pero es dolorosa. Provoca un resentimiento en la persona humana , y J.A.J lo plasma muy bien en su canción El Último Trago, que más adelante presentaremos.

El resentimiento, apegándonos a la letra de esta canción, es la dificultad de parte del hombre de dejar que el pasado sea pasado; en otros términos, es la incapacidad de perdonar sin olvidar. Por lo que se requiere la presencia del vino para el sufrimiento sentido; hay que tomar la botella, para ser tomado por ella en su mundo sin dolores, sin lágrimas. Al fin y al cabo, el resentimiento es una libre opción de permitir que el pasado se apodere de la vida del hombre, es decir que el hombre viva en el pasado.

Por esta misma razón, no sólo se brinda entre extraños, sino la misma vida se hace extraña; uno se siente débil frente a ella, no precisamente por carencia de fuerzas, puede ser, más bien por apelar al pasado. Por lo que a pesar del desfile de los años, uno siente que su vida está enterrada debajo de las cenizas del pasado, que no hay nada nuevo, las mismas tristezas son las que embargan año con año el corazón. Éstas tienen un carácter vital, intensivo. Me atrevería a hablar de unos síntomas de lo que Nietzsche llamó el Eterno Retorno.

En efecto, éste es una lucha de querer ser diferente a lo que uno es para devenir quien se es. De parte de J.A.J se escucha un lamento en esta canción. No quiere vivir en esta situación, y quiere ser él. Vive un momento revelador cuando se percata del sin sentido de los años. Nada le pudieron enseñar los años, si el pasado tiende a considerarse, en esta canción, como el porvenir. El eterno retorno, como expresión del devenir sin fin ni sentido hace imposible el conocimiento de los fines, y lo mantiene mientras a nivel de los medios para conservarse.

El eterno retorno no determina la realidad, suspende el principio de ella, dejándolo al grado de su identidad, dice Pierre Klossowski en su libro *Nietzsche y el Círculo vicioso*<sup>43</sup>. La canción, *El Último trago*, expresa la realidad caótica de la existencia del hombre, que se desenvuelve entre el resentimiento y el olvido, entre extraños, dolores y botella.

Esta rompe las cortinas del pasado, y permite que el hombre se instale en su mundo de sueño, sienta menos el efecto del abandono, de la frustración. Se cree, aparenta ser duro, pero su gran motivo de comportarse así es para conquistar la consideración, la atención de los demás, porque vive con muchos sufrimientos acumulados, con muchos deseos refrenados. Y cuando se desahoga, muchas veces es de forma destructiva, a balazos o en la embriaguez.

La canción del último trago manifiesta el pesar de un alma presa en las garras del pasado. Es el grito de un corazón que se siente abandonado por su amada. El abandono provoca dolor y lágrimas. Y, apegándonos a la letra, estas últimas se derraman casi siempre por un amor no correspondido. He aquí la letra de esa canción:

Tómate esta botella conmigo

Tómate esta botella conmigo

---

<sup>43</sup> Pierre Klossowski, *Nietzsche y el Círculo vicioso*, Editorial Altamira, La plata, Argentina, 1995, p 107.



y en el último trago nos vamos  
quiero ver a que sabe tu olvido  
sin poner en mis ojos tus manos

Esta noche no voy a rogarte  
esta noche te vas de a de veras  
qué difícil tener que dejarte  
sin que sienta que ya no me quieras

Nada me ha enseñado los años  
siempre caigo en los mismos errores  
otra vez a brindar con extraños  
y a llorar por los mismos dolores.

Tómame esta botella conmigo  
y en el último trago nos vamos.

### Señor, eterno Dios

En medio de estas vivencias dolorosas, tristes, ¿dónde queda Dios, o mejor dicho cuál es la postura que se adopta frente a Él, cuando una vorágine de sentimientos se desata dentro del hombre? El Dios, al cual acude J.A.J en su canción, Ruega por Nosotros, sin lugar a duda es fruto de una construcción antropomorfista y social, es decir lleva la impronta de la sociedad mexicana. Las ideas que se expresan en esta canción respecto a Dios reflejan en cierto sentido las relaciones sociales de los hombres, basadas en la dominación y el sometimiento. Se concibe a Dios como el Todopoderoso, en quien el universo entero se desenvuelve. El es autor y actor de todo cuanto sucede. Su bondad es infinita, se da tanto a los pobres como a los ricos. Pero, pareciera que no comparte la vida de los humanos; es el motor inmóvil de Aristóteles, que mueve a todo, pero que no es movable. Está, pese a que sepamos que su presencia se manifiesta en todos los lugares, encerrado entre cuatro paredes, y el hombre va a vertir sus penas hacia Él. No participa de la vida cotidiana; allí está, y cuando nos sentimos acongojados por las tribulaciones de la existencia, acudimos a El, a pedirle explicaciones por lo sucedido, o fuerza para afrontar esas situaciones.

y en el último trago nos vamos  
esperemos que no haya testigos  
por si acaso te diera vergüenza.

Si algún día sin querer tropezamos  
no te agaches ni me hables de frente  
simplemente la mano nos damos  
y después que murmure la gente.

Nada me han enseñado los años  
siempre caigo en los mismos errores  
otra vez a brindar con extraños  
y a llorar por los mismos dolores

Es un Dios banquero, a quien se recurre para saldar una cuenta, mas la vida del hombre no está tejida con la suya. Pero Dios no es ningún banquero, ningún poderoso entendido esto desde el lenguaje sociológico. La idea social elaborada respecto a Dios, y este hecho es común en todas las culturas, carcome lo que a nuestro sentir es Dios. Su poder es no tener poder, es la libertad. Dios es libertad, por eso no requiere la adoración servil del hombre hacia Él.

No puede uno acercarse a Dios con los parámetros sociológicos, culturales que imperan en nuestro entorno. No es humanizante elaborar la idea de Dios por comparación a lo que sucede en una sociedad; dificulta la relación del hombre con su Creador. A Dios no es justo aplicarle el principio del determinismo, de la causalidad: El determina todo, por lo tanto, es la causa de todo. Qué forma tan fácil, y poco ética de no asumir nuestra responsabilidad en el mundo, en nuestras sociedades. Dios es amor y libertad, por lo que ningún concepto cosmomórfico, sociomórfico se debe atribuir a Él. Canta J.A.: Yo sé que tu poder es infinito /que eres igual con pobres y con ricos / y es por eso que en ti busco el consuelo / para este corazón que está marchito”.

A Dios no le podemos endosar toda la responsabilidad de todo lo que suceda en nuestras vidas. Detrás de estas actitudes se vislumbra la concepción de un Dios- objeto, con quien no tengo ninguna relación, sino de necesidades. Está fuera de mí, allí, y cuando lo necesito, lo uso. Dios presentado de esta manera representa la consumación, el punto excelso de la determinación tanto natural como social. A Dios se le conoce, se lo encuentra no de forma objetiva, no en base a un sociomorfismo deformador, a los ritos, más bien en la práctica del amor, de la libertad. Lo humano, el amor, el compartir son los atributos de Dios, y no la prepotencia, ideas como el Absoluto, la eternidad. Tampoco Dios es un policía, un castigador, que se regocija con el sufrimiento humano.

No podemos transferir nuestras concepciones de relaciones sociales a la esfera divina. Concebirlo así es relacionarnos con Dios desde una actitud de amo y esclavo,

de mando y de sumisión, convirtiendo nuestros ritos en actos de fe, lo cual es completamente falso. La fe es una entrega personal de mi persona a la persona de Dios. Implica una experiencia personal en la cual el hombre se realiza y asume su existencia en Dios. Es una amistad que nos permite entablar un diálogo de tú a tú, sin relaciones de fuerza. Está latente en la cultura mexicana la creencia de un Dios ajeno a la vida del hombre, que castiga y premia, que es en el fondo responsable de los males que nos asechan. J.A.J, con su toque poético, expresa mejor esta idea:

“Señor, eterno Dios,  
ante tu altar estoy aquí de hinojos ella se fue y yo quiero morirme  
perdónanos Señor y ruega por nosotros. Yo aunque quiera pegarte  
no puedo”

Tendemos a creer que no es a Dios en el fondo a quien el autor quiere pegar, sino a la idea de Dios que recorre su sociedad, a todo el aparato sobre el que está sustentado esa idea. Dios siempre invita a una experiencia personal, desde luego, física, afectiva, sentimental, intelectual. Es toda la persona que se lanza a esta experiencia con Él, ninguna objetividad nos puede decir entonces quién es. Sus acciones se encaminan a ayudar al hombre a luchar contra este orden del mundo que distorsiona su realidad. No está en un lugar cerrado, perdido, cósmico, sino en la persona concreta. Por lo que, conociéndolo de veras, pegarle es imposible, impensable.

En definitiva, J.A.J nos ha comunicado su idea de la vida y de la muerte, la cual sacó de la realidad, de la vivencia de su pueblo. El mexicano vive la vida como un aventurero, un errante, preso del destino, que es su propia vida. Una vida que parece ser sin futuro, que languidece entre el sufrimiento y la bebida, una vida que lleva como sombra la muerte, a la que el mexicano finge no temer, y la desafía. Una vida así no es hecha para los cobardes, los hipócritas, que tratan de proponer un sentido al sin sentido de la existencia, que cubren la miseria y el vacío existencial que vive el hombre. La vida se ha de vivir arriesgándola. En este mismo sentido, Nietzsche afirmó:

“Creedme, el sentido para cosechar la existencia más fecunda y el mayor deleite de la vida está en vivir peligrosamente...”.<sup>44</sup>

La vida está entregada a la angustia, al dolor, a las penas. Todo es vano y fugaz. La vida no merece la pena vivirse así; se vuelve nada. Tal es la última palabra de su concepción de ésta: La vida no vale nada. Se la creyó hasta tal punto que la escogió como su epitafio antes de morir. J.A. J, como otros humanos, nos dejó esta confesión de la vida. Y ¿quién no ha dicho su última palabra? ¿No será una invitación hecha a la sociedad mexicana, a cada hombre, cada mujer a inyectarle una dosis de solidaridad, esperanza y amor a la vida, a devolver el gusto y la alegría a tantos cuyo pan cotidiano son el llanto y la desesperación?

---

<sup>44</sup> Federico Nietzsche, La Gaya Ciencia, Buenos Aires, Argentina, 1967, p 148

## CUARTO CAPÍTULO: EL CONCEPTO DEL AMOR DE PAREJA EN JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

Este capítulo se plantea como propósito el análisis de las diversas formas en que se manifiesta el amor en el repertorio del cantante José Alfredo Jiménez. A través de él tocaremos las venas de la cultura mexicana a este respecto. Las canciones del autor no son una sociología del amor, mas pueden ayudar a descubrir, y no completamente entender, las maneras como vibra el corazón mexicano al vivir esta experiencia inabarcable por las palabras, que comprimimos en este verbo amar. J.A.J será la ventana que nos abrirá al sentir del mexicano en este capítulo. Las canciones, nutridas de la realidad social, la representan, y pueden convertirse en una forma singular de vivir. Este estudio sobre el amor nos llevará a reflexionar de manera breve sobre los comportamientos, ideas, actitudes de ambos sexos en esta entrega, expresión más sublime del género humano llamada amor.

El lenguaje con que J.A J nos va deleitar no es un lenguaje fuera de la realidad cotidiana del pueblo, es tan cotidiano que éste se reconoce en ellos, pero alcanza niveles, esferas que no nos es permitido a todos llegar. El colorido, entrejuego, la fuerza de las palabras se entrecruzan para pintar, como bien lo saben hacer los grandes poetas, el alma humana. Alcanzan lugares infranqueables, y expresan con claridad lo que siempre hemos querido decir. Lo poético revienta, rompe las cadenas del decir convencional, social, y nos transporta al mundo de la imaginación, de la fantasía, donde el corazón se despliega, y el habla, el lenguaje intentan alcanzarlo. La efusión e intensidad de los sentimientos, llevados en la esfera de la imaginación, redimen la limitación e insuficiencia del lenguaje y nos sumergen en el erotismo. Este es la traducción de un amor sentido en lenguaje humano; es la confluencia del sentir y del decir, la palabra que reluce, rueda sobre los labios, pero que no se pronuncia, el aire que hincha los pulmones de los amantes; es la versión más elegante, fina del deseo y del amor. Es la metáfora preferida, el balbuceo del amor.

Por otra parte, conviene de nuestra parte recalcar e insistir, si hace falta, la importancia de este tema, al lado de otros, como la economía, la política que son de sumo interés. No podemos menospreciar los sentimientos de un pueblo que revelan en

el fondo lo que es, lo que aspira, lo que siente. Y uno de estos sentimientos es desde luego el amor, pilar de nuestra vida afectiva. El amor es uno de los grandes dinamismos humanos, una manera de manifestar nuestra divinidad, de crear nuestro paraíso terrenal, de decir que sí somos inmortales porque amamos. El amor, el daímon griego que no es ni divino, ni humano, sino un espíritu, se apodera del hombre, de la mujer para hacerlo sentir a la vez Dios y hombre. No podemos ni debemos prescindir de nuestros afectos, sentimientos, del rumbo o de la curva que va trazando el corazón, so pretexto de que es más urgente cambiar las estructuras objetivas sociales.

El que es capaz de tal empresa es el que suele y sabe escuchar e interpretar el latido de su corazón, sabe estar al lado del otro, de la otra. Si seguimos considerando este punto como irrelevante y de segunda o tercera importancia, nos estamos acercando de manera vivencial al título de una de las novelas del Premio Nobel de Literatura Colombiano García Márquez: Crónica de una muerte anunciada. Será la muerte de nuestros sentires, de nuestra civilización, de nuestra afectividad y peculiar forma de vivir . El cambio socio-político y económico anhelado se realiza por hombres capaces de amar. El amor da vida, es creativo, rebelde, invierte la escala de los valores y pone al hombre por encima de ellos, de las prohibiciones sociales.

### El Dinamismo del Amor

Cuando hablamos del amor aquí en este capítulo, nos referimos de manera especial al sentimiento que se vive generalmente entre un hombre y una mujer, que les llena de pasión y hace que uno vea al otro como algo especial, idealizado. El amor se da solamente entre humanos, y humaniza al hombre. El amante, con las formas que reviste su amor hacia su amada, no puede considerarla por lo tanto como una cosa, una mercancía. Es alguien muy valioso para él. Su vida está entrañada en la suya. El amor, cuando es auténtico, sincero, quiere estar con la persona amada, no se limita sólo al cuerpo. El amor nos viene a decir que somos seres sexuados, y de esta sexualidad emanan nuestros sentimientos, pensamientos, pasiones, emociones.

Amar a alguien, una mujer es elegirla a ella por lo que es, por los valores que nos brinda nuestra observación, apreciación, y considerar su importancia, aceptar su persona independientemente de aquéllos. Es abrirse al otro, caminar junto a él, descubriendo las sorpresas, descifrando los misterios con que toda vida está hecha. El

amor implica ausencia de fuerza, de poder, manifestados en querer aprovechar, subordinar y poseer. El amor, pese a la gran pasión que le inunda, le invade, aun lo ciega, crea la libertad. Esta es la versión original del amor. La posesión aniquila el amor. Este no es forzosamente un autosacrificio . Al querer compartir sus sentimientos, su vida con alguien, el amante no pierde necesariamente algo en él, sino que crece afectiva y emocionalmente. Su vida se lanza a la exploración de nuevas fronteras, posibilidades. Se genera en la persona una nueva fuerza, nacida de este vínculo, capaz de hacer frente a las convenciones sociales que por lo general dificultan la manifestación del amor.

Es importante también no confundir al amor con el deseo sexual. Este, en efecto, puede ser un medio para satisfacer los ímpetus sexuales, sin que haya comunión, entrega generosa, creatividad en este acto. En este caso no se valora, no se responde a lo que la persona tiene de singular, tiene de especial. El deseo es intencional, busca una gratificación privada, una satisfacción personal, mientras que el amor no es sólo eso, quiere abarcar a toda la persona, su interés es muy amplio. Su estar con la persona no reviste un carácter preciso. El amor está desprovisto de un objetivo específico. Se ama a alguien, por lo que es, por lo que representa en la vida de uno, pero siempre hay un balbuceo, un silencio, un algo más indescriptible. Al amar queremos afirmar, confesar al mundo la importancia que tal persona goza dentro de nuestro corazón: es declarar que la amada tiene mucho valor, precio ante nuestros ojos.

El amor derrocha valor e importancia sin medida, sin cálculos, y hace que el amante esté al tanto, responda a lo que es su amada . Su encanto, su belleza y sus bondades tienen en cautiverio al amante; le fascinan, le deleitan. Este estado de contemplación está aromatizado por un fuerte respeto a la persona, es decir que sea siempre ella, que no violentemos sus ganas de mejorarse, de crecer. La ayuda que queremos brindar no debe ser porque para nosotros así debería ser, sino porque ella o él quiere ser mejor.

El amor no es intrínseco a la moral legalizadora. Amamos a alguien por lo que es, y aun en sus condiciones morales; pero la manifestación de este amor puede violar, prescindir conscientemente de las exigencias morales, convencionales. La moral tiende

a generalizar, a escoger lo más deseable socialmente, mientras que el amor afirma la individualidad, la singularidad de la persona. Rebasa las fronteras de la moral, manifiesta una lealtad ubicada por encima de la moral. ¿Qué decir de los padres o de las mujeres, sabiendo que sus hijos o esposos son asesinos, culpables, les brindan un apoyo incondicional, sincero, que no es moral?. Hace que el amante confiera una importancia sin par y cada vez nueva a su amada; tiene su propio lenguaje, no entendible por otros.

Los superlativos, las expresiones cargadas de metáforas expresan el grado del enamoramiento, la magnitud de esta relación. El amor no se mide según los parámetros sociales, crea y tiene su propia comunidad.

Dentro de esta idea se puede entender la canción de J.A.J. llamada: “Vámonos”. Todos los verdaderos enamorados sueñan con un mundo hecho a la velocidad de su imaginación, a la fuerza de sus pasiones, diferente de la que viven. El amor amenaza, desestabiliza, y es rebelde, subversivo. Lo cotidiano social mata al amor, al privarlo de su libertad, imponiéndole la moral fiscalizadora. En este caso, se puede convertir en una de las peores esclavitudes. El hombre o la mujer no puede renunciar al amor en nombre de algún deber moral o religioso.

El amor es como el viento, necesita espacio para recorrer.; es amigo de la libertad. Y la sociedad no tiene por qué entrometerse en este punto, ya que el mismo amor nace fuera del mundo objetivo, social, tiene su propio criterio, lenguaje, sensibilidad, etc. Lo social en todo caso sería la familia, fruto del amor, pero no éste. Aun cuando utiliza términos, códigos sociales de apreciación, valoración, lo hace con una intención creativa, especial: describir lo maravilloso de su ser amado. La creatividad en el amor es indispensable como el aire para los pulmones. Sin creatividad amorosa, que consiste en un continuo darse, en cultivar esta capacidad de poner un poco de hermosura, de sorpresa sobre lo cotidiano, el amor tiende a desaparecer.

El amor es por lo tanto la gratuidad encarnada, vivida. Es la exaltación a través de la imaginación del ser amado, de su belleza, de su forma de ser y actuar. El amante se abandona en una adoración placentera. Sus ojos dimanan alegría, están



encandilados por la amada. Su estar con ella es toda una ceremonia creativa, incomprensible ante ojos ajenos. No vive en un estado de ceguera, sino toda la persona de la amada se hace importante, valiosa y cara para él, y aun sus defectos.

En el amor se vive la desnudez del corazón, y se pone de manifiesto la personalidad de los enamorados. La realidad de cada uno resplandece con el acogimiento del otro, y se abre la posibilidad de un crecimiento mutuo. En contra de lo que piensan algunos, a saber que el amor es una ilusión, un engaño, vale la pena afirmar que el engaño es creer que el amor es una idea, en vez de considerarla como una actitud existencial ante la vida. De hecho, la humanización del ser humano pasa a través del ejercicio del arte de amar. Por más burdo o pintoresco que pueda sonar, sin amor no existe el hombre. Sus acciones carecerían de sentido y rumbo. Todo sería igual, y todo sería nada. Llevaría una vida sin sabor, ni color. Tampoco compartimos la idea de que uno ama con el fin de ser amado.

Tal concepción del amor, en efecto, empobrece la naturaleza humana, menosprecia categóricamente una de las maravillas más geniales del ser humano. El amante deja emanar el amor dentro de él, como el agua de la fuente. El amante no ama por lo bien que le pueda hacer sentir su amada, o por las satisfacciones que le pueda otorgar, sino ama a la persona tal cual es, y no como vehículo para un fin específico. El amor más que nada es un modo de vida que ennoblece y dignifica a los enamorados, es lo que nos hace sentir que la vida sí es vida, vale la pena vivirse.

En el amor que profesa una persona se entremezclan corrientes filosóficas, dogmas cristianas, elementos culturales, folklóricos, y muchos de ellos tienen sus orígenes en Platón. Mucho se ha dicho y muy largo es el camino recorrido, pero creemos que este camino se emprendió en la antigua Grecia. Y nosotros nos vamos a centrar en el Symposium o Banquete de Platón. No vamos a realizar un estudio exhaustivo respecto a este libro, mi interés es presentar de manera breve la resonancia que ha tenido la concepción platónica del amor en nuestra cultura occidental, cristiana, rescatando algunos discursos de los comensales.

Fedro empieza por decir que el amor es un dios, el más antiguo, que procura los bienes más elevados, y conduce a la vida bella. No podemos perder de vista que el amor en Platón se considera como un Bien, un ideal.

El discurso pronunciado por Aristófanes ha conmovido a toda la humanidad, lanzándola en la búsqueda de su otra mitad. El mito de andrógino ha marcado la historia del hombre y se ha convertido en el motor de una vida feliz, de un ser completo. La búsqueda de la media naranja ya es irremplazable, es motivo de muchas alegrías y de muchas frustraciones, pero no se puede renunciar a ella. Según Agatón, el amor no camina sobre la tierra, sino en el alma de los dioses y del hombre de moral no dura. El amor es flexible, suave, se adapta a las circunstancias de cada quien. Cultiva sus propias cualidades, virtudes, las cuales son: la justicia, la templanza, o sofrosine, que es el control, dominio sobre los placeres y deseos, la valentía y la sabiduría.

Es interesante ver cómo Platón va poner en la boca de una mujer llamada Diotima las definiciones, las concepciones del amor. Este acto, dudamos que sea fruto del azar, nos hace pensar o por lo menos suponer que las mujeres nos tienen mucho que enseñar. El amor lo viven y captan sus detalles como ningún hombre. Por lo pronto, Diotima empieza por decir que el amor es algo, o un espíritu que está entre el dios y el hombre, es un demonio. Su papel es el de transmitir y traducir a los dioses todo lo que venga del hombre; y a los hombres lo que viene de los dioses. Consiste también en unir a los humanos, comunicarlos entre sí. El amor nace de la unión de la penía o penuria, pobreza en español, y del poros, expedito, listo. De la madre heredó la pobreza y del padre, la virilidad, la astucia, la búsqueda de lo bello, de lo bueno. Pero, según Diotima, éstos no son sus fines principales, sino lo que buscan los enamorados es la felicidad.

En efecto, el amor tiene como objetivo procurar la felicidad de los enamorados y su inmortalidad a través de los hijos. El amor platónico busca la belleza en sí misma, prescindiendo de contactos carnales. El amor es la contemplación de la Belleza en sí. Esto se explica por la actitud tan exagerada de Alcibiades hacia Sócrates. La intensidad

y la violencia de su pasión, de sus afectos no lograron perturbar la sofrosine del gran filósofo, ni quitarle su castidad.<sup>45</sup>

Muchas de estas ideas expuestas nos revelan lo mucho que debemos a la cultura helénica respecto a las formas de vivir y concebir la vida. Algunas de ellas aparecerán de una forma u otra en el análisis que haremos a continuación de las canciones de J.A.J. No se trata de un afán de erudición, sino un interés intelectual de remontar a las fuentes a fin de poder captar el grado de nuestra inmersión en la Grecia Antigua. Como dice Irving Singer, quien cita a Alfred North Whitehead: “Toda la filosofía occidental se podía leer como una serie de notas al calce de Platón”<sup>46</sup> El amor en Platón es pues la posesión de la bondad que hay en el objeto amado. Es el deseo de la posesión constante de lo bueno<sup>47</sup>.

El deseo expresa un sentimiento fundamental en el hombre, la tendencia al tener, a adquirir, y su objeto es en aras a satisfacer, una necesidad, a llenar o eliminar un estado de vacío, de indigencia que siente el hombre. De Platón hasta hoy día, el hombre se ha manejado no sólo en función de este pilar valioso de su vida, sino también se ha convertido en un ser de posesión, de adquisición. Su vida se vuelve una continua búsqueda de cosas que a su juicio colmarán sus deseos y le harán sentir esta felicidad anhelada. Para Platón, este deseo de lo bueno es el Bien, la Belleza absoluta. De ahí se puede deducir que lo que es bueno ha de ser bello, o viceversa. El bien irriga todas las esferas de la vida. Amar la belleza como idea, forma es deseo de procrear en ella, y así serse inmortal.

El amor platónico se revela pues una búsqueda de inmortalidad, como lo es del Bien, de la Belleza absoluta. Tiene razón Irvin Singer cuando afirma: “En el platonismo, el verdadero amor y la verdadera racionalidad coinciden. En cuanto base tanto del conocimiento como de la evaluación, el Bien es el único objeto que merece ser amado o es capaz de proporcionar conocimiento de la realidad”<sup>48</sup>. Por lo tanto, el que ama conoce el Bien. El amor platónico ama el bien y no ahonda sobre el amor que se vive entre las personas, que hace palpitar los corazones, sentir que la amada es un

<sup>45</sup> Jorge Manzano, Historia de la Filosofía Antigua, segundo cuaderno, Guadalajara, Jalisco, 1987, pp34-42

<sup>46</sup> Irvin Singer, La Naturaleza del Amor, de Platón a Lutero, tomo I, Siglo XXI, México, D.F., 1992, p65

<sup>47</sup> *ibid*, p 72

<sup>48</sup> *ibid*, pp 103-104

ser incomparable, valioso, en una palabra, un don caído del cielo, independientemente de las ideas y de las formas. En el amor se valora a la persona por lo que es. Y en esto residen la grandeza y la felicidad que procura el amor. El amante platónico es un enamorado de una idea, no de una persona.

La verdad sobre el amor emerge más del corazón que de la razón; son emociones que se entremezclan, sentimientos, excitaciones, pasiones que corren por las venas y provocan fiebre en la sangre. La verdad poética plasma el corazón sobre papel, y a través de los versos se alcanza a sentir el gemido, el latido gozoso o desesperado del amante. Se vive una continua muerte y resurrección. La muerte es la ausencia del amor, del objeto amado, de la amada. Los enamorados están poseídos por un demonio, que les mantiene el corazón en llamas, y hace que su vida sea una perpetua y querida ofrenda. El amor muchas veces escapa del ámbito de la razón, no se razona, se canta.

Es el suspiro del alma, el canto alegre de un corazón que se siente acogido, mecido en los brazos de su amada. Para describir esta sensación, este estado, la razón se ve superada. Nadie puede explicar la sonrisa llena de luz que brilla sobre un rostro. Hay que recurrir a la dimensión poética, misteriosa para tratar de captarlo. Allí donde la imaginación se une con lo real movido por un movimiento intenso del corazón para intentar descifrar lo inefable, lo indecible. La hondura de la vida no se percibe, no se toca a través de grandes elucubraciones, teorías, sino en el silencio hablado del corazón que nos revela quienes somos y a dónde vamos. Allí descubrimos en contra de Hegel que no todo lo real es racional, sino también afectivo, en este caso que nos interesa. Todo lo que vivimos nos afecta, aunque la razón no pueda proporcionarnos una explicación fundada.

Nos metemos ya a analizar algunas de las canciones de J.A.J , conscientes de esta gran limitación que nos impone el mismo tema. Pero trataremos de sintonizar nuestro corazón al ritmo de sus versos para captar el sentido del amor en él. Todo lo dicho anteriormente es un intento de entender el amor en sí. Conviene ahora encarnarlo en alguien, como José Alfredo Jiménez, quien ha sabido vivir y cantar las desgracias más atroces y las alegrías más envidiables, inefables del amor.

En sus canciones veremos perfilar, dibujar los diversos estados del alma: la alegría, el goce, la tristeza, la añoranza, la decepción, los celos, el odio, el rencor, la dicha efímera que se quiere detener, en fin es la manifestación de este demonio que hace que la vida del enamorado se debata entre las tinieblas y la luz, entre el día y la noche, también lo hace gozar de la aurora más bella que todos. El amor en J.A.J está hecho de deseo obstinado de mucha fuerza, de desesperación, de lamentos, desamparo. A parte de su valor poético, sus canciones nos arrojan una ráfaga de luz sobre la sociedad mexicana.

Son canciones que nos pintan las costumbres, las formas peculiares del sentir mexicano. Nos plasma la vida, la realidad del pueblo mexicano con sus grandes y pequeñas euforias, pasiones, sus impulsos, sus deseos, valores y sus locuras. Sus canciones cumplen una función social como se pudo apreciar en el segundo capítulo. A la vez los sentimientos que surgen de ellas corresponden, hacen justicia a los de su sociedad, a lo que creen, piensan y viven. Algunas son de una frescura y una suavidad semejante al amanecer primaveral, a la brisa del mar tropical. Para el oyente de esas canciones, éstas se parecen según las que se escucha a un paraíso visto desde lejos, y también a una tempestad contemplada desde el balcón. El amor humano es felicidad y desdicha. Por él nos adentramos al corazón de la vida. Y J.A.J nos va a pintar las ondulaciones, las resacas que sufre el corazón en este mar de amor.

### Amor feliz

El amor en J.A.J suele vestirse de alegría. Es el sentimiento que nos hace sentir que estamos bien con nosotros y con el mundo. La alegría es uno de los sentimientos más placenteros; el mundo nos sonríe, y sonreímos al mundo; nuestro corazón palpita y quiere desbordar. La alegría amorosa es encontrar y sentir el amor, el cariño de su amada. El amor se atreve a ponerle color, galantería, palabra, calor a sus sentimientos. Deviene erótico. El erotismo es el amor transformado en poesía, en palabra, caricias. Es la presencia fascinante del otro, de la otra que con su ser nos abre el paraíso. Es exaltar como J.A.J:

Qué bonito amor, qué bonito cielo,

qué bonita luna, qué bonito sol.

Llama a todas las fuerzas de la naturaleza para externar su alegría. El amor hace al hombre uno con la vida, con la naturaleza. Es una ceremonia donde todo el universo se congrega para ser testigo de este gran evento: el corazón que se entrega libremente al amor, que se siente amado por alguien. En el santuario del hombre se alaba y canta a la amada, y eso es posible gracias a la imaginación, al erotismo. Paz ha de afirmar que éste es la potencia que transforma al sexo en ceremonia y rito<sup>49</sup>.

No hay ceremonia más maravillosa que la de convocar a la naturaleza para que contemple los prodigios del amor. El erotismo es el corazón mismo poseído por el demonio- amor que se plasma en los actos, en las palabras. Sin él, el amor pierde su lenguaje, su encanto; se condena al mutismo tanto verbal, como corporal. Desaparece. El erotismo es decir al otro que: “tengo hambre, sed de tu presencia. Quédate cerca de mí, para que mi corazón aspire a la alegría, se mezca en el tuyo” o como lo dice J.A.J con toque artístico y poético en su canción Qué Bonito amor:

“Ven juntito a mí quiero que tus manos me hagan mil  
caricias quiero estar en ti”.

Es la forma más bella, más humana de clamar por la presencia calurosa de la amada. Gracias a él dos corazones se vierten uno en el otro. Una vez más el hombre se hace uno con su palabra, tanto hablada como gestual. La palabra que le desnuda ante ella, le sirve de espejo para verse, le cobija a la vez con los besos de la amada:

Quiero que me beses como tú me besas y después te vas.

---

<sup>49</sup> ibid, p 10

El hombre abrasado por el fuego del amor se maravilla, canta ante sus manifestaciones; pero sus palabras no pueden decir lo todo, penetrar este misterio que es el amor, entendiendo la palabra misterio en su acepción antigua, es decir una verdad cuya comprensión plena se revela imposible. El misterio de amor es objeto de canto, de contemplación, no de entendimiento. Queda velado bajo la efusión de los sentimientos. Sólo se puede recurrir a las metáforas, con la ayuda de la imaginación para expresar la magnitud, la hondura del amor que cabalga dentro del amante. El cielo, en el caso de esta canción: “Qué bonito amor”, representa, simboliza el carácter divino del amor; la luna, tan bella, tan romántica, es la madre del erotismo; la que alumbra nuestros pasos y nuestros corazones, inspirándonos, revelándonos el lenguaje del amor. En la noche nos sonríe, nos acompaña, resplandeciendo, bailando sobre las aguas, los árboles. El sol es la majestuosidad, la que pone calor y brillo sobre nuestras vidas.

Apelar a esas entidades es querer demostrar lo inabarcable que es el amor. Gracias a él, pese a su carácter temporal, podemos hacer frente al tiempo. Porque con él gozamos la plenitud, nos llena de un contenido absoluto, y nos hace entrar y probar el paraíso, que no es otra cosa que sumir su corazón en el de la amada, o del amante. Pero cada uno sigue siendo él mismo, no es una fusión, es una ofrenda. La individualidad de cada uno es respetada, por eso mismo el amante ama a su amada, por lo que es ella y viceversa. El yo y el tú forman un nosotros conservando las singularidades propias de cada uno. No es un gran Yo dentro del cual cabe un pequeño tú. El amor es mutuo y recíproco.

En efecto, cuando se vive la reciprocidad en el amor, los amantes se transforman, se sienten absorbido por completo por la persona amada. Es como si estuvieran arrancados de su nido vital. La reciprocidad generosa y espontánea es la prueba de la entrega total del amor. Reconstituye e integra al hombre, a la mujer, llena la vida, pese a la fugacidad de ésta, de plenitud. El presente se funde con el futuro. Es la eternidad presente. El alma se siente colmada. Este sentimiento vivido y sentido por una persona y dirigido sólo hacia ella, recalca el valor absoluto, insustituible que dicha amada goza a los ojos de su amante. Es la aceptación total, porque es fruto de una elección libre. Sin la libertad de ambos, no hay amor. No es una idea bonita, sino una dimensión esencial que fundamenta toda relación sincera, toda entrega.

En el amor se unen, paradojas de la vida, el destino y la libertad. Si el destino se cruza en la trayectoria del amor es para decirnos que no hay fuerza más invencible que él. Lo fortuito tiende su mano a los sentimientos estrictamente humanos, y del calor, de la intensidad del encuentro, brota con vigor el amor, libre, jovial y bello. La media naranja no conocida, se reconoce por alguna casualidad, y se la elige, se la acepta, como ella al hombre. Lo casual desata sentimientos jamás vividos, nos une con la amada, con la vida, nos hace gozar de su presencia, de su cariño, y nos hace confesar, al igual que J.A.J en su canción “Cuando sale la Luna”:

“Cuando estoy entre tus brazos, siempre me pregunto yo,  
cuánto me debía el destino,  
que contigo me pagó”.

El amor nos hace capaces de mirarnos con dulzura y ternura, de reconciliarnos con nosotros mismos, de reencontrarnos por los caminos de la vida. Nos impulsa a ser lo que somos, a emprender el camino de la perfección. Porque el amor es una invitación hecha al hombre a fin de crecer, de humanizarse. Se da, más que uno lo da, más lo recibe, lo goza. Su esencia misma es ver al otro realizado, pleno, rebotante de alegría, de libertad. Por esta razón, se erige en un atrevimiento a la sociedad, a las reglas establecidas.

Por otra parte, en esa canción, uno descubre cómo el amor es capaz de redimir al hombre. Provoca que todo sea una poesía, un canto a la vida, aptos para ser entendidos sólo por un enamorado. El amor les crea un mundo a parte dentro de este mundo, les convierte en personas únicas lo uno para la otra. Es toda la persona con todo lo que es que participa de esta comunión y entrega: con cuerpo y alma se ama. Como dice Ludwig Wittgenstein: “el cuerpo humano es el mejor retrato del alma humana”<sup>50</sup>.

---

<sup>50</sup> David Morris, citando a Wittgenstein, en su libro La Cultura Del Dolor, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1996, p35



En efecto, gracias al cuerpo, el hombre puede perfumar a su amada de su erotismo, hacer metáforas, asemejándola a una fuente, a la montaña, a la luna, serena y bella. Con el cuerpo, el amor crece, se hace humano, erótico. La imaginación se despliega para expresar, descifrar lo indecible. A través de un beso se vive la entrega de toda la persona, es un momento sublime en que dos corazones se cruzan para dejar nacer el cariño, signo de amor, de gran revelación, de decir al otro que te llevo dentro, que tu nombre, tu persona corren ya por mis venas. El amor no se paga que por amor, por la misma ofrenda hecha por el otro. Agrega más vida a la vida en la entrega gustosa, creativa, libre de los amantes.

De esa entrega brotará la fidelidad, que no es sino una manera de responder al amor generoso recibido; es también un acto de fe en la persona amada, un creer y saber lo insustituible que es el otro en la vida de uno. Ser fiel es testimoniar de lo irremplazable que es el amor mío por mi amada. La fidelidad requiere de la creatividad de ambos, es elegir ser un eterno enamorado para el otro, es decir sí al amor, pese a ser expuesto a los vendavales del tiempo. La vida se vive con exaltación, se hace un rito de continua ofrenda. Es la vida que se ofrece, como el sol al día, aun con sus variaciones. Si la vida no es una ofrenda libre, amorosa, es vivida de manera egoísta, y estos versos de J.A.J lo plasma mejor que nadie:

“Por eso es que ya mi vida, toda te la entrego a ti,  
tú que me diste en un beso, lo que nunca te pedí.”

No es que el otro lo quiera cobrar, sino la misma intensidad, sinceridad y generosidad del amor sentido no lo puede dejar sin respuesta, que ante todo ha de ser libre y sincera. A través de este beso todo el amor lleno de erotismo se entrega. Es demasiado bello, grande para describirlo. Esa canción es de una belleza poética sin par. Es un demonio quien habla por la boca del cantante. Esas cosas bonitas que le quiere confesar van desde la sonrisa, el brillo de los ojos, el encanto de la mirada, los movimientos ondulados y salseros del caminar. Recorre la sencillez, la sinceridad, el amor profundo. Todo el ser de la amada es objeto de adoración de inspiración; es la media naranja encontrada. El encuentro con la amada colma la sed de complementariedad del amante. El amor colinda con la locura, fruto de la efusión de

la intensidad de los sentimientos. El corazón se infla y la imaginación vuela al más allá para abrazar el más acá.

La inspiración es sentirse poseído por la fuerza del amor. Las cosas bonitas que dirige el cantante a su amada no las inventa, las saca de la persona misma de su amada. No se trata de manifestaciones afectivas superficiales, o dichas para conseguir algo de la amada, sino es el corazón que exige al lenguaje ser su intérprete. El amor no se manifiesta a través de sentimientos fútiles, que se dicen por decirse; al contrario cada palabra lleva un sello cordial, cada gesto encierra el corazón del enamorado. El hombre es palabra, y la palabra está lanzada a una persona considerada como tal, no como objeto. El amor no admite el binomio sujeto- objeto; se da entre personas. Es un sentimiento profundo y exclusivo. El amante derrama su querer a una persona especial e única, y día con día, pese a los obstáculos de la vida, porque se desenvuelve en los brazos del tiempo, va viviendo su metamorfosis, se va embelleciendo, creciendo o como dice J.A.J:

“Yo sé que no hay en el mundo, amor como el que me das,  
y sé que noche con noche va creciendo más y más.

Las canciones de José Alfredo Jiménez logran sacar al amor de los rincones oscuros de sentimientos guardados, escondidos para constituirlo como una forma, un pilar de la vida humana. Describe las cadencias, los palpitos que vive el corazón en su proceso de enamoramiento. El amor es un sentimiento que abarca todo el ser de la persona. La figura de la amada se lleva impresa en el alma. Todo el pensamiento, todos los latidos del corazón gritan por su presencia. El enamorado vive en una actitud de total entrega a la otra. Las distancias antes existentes, infranqueables, se van eliminando con el calor de los tratos, la frecuencia de los encuentros. La vida mía poco a poco se agranda, se fortifica para convertirse en “nuestra”. Se puede hablar de nuestra porque las dos vidas se unen y convergen al mismo punto, apuntan hacia la misma dirección: amarse con todo el cuerpo y el alma.

El verdadero amor por lo tanto no puede menospreciar ése; todo empieza desde allí y desemboca hacia un lugar que ha de crear los amantes. El cuerpo se revela el vehículo indispensable para la concretización, la manifestación del amor. El amor no se reduce a sus manifestaciones, siempre desborda sus límites. A las manifestaciones hay que agregarles un más, que es mágico, misterioso, indescriptible, incapaz de captar, mas no de sentir.

Acercarse al otro es estar percibiendo, sintiendo al otro como otro, diferente de mí, pero igual a mí en su valor, en sus derechos los más sagrados. No se trata solamente de una cercanía física, sino sentimental, afectiva y mental. Es un acto de inclinar toda su persona hacia la otra para tomar el pulso de su vida, escuchar el latido de sus esperanzas, ver brotar desde el más profundo de su ser sus preocupaciones, sus temores y sus alegrías. Acercarse es ponerse en el corazón del corazón de la persona amada. Es un “aquí estoy” con todo lo que soy, lo recibido por la sociedad, sujeto a perfeccionarse, con todas mis fuerzas, mi capacidad creativa, con todo mi amor, mi comprensión, toda mi compasión para amarte. Canta José Alfredo en su canción “Llegando a Ti”:

“Poco a poco me voy acercando a ti,  
poco a poco la distancia se va haciendo menos, yo no sé si tú vives  
pensando en mí  
porque yo sólo pienso en tu amor y en tus besos”.

Acercarse implica también un querer compartir los sueños, las tristezas, las esperanzas, las lágrimas y las alegrías; en una palabra es compartir la vida con la persona amada sin dañar su libertad. El acercamiento no debe llevar a una posesión. Me acerco al otro con respeto para ir logrando juntos una mayor humanización de nuestro ser. El amor en el fondo es un ejercicio de la libertad. Renuncia a la posesión porque cree en el valor absoluto, inquebrantable del otro. La posesión tiende a cosificar al ser. El amor es la libertad con sexo y apellido, pero no es un culto, un querer a las cosas, mucho menos a las personas tratadas como cosas.

Cuando tal sentimiento tiende a la posesión se vuelve egoísta, por lo tanto no es amor. Destruye, elimina la individualidad, la singularidad de la persona amada. Para que recobre su sentido original, los amantes han de salir de sí mismos, de su caverna

para mirarse en el otro, en los otros, ir más allá de uno mismo. Amar es vivir fuera de su caverna. El amor lo constituyen, a parte de otros aspectos, la libertad, el deseo, la inocencia, la pasión, la espontaneidad, la comprensión, la entrega, todos concentrados, mezclados en un sentimiento y pronunciado a una sola persona. Esto constituye su misterio, su belleza, ¿por qué no? su locura.

Por otra parte, decíamos que el amor es un sentimiento que escurre, invade todas las esferas de la vida. En efecto, ése es una creencia ciega a la vida, al querer de la otra persona. Sin embargo, hay que aclarar que este sentimiento no previene a los amantes de los riesgos, males, desgracias inherentes a la existencia misma, pero sí les da valor, sagacidad, coraje, paciencia para defenderse de ellos. El amor desborda los límites objetivos de la razón. Donde se prevé un fracaso rotundo de los amantes, sale victorioso. El amor saca fuerza de su debilidad, paradoja de la vida, opera una revolución, desata un cataclismo que remueve todo y del que no se puede saber ni calcular la magnitud del cambio orquestado. No sin razón Julia Kristeva se pregunta: “¿Sería Eros donde la dialéctica se forma y también se abre hacia un daímon que le desborda<sup>51</sup>?

El amor es la unión de los opuestos, un sentimiento que nos embarga y nos lleva a la contemplación, a la adoración de la persona amada. Es un sentimiento activo, que tiene por meta la persona amada. Su objetivo es estar con ella, tachonar nuestro cielo de sus estrellas. El camino del amor es tan impredecible que ninguna mente humana puede prever su puerto de arribo. Es una experiencia que va reduciendo todas las distancias, los abismos existentes entre dos personas para ofrecerles un rumbo común, que ellos han de crear, recorrer.

Por otro lado, estar pensando en el otro es estar ligado de manera profunda y radical con él; es cultivar la capacidad de estar en la otra persona aun a distancias, de mirarla sin tenerla en frente. Pensar amorosamente en alguien es confesar que mi vida ha dejado de ser una para volverse plural, que se ha unido, entretelado con la de otra. Consiste en ocupar mi mente y mi corazón con la persona de la amada. Las esferas más recónditas de mi ser pronuncian su nombre, lloran por sus besos, por su tierna presencia. Esta actitud hecha canción por el autor presupone, exige una fuerte dosis

---

<sup>51</sup> Julia Kristeva, Historia de Amor, siglo XXI Editores, cuarta edición, México, D.F, 1993, p63.

de amor. Este acto de estar psicológicamente caminando, de estar continuamente en marcha desde mi persona hacia la amada es un signo del amor, su manifestación fundamental. El amor, decíamos, es activo, sale de sí, va hacia la otra persona para unirse con ella, disfrutar de su cálida presencia, de todo lo que es. En esta misma línea apunta Ortega y Gasset: “El amor no es un disparo, sino una emanación continuada, una irradiación psíquica que del amante va a lo amado<sup>52</sup>. El amor es una corriente incontrolable que nos lleva hacia la amada.

El amor entonces no sólo es bonito, sino quiere lo bueno, cuando dos corazones lo sienten y lo viven. La entrega que se hace es de la vida, no de unos instantes de ella, porque es toda la persona que queda encandilado, maravillado por la presencia, el ser de la otra, y quiere con todo su ser recorrer el camino del amor con su amado. El amante se siente entregado a su amada. La entrega nace de un ámbito que es más fuerte, más radical que la propia voluntad, el entendimiento, aunque los incluya. Estas facultades se ven arrastrados, rebasados por un poder mágico, inexplicable. El amor del amante se vierte de manera completa hacia la amada como un río al mar o como canta José Alfredo:

“Qué bonito es querer como quiero yo qué bonito entregarse todito completo, yo no sé ni pregunto cómo es tu amor pero a ti como a mí no nos cabe en el pecho”.

Por otra parte, en esa misma canción se confiesa una verdad conocida de todos los enamorados: la lejanía causa estragos, sufrimientos al amor. El que se queda se ve derrumbar sobre su vida el mundo, el horizonte se cierra sobre sus pasos. El dolor se adueña de su alma para vestirla de luto. Es real porque nuestro estado anímico no es lo mismo cuando gozamos de la presencia del ser querido. A duras penas esforzamos por estar allí, mientras nuestra imaginación bajo el orden de nuestro corazón vuela para unirse con la persona amada. El dolor construye su morada en nosotros en la ausencia del ser amado, nos vuelve a recordar siguiendo a Alfred de Musset, gran poeta francés del siglo diecinueve, que el hombre es el aprendiz y el dolor su maestro.<sup>53</sup>.

<sup>52</sup> José Ortega y Gasset, *Estudios Sobre el Amor*, segunda edición, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, España 1966, p71.

<sup>53</sup> Alfred de Musset, *La Nuit d'Octobre*, 1837, en *Oeuvres Complètes*, Philippe Van Tieghem, ed. Paris, Seuil, 1963, p 158.

Triste verdad, pero eso no quita su carácter verídico sobre todo cuando se trata de dos enamorados que viven lejos uno de otra. Muchas veces el dolor nos enseña cómo vivir y cómo amar, a saber valorar lo más valioso de la vida, de la amada, pone a prueba nuestra capacidad creativa, nuestra fuerza de soportar los embates del amor. Por el dolor se llega a desarrollar la capacidad poética, a ponerle palabra y color a los gemidos, quejumbres del corazón; nos hace estar al tanto de él, ubicarnos en el corazón de nuestro corazón. Por lo que el amante, pese a su lejanía, sabe la pena, el indecible sufrimiento que embarga el alma de su adorada. Siente con y en ella la tormenta que azota su alma. Sufriendo como ella, tiene la fuerza de compadecerse de su dolor:

“No me digas que no sufriste, que no extrañaste todos mis besos,  
no me digas que no lloraste  
algunas noches que estuve lejos”.

Esto es en efecto el sentido original de la compasión, que es un sentir, un padecer con el otro. Esta cualidad implica un profundo y sincero amor, si no cae en la lástima, completamente ajena al amor. En él no cabe lugar para ella, que consiste en una actitud de mantenerse como espectador, lejano afectiva y sentimentalmente frente a la situación que vive el otro; al contrario es sentir y vibrarse con lo que le pasa, le acontece al otro. En una palabra, es tener todo el ser enfocado, sumido en la otra persona, sin exagerar, sin perderse. Es una conducta muy afectiva, amorosa y respetuosa. El amor desborda nuestro pecho, nuestro cuerpo, mas no las fronteras del respeto a la identidad, singularidad de cada uno de los enamorados, no rebasa los límites de la libertad. Esta es su condición sine qua non, indispensable para que se pueda desarrollar.

Tal sentimiento hace brotar lágrimas de gozo por el prodigio, las maravillas que produce. El amor nos hace sentir únicos, valiosos a nuestros propios ojos. No es un narcisismo, sino una autoestima basada en una personalidad bien arraigada, que ha sido amada. Las lágrimas que invaden el rostro tratan de reflejar la alegría que inunda el corazón. El hombre no sólo llora de pena, dolor y sufrimiento, sino los momentos de éxtasis, de reconciliación consigo mismo y de encuentro de un verdadero amor le incitan a bañar su cara de sus dulces y deliciosas lágrimas. A los ojos de un extraño puede parecer burdo el hecho de ver a alguien llorar, pero quien puede explicar una experiencia tan íntima, profunda.

A través de las lágrimas el corazón se dirige siempre a su destinatario, lo dice lo que la boca no llegará jamás a pronunciar; la efusión, la efervescencia del corazón escapan al lenguaje, y se sirven de todas las lágrimas del cuerpo para expresar sus sentimientos. En este caso el alma busca una fuga para no ahogarse en su río de júbilo. Llorar de alegría vivifica al hombre, nos hace sentir uno con el mundo, con la vida; experimentar cosas que ninguna boca haya podido pronunciar. Hay algunos que lo han intentado, y uno de ellos es José Alfredo. Canta así:

“Poco a poco me voy acercando a ti poco a poco se me llenan los ojos  
de llanto

qué bonito es llorar cuando lloro así,  
con tu amor, junto a ti y adorándote tanto”.

De hecho, es un acto de agradecimiento a la vida, de amor a la adorada y de valoración de sí mismo en la humildad. Así es bonito llorar cuando dos vidas se unen para descubrir y vivir las maravillas del amor, este noble e insondable sentimiento. Vivir en el -del- amor es experimentar las bondades, la belleza de otra persona que nos inyecta ilusión, esperanza, fe y ganas de vivir.

La canción “Paloma Querida” describe el júbilo de un amor vivido, la alegría incontrolable de una vida transformada. El día en que otro corazón responde a la llamada del nuestro es un día inolvidable, significativo. Todo se viste de gala. La vida sonrío. Este acontecimiento es motivo de un brindis a la mexicana. Se brinda por ella, por su amor. Se emborracha uno de vino como el alma de alegría. Allí entra el aspecto cultural: un amor conquistado, logrado se festeja con el vino. Para motivos de júbilo o

de tristeza el tequila está presente, pero en esta ocasión es para celebrar un amor conquistado que vino a poner belleza, color sobre una vida aparentemente carente de ella. Así canta José Alfredo la irrupción del amor en su corazón:

“Por el día que llegaste a mi vida, Paloma querida me puse a brindar, y al sentirme un poquito tomado, pensando en tus labios me puse a cantar”.

La metamorfosis que se da en el amor nos hace creer que no somos los mismos. Algo ha sucedido bajo el cielo de nuestra vida. El sol del amor ha logrado brillar sobre nuestro abismo. Vivir del amor es vivir fuera de él. El amor nos devuelve sabor a las cosas y al mundo, y no sabemos con qué pagar tanto derroche de amor. Se recurre a las metáforas, a las idealizaciones para ponerse a la altura de las circunstancias, presentar su ofrenda, mas pronto uno se da cuenta que la mejor es la entrega de sí mismo. El amor prodiga un regocijo, una plenitud de placer, de satisfacciones al encontrar en la persona amada la fuente de todos los bienes. Con su toque magistral, poético, José Alfredo se dirige a su Paloma de la forma siguiente:

“Me sentí superior a cualquiera,  
y un puño de estrellas te quise bajar, y al mirar que ninguna  
alcanzaba, me dio tanta rabia que quise llorar”.

De estos versos sencillos, pero ricos en contenido, vemos emerger con fuerza la pasión de este amor. Hay que ser enamorado, probar la dicha del amor para hablar así. En esta canción J.A.J nos revela un secreto vital, a saber que la falta o carencia de amor no es sino falta o carencia de vida. El andar se hace más difícil; el camino, más largo, y la fuerza más débil. La esperanza, la alegría se desvanecen de la profundidad del corazón que late sin ver desfilar ningún nombre, ningún rostro, ninguna silueta, sombra de vida. En el fondo, ésta no se mide por las cosas poseídas, por la longevidad gozada; es el amor dado y recibido lo que hace una vida humana. Aquí no existe un criterio objetivo, es el corazón que nos lleva a seguir sus pasos, a explorar nuevos horizontes, a emprender nuevos caminos.



La vida vale lo que de amor tiene en ella. Si el hombre y la mujer son capaces de amarse, es porque el amor, el daímon como dirían los griegos, ha construido su morada, ha abierto una herida de manera definitiva en el corazón de la humanidad. El amor es el que cambia, decíamos, erige al hombre nuevo, a la mujer nueva, poco a poco van emergiendo como el amanecer de la noche para resplandecer de alegría y de vida al igual que el sol. El encuentro con el amor, interpretando a J.A.J, no puede dejarnos indiferentes, iguales. Hay que responder desde lo que uno es. La falsa humildad no tiene cabida. El amor es para la vida lo que el aire para los pulmones, y José Alfredo lo sabe, lo siente cuando canta:

“Yo no sé lo que valga mi vida, pero yo te la quiero entregar,  
yo no sé si tu amor la reciba, pero yo te la vengo a dejar”.

La llegada del amor es semejante a la luz que disipa las tinieblas. Es la sonrisa que devuelve brillo y vida sobre un rostro en luto, sin esperanza. El amor va logrando sus cambios en los amantes, invitándoles, capacitándoles a una mayor entrega, es decir a más dicha y felicidad. Más uno se da a la amada, más el corazón baila de júbilo, y lo recibido parece incomparable con lo dado. Este es el secreto del amor, de la vida, si no se da, se comparte, se vuelve insípida y se pudre en el narcisismo. El peor sufrimiento que pueda vivir una persona es no haber dado a su corazón la posibilidad de latir por alguien. Así se vive como un peregrino solitario, perdido en el camino de la vida sin Dios y sin fe. El otro nos puede ayudar a encontrar el camino perdido. Es lo que nos dice José Alfredo en esta bellísima copla:

“Me encontraste en un negro camino, como un peregrino sin  
rumbo y sin fe, y la luz de tus ojos divinos,  
cambiaron mis penas por dicha y placer”.

En efecto, sin la entrega el amor se convierte en un sentimiento cínico y egoísta. Al respecto, Soloviev sostiene en su libro *Le sens de l'amour* lo siguiente: “El amor, como abolición efectiva, real del egoísmo, constituye para la individualidad la

verdadera justificación, la salvación real<sup>54</sup>. Todo amor, toda entrega presuponen, más bien exigen la superación del egoísmo. El amor como entrega es vida, e inyecta una fuerza vivificadora a los amantes. Darse al otro es reconocer al otro como otro, con una personalidad propia, digno de todo nuestro querer. En el amado nos descubrimos y descubrimos la bondad del amor; un amor que enmaraña la responsabilidad y creatividad de los dos. En el amor querer entregarse consiste en elegir vivir en perpetuo enamoramiento. El otro al realizar este acto me ofrece lo mejor de su persona; se vierte en mí a fin de que su persona, sus bellezas cubren de gozo, de luz mi horizonte existencial. Y la mejor manera de recibir este don del otro es darse uno también con amor. Dejemos cantar a J.A.J:

“Desde entonces yo siento quererte con todas las fuerzas que el alma me da,

desde entonces Paloma querida,  
mi pecho he cambiado por un palomar”.

Lo dicho aquí abarca muchas otras canciones, Cariño del cariño, Ella volvió, La mano de Dios, Muchacha bonita, que no difieren en gran cosa de la temática abordada. A fin de evitar repeticiones, no las hemos sujetado a un análisis semejante al que llevamos en este trabajo. Las canciones estudiadas y las que acabamos de citar, a excepción de la primera, pueden denominarse como: “El Perfil del Amor feliz”, logrado en J.A.J. En ellas, la mujer es alabada; su persona es hecha de felicidad y de dicha. Todo en ella derrama alegría, vida. Es la promesa realizada, el sueño hecho realidad, la media naranja buscada y encontrada. Se canta sus bondades, su belleza, su dicha de ser mujer. En ella, se da la impresión de que el amor se ha hecho carne, y lleva el nombre de la amada.

El hombre hace muestra de su finura, galantería; adopta una actitud de reverencia hacia la amada. Se cree no merecer tanto derroche de amor de parte de ella. Se rebaja, elabora una concepción modesta, aun falsa de su persona para resaltar las maravillas de la dichosa. La mujer se convierte en fuente de inspiración, de gracia y de vida. Es ella la que redime al hombre, aparece como la salvadora, la consoladora de los corazones perdidos, motivo por el cual el amante quiere entregarle toda su vida. Es la aurora de la mañana, un oasis en el desierto existencial del hombre. Con ella, la

<sup>54</sup> V. Soloviev, Le Sens de l'Amour, Aubier Éditions Montaigne, 13, Quai Conti, Paris, 1892-1894, p 38.

vida es vida, vale la pena vivirla. Todo su cuerpo, su mente, su corazón mantienen al amante en un estado de constante contemplación, de perpetua adoración. En una palabra, se vive una cierta idealización de la amada.

Por ser obra humana, el amor envuelve en su seno la dicha y la desgracia. José Alfredo ha vivido este último estado y lo ha sabido plasmar en muchas canciones, como Amarga Navidad que analizaremos a continuación. De su enorme repertorio afin a este punto, escogeremos algunas. El amor en J.A.J recorre de la felicidad, del paraíso, de la alegría a la tristeza, desdicha, traición. La realidad humana, por lo tanto, la mexicana está reproducida en ellas, donde se puede percibir el corazón sangrante, lleno de decepción y de congoja. Acompañaremos al autor en esas canciones que sin duda le han marcado profundamente tanto a él como al pueblo mexicano, al hombre en general en sus experiencias amorosas.

### El Amor y la partida

#### AMARGA NAVIDAD

Acaba de una vez de un solo golpe  
por qué quieres matarme poco a poco,  
mucho miedo,  
si va a llegar el día que me abandones  
prefiero corazón que sea esta noche.  
hay remedio

Y ya después que pasen muchas cosas,  
que estés arrepentida, que tengas  
vas a saber que aquello que dejaste  
fue lo que más quisiste pero ya no

Diciembre me gustó pa' que te vayas  
que sea tu cruel adiós mi navidad,  
no quiero comenzar el año nuevo  
con este mismo amor que me hace tanto mal.  
hace tanto mal.

Diciembre me gustó pa' que te vayas,  
que sea tu cruel adiós mi navidad,  
no quiero comenzar el año nuevo

Esta canción no interpreta una visión del otro mundo, sino lanza un grito, que es el último esfuerzo del corazón ante el abismo. En él se unen la vida y la muerte, la valentía y el miedo. El grito es la síntesis de nuestra condición humana. En esta canción, J.AJ nos lleva a meternos con un lenguaje sencillo en la sutileza, la tormenta

de la pasión. El amor es una espada que puede destrozarse la vida. Cuando el calor de su magnetismo se enfría, el amor hace sufrir. El abandono es la verdadera muerte que pueda sufrir un amante o amado. Marcharse no es sólo decir adiós, sino privar a la persona de su encanto, de su motivo de esperanza, de felicidad.

Decir adiós es cerrar todo horizonte, es aniquilar todo intento de vida. El amor, esta pasión que une y da vida a los enamorados, también es portador de muerte. Se nota un cierto aire de valentía. Si el abandono es un hecho irreversible, vale mejor sorber la amargura lo más pronto que se pueda. El adiós es cruel, pero se acepta, se lo vive aparentemente con heroísmo, mientras el corazón se oprime, se deshace en llanto y desesperación. Estamos ante la locura de un amor, que acepta el abandono sin reprimir su dolor, y a la vez sabe que es irremplazable en la vida de la amada.

Ella, la mujer, es la que abandona, se vuelve ausente. La mujer se pierde, se hace lejana, y apaga el fuego del amor en él. “ Que mi navidad sea tu cruel adiós” es una frase que anuncia el dolor implacable que se apodera del corazón. El dolor, como dice David Morris, no solo hiere, sino que suele frustrar, confundir, chocarnos<sup>55</sup>. Esta frustración es la que se plasma en esta canción, porque los intentos de detener a la amada se convierten en un fracaso. El corazón se siente sumido en el abismo, y la presencia de la otra se aleja, se hace fugaz y neblinosa.

No querer empezar el año nuevo con este mismo amor es querer ponerle un alto a los latigazos que está recibiendo el corazón, prisionero del rostro de la amada. Hay mucha efusión de sentimientos, mucho dolor que se comprimen en las palabras. Cada una se une a la otra para desahogar al corazón de su tempestuosa calamidad. El amante afronta la traición de su amada. Como toda traición, debilita y hiere. No hay una palabra que pueda describir el dolor provocado. Es el mundo que se cierra a su paso. En su adiós lleva con ella el alma del amante, las sonrisas de la vida y los placeres que suele prodigar su presencia; sus razones de vivir y cantar se esfuman como ella en el horizonte sin nombre. El rencor sentido no es vano, la fiebre del amor que revienta sus poros, no puede aceptar así la derrota, el abandono. El corazón guarda sus recuerdos, y a veces reaviva sus penas, por lo que en ocasiones quiere cobrar su

---

<sup>55</sup> David Morris, La Cultura del Dolor, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, p19.

venganza. Cuando la amada se dé cuenta de que el amor dejado era el de su vida, su nombre se había borrado ya en el corazón de su amante.

El amor en J.A.J causa estragos y devuelve el mal cometido. El corazón se deja abrazar y abrasar por el fuego de la pasión. La venganza y el amor se mezclan para hundir a los enamorados en el abismo sin fondo. Abismarse, dice Roland Barthes, es un ataque de anonadamiento que se apodera del sujeto amoroso, por desesperación o plenitud<sup>56</sup>. Es, en efecto, no encontrar lugar para refugiar sus penas. La otra a la que cantaba mi querer, me unía, desaparece. Uno se siente víctima de una fatalidad, de un catástrofe. El mundo no existe ya ante sus ojos, porque no hay lugar para mí. Los brazos que me solían acoger, abrazar y acariciar se fueron junto con la persona amada, por lo que se hunde en el abismo para buscar consuelo, lo perdido.

En esta canción, se da un caso interesante, la que se va es la mujer; el amante se queda. Ella está a punto de abandonar al amante. Es curioso este caso, dado el grado de machismo que se vive aquí en América Latina y en México. La ausencia en el amor se canta a partir del que se queda, y dentro de él brota una verdad mortífera: “amo más de lo que me ama”. Se siente menos amado de lo que ama. Y este sentimiento que roe el santuario del corazón acaba por destrozarlo. La ausencia, el abandono convierten al sedentario en un desierto árido, seco, donde no hay nada ni nadie que dé signo de vida, de esperanza.

Con el adiós, el corazón se ve abandonado a su suerte, se sirve del lenguaje para expresar su tristeza, su melancolía, para proferir también sus reproches, sus venganzas. El adiós es privación no deseada de la otra, de la imagen querida, grabada en el corazón. Se le añora, se le desea; el amante tiene necesidad de su media naranja. Es allí donde reside la obsesión de la pasión amorosa. La que se va no es cualquiera, es el objeto de mi amor, la que llevo en la sangre y en la mente.

Lo que la mirada del corazón alcanza, pues, a contemplar es un horizonte vacío, la amada se esfuma y el amor está dolido, mira en una profundidad sin fondo. La ausencia provoca angustia, y es una plenitud de la nada. El amante nada en su

---

<sup>56</sup> Roland Barthes, Fragmentos de un Discurso Amoroso, Siglo XXI, décimo primera edición, México, D.F, 1982, P21

amor reducido a la nada. Partir es provocar una muerte en el que se queda. Volver dependerá de la hondura de la herida dejada. Es el amor real, el amor que mata y da vida, o siguiendo a Octavio Paz, es una prueba que a todos, a los felices y a los desgraciados, nos ennoblece<sup>57</sup>. Por lo que vale la pena apostarle al amor, porque su primera y última palabra es vida. Pasemos a otra canción para captar y describir las ondulaciones que se van dibujando, los cambios que se van dando en el corazón del autor.

La canción “Tu Recuerdo y Yo” relata la nostalgia de un corazón abandonado, la historia de una herida no cicatrizada. La amargura llena el alma, y con una copa de tequila se busca aniquilar sus olas. Uno trata de escapar de su sentimiento de abandono, de soledad ahogándose en el vino. Hablando de esta última, debemos decir que hay una soledad creativa, donde más me siento solo, más mi corazón está poblado de seres queridos, contempla tantos rostros amados. Es una soledad inherente a mi ser que me invita a ser solidario de los demás; la busco, porque en ella me encuentro y me siento, dimensión indispensable para saber abrirse a los otros, sentir con ellos. El mundo de hoy nos quiere quitar lo mínimo que nos caracteriza como seres humanos.

Sin soledad no hay creación verdadera, ni encuentro profundo consigo mismo y con el otro. En el hueco de mi ser, yo me palpo como una persona con sueños y aspiraciones, limitaciones y cualidades, y sobre todo necesitado de tender la mano a los demás para la realización de mi existencia. La soledad al que aludimos aquí es la que transforma el bosque frondoso de nuestro ser en un desierto; es la que nos hace sentir terriblemente solos, pese a estar rodeados de personas. Es el vacío existencial de la persona, del corazón; esta soledad se caracteriza por la impotencia total de tender la mano al otro, de agarrarse del mundo. Lo elimina de nuestro campo existencial, el mundo se vacía de sentido; la soledad lo vuelve nada, y sumerge al solitario en esa nada, donde ningún acontecer brota; es un sin sentido, una gran casa sin personas, ni objetos. Nada a los ojos del solitario reviste un sentido. El mundo le aplasta, y él se siente incapaz de defenderse, de adoptar activamente una postura.

Su corazón no está aquí, lame con aflicción la herida de la separación, causa de su vergüenza, de su abatimiento. El pensamiento vuela hacia la amada, y con el tequila

<sup>57</sup> Octavio Paz, La Llama Doble, Amor y Erotismo, Seix Barral, Biblioteca Breve. México, D.F, 1993, P96

se busca borrar su rostro, es decir hacer desaparecer su sufrimiento. Las decepciones amorosas se curan entre copa y copa; falsa salida, pero procura una tranquilidad efímera, un consuelo fugaz en la tempestad desastrosa que causa un mal amor. El recuerdo, en vez de ayudar, lastima y le hace imposible a uno aceptar, beber el trago amargo de la derrota, de la traición.

Estar en el rincón de una cantina, como su corazón de la vida, de todo lo que sucede, es la actitud de un alma acribillada por una traición. El martirio más terrible del amor es verse en la imposibilidad de borrar, de no pensar en un amor que nos ha causado daño. El amor debate en medio de estos males, pese a ellos no puede renunciar a pensar en la amada. El amor que le tuvo, o lo tiene ha sido sincero; la entrega, total. Por lo que el recuerdo se convierte en su látigo. Es esta idea que J.A.J acuña en la primera copla de esta canción:

“Estoy en el rincón de una cantina oyendo una canción que yo  
pedí  
me están sirviendo ahorita mi tequila ya va mi pensamiento  
rumbo a ti”.

Recordar es ubicarse en el corazón del hecho vivido, consiste en actualizar el pasado, y al hacerlo se agranda la herida. Como dice el adagio popular, recordar es un volver a vivir, pero de manera dolorosa. Beber el trago de la amargura, es sentir latir su corazón pese a su voluntad por un triste amor. Se palpa la impotencia frente al tiempo que todo consume. La llaga se acaricia, se lame con pesar, mientras que el recuerdo de este amor va realizando su víacrucis en el alma. Toda la esperanza, la ilusión construida se disuelven, se disipan con la partida de la amada. Desamparado, el amante viaja por el mundo del recuerdo, fuente de su pesadumbre, de su angustia. Dice José Alfredo:

“Yo sé que tu recuerdo es mi desgracia y vengo aquí nomás  
pa’recordar  
qué amargas son las cosas que nos pasan cuando hay una mujer que  
paga mal”.

En él ve su rostro, entabla diálogo, se desahoga, mas a la vez cava de manera más profunda su abismo. El ha sido solamente un medio para sus particulares fines. La igualdad de los hombres y de las mujeres consiste en cultivar el respeto en la diferencia, y sobre todo en considerarnos como fines y no como medios unos hacia otros. En este mismo sentido apunta Erich Fromm: “Que todos los hombres son iguales en la medida en que son finalidades, y sólo finalidades y nunca medios los unos para otros<sup>58</sup>.”

La mujer que paga mal es signo de que no supo responder al amor recibido. Su entrega ha sido a medias, incompleta. Ha usado el corazón del amante para dejarlo al final a la deriva. Pagar mal es defraudar, convertir los sueños en pesadillas, el amor en decepción, fracaso. Se caracteriza también por el hecho de esfumarse, retirarse voluntariamente cuando lo mejor del amante ha sido entregado a la amada; es no ser capaz de recibir el amor, de ser amado. Cuando el corazón del amante se mece tranquilamente en los brazos de la amada, de repente cae, el vacío le sirve de cuna; y el tequila, de alivio.

En efecto, la traición es el veneno mortal en el amor. Pese a su carácter cultural: la cantina, el tequila, la concepción de mujer que se entrevé en esta canción nos confiesa esa gran verdad. Traicionar es negar voluntariamente al otro su carácter, su ser; en el caso del amor, consiste en rehusar el amor del amante en un momento no esperado por él. Es burlarse del sentimiento del otro, menospreciar lo que el amante es y tiene. En el fondo es engañarse a uno mismo, una misma: confesar con la boca lo que no siente ni vive el corazón. La vida nos reserva experiencias tristes, dolorosas. En esos momentos la muerte huele a más vida que la propia vida. Es la oscuridad total que se adueña de todos los rincones de nuestro existir. El sabor de una derrota, de un mal amor destroza el alma, tarda en borrarse, pero al estilo mexicano se puede atenuar con el tequila en la mano. Así canta el genio de Guanajuato:

“Quién no sabe en esta vida la traición tan conocida que nos  
deja un mal amor,

---

<sup>58</sup> E. Fromm, El Arte de Amar, Una Investigación sobre la Naturaleza del Amor, Editorial Paidós, México, D.F, 1990, p 25.



quién no llega a la cantina exigiendo su tequila  
y exigiendo su canción”.

El amor es un sí activo, total y constante a la vida; un sí al crecimiento continuo de lo amado, y cuando no lo logra no podemos hablar de amor. Su ausencia provoca confusión en el alma, desconfianza, desánimo. La vida no se percibe con los mismos ojos, nada vuelve a nacer como en el amor. Es la ausencia de fe en uno mismo, en los demás y en la vida. Toda la persona se sume en un letargo sin posibilidad de despertarse, de volver a sentirse. Así lo expresa con un corazón derrotado, mutilado J.A.J:

“Me están sirviendo ya la del estribo ahorita ya no sé si tengo fe,  
ahorita solamente ya les pido  
que toquen otra vez “La que se fue”.

Irse es llevar consigo todos los motivos de alegría, de gozo del amante; es arrebatarle su vitalidad, su felicidad, sus sueños más acariciados; es enterrar todo tipo de ilusión. Una nube espesa baila sobre el cielo de su vida. Todo se viste de gris, y el tequila es la panacea, la que trata de borrar dicha nube, de limpiar el paraje existencial desolado y desconsolado del amante.

Por otra parte, en su canción “Te Solté la Rienda”, José Alfredo describe los sentimientos que se albergan en el corazón, cuando éste es víctima de un amor traicionero. En ella, como en las canciones: La Media Vuelta, Me Equivoqué contigo, El Arrepentido, y otras más de la misma temática, el autor nos pinta el carácter machista que se vive en el amor. Si en la primera parte de este capítulo, la mujer es alabada, venerada, bendecida, aquí es vituperada. Se le compara al caballo blanco sobre el que el jinete tiene todo el control, ejerce un pleno dominio.

La mujer es, en efecto, un animal doméstico sobre el que el hombre tiene poder. Estas manifestaciones no se pueden denominar amorosas. El amor no se da entre dominantes y sometidas. La integridad de la persona se ha de respetar pese a lo sucedido. El coraje que llena el corazón a causa del abandono hace que la amada sea

tratada con rencor, con odio. El amor y el odio convergen, se mezclan cuando uno de los amantes no se siente correspondido.

A este respecto afirma Niklas Luhmann que el odio pertenece al código del amor: quien no es correspondido en su amor tiene que odiar a la amada; pero la cuestión es si puede hacerlo, citando a Quinault en respuesta a una question d'amour formulada por la Comtesse de Brégy<sup>59</sup>. Este odio es un intento del amor por recuperar a la que se va. El amor comparte un espacio muy estrecho con el odio. Poseído por este último, las palabras antes dulces se vuelven amargas, duras, cobran una violencia, consecuencia de la desesperanza, de la derrota aún no asimilada por el amante. Las palabras de J.A.J no dejan ninguna duda al respecto:

“Como al caballo blanco le solté la rienda  
así también te suelto y te me vas ahorita”.

La relación amorosa exhibida está constituida de dominio y de sumisión. La mujer no goza de la estima, de la admiración ostentadas en las canciones anteriores. La relación amorosa debe tejerse de libertad y respeto, no de sujeción, de mando, de sumisión. La igualdad en la diferencia, el acatamiento de las decisiones se ha de vivir de manera indubitable, sincera en el amor a fin de que éste crezca; si no las palabras, los actos se vuelven una mentira contra el amor que se cree confesar a alguien. Por ningún motivo la persona ha de delegar sus derechos en otro que la domine, la sujete a sus deseos. En el amor la persona no renuncia a su integridad, a su libertad, la comparte, la ofrece como su mayor ofrenda, pero tal acto no significa que se convierta en un instrumento del otro. Una unión sin estos dos pilares del amor acarrea la muerte de éste.

En efecto, lo inexplicable del amor, su paradoja y también su belleza consisten en transformar dos vidas en una sin dejar de ser dos. El amor en su esencia, como decíamos, es un acto de libertad; no se confunde con la prepotencia, menos con la sumisión. Una de sus grandes virtudes es hacernos personas. Su poder, si tiene uno, es

---

<sup>59</sup> Niklas Luhmann, El Amor como Pasión, Homo sociologicus, Ediciones Península, Barcelona, España, 1985, p 74.

el de crear, dar vida, prodigar respeto y libertad, valorar lo que es el otro. Dicho sea de paso, la libertad concebida no es un culto ciego al individualismo, sino la capacidad, el derecho y la responsabilidad del individuo de ir configurando su propia persona. Esta tarea le incumbe, y con los demás lo va realizando, pero nadie la puede sustituir en esta empresa. El amor nos hace reconocer nuestro valor, nuestra importancia singular en la vida del otro, pero no nuestro carácter indispensable. Tal pensamiento esconde un culto al egoísmo, una prepotencia sin medida. Tal vez pueda ser un grito desesperado de un corazón en llanto. De todos modos, revela una faceta del hombre macho: creerse superior a todos y a todas. Y J.A.J, hijo de su cultura, deja fluir por su voz este modo peculiar de ser de los hombres. Así canta el genio guanajuatense:

“Y cuando al fin comprendas que el amor bonito  
lo tenías conmigo vas a extrañar mis besos  
en los propios brazos del que esté contigo”.

El machismo es, en efecto, un miedo, una inseguridad camuflados de virilidad. No representa solamente la negación del derecho, del respeto a la diferencia femenina, sino también el ahorcamiento, la represión de lo más tierno, de lo más bello que se esconde en el hombre. A parte de lo cursi que puedan revestir ciertas manifestaciones artísticas de índole machista, en el fondo afirma un cierto tipo de virilidad, de hombría rehusando así una mayor y mejor humanización del género humano.

La mujer parece estar subordinada al hombre, a sus deseos, caprichos y voluntades. Éste erige de tal forma su personalidad que hace sentir a la amada que sin él el mundo se le hunde. Las lágrimas de su cuerpo, de sus ojos no bastarán para lamentar su desgracia. Los ojos son fundamentales en el amor; éste se sirve de ellos como expresión metafórica para decir lo indecible y percibir lo indescifrable. A fin de encontrar una interpretación que le procure un poco de paz en su derrota, adivina, imagina la nostalgia de la amada, sus torturas, al privarse de su persona.

El abandonado, el amante recurre a la mirada, la que como detentora de un poder indescifrable nos remite a la conciencia y al corazón. Mirar al otro es tomar

conciencia de lo que es, o ha sido en la vida de uno; es verse en el rostro del amante. Ahora todo lo que la mirada intentará captar se convertirá en ausencia, en una playa desierta, sin el amante, sin el amor, sin los ojos claros. La ausencia del amante instala, según él, la presencia de la nada en la vida de la amada, ya que tanto el amante y el amor han desaparecido con la partida de la amada. Dejemos que José Alfredo ilustre esa idea con su implacable copla:

“Vas a sentir que lloras sin poder siquiera derramar tu  
 llanto  
 y has de querer mirarte en mis ojos claros que quisiste  
 tanto, que quisiste tanto,  
 que quisiste tanto”

Al respecto, dice Pablo DE A.Cobos que si la ausencia de la amada es compatible con la presencia del amor, la nada que penetra en la existencia no es un mar, sino un lago con islas dentro<sup>60</sup>. En esa canción, la amada es presentada como la mala, lo que no ha sabido responder al amor entregado por el amante. Éste expone sus dotes amorosas para reafirmar su hombría, su virilidad insustituible, por lo tanto su machismo, fruto de su inseguridad, de su miedo al abandono. A través de esas canciones, nos percatamos de que la gente vive, siente el amor y responde a él no sólo como individuo, persona; lo hace como chilena, peruana, mexicana. Reviste pues un carácter altamente cultural.

#### Posible recuperación del amor perdido

Por otro lado, la famosa canción titulada: “La Media Vuelta” plasma de cierto modo el concepto de hombre, de mujer que se vive en la sociedad mexicana. Da la impresión que el llamado sexo débil sea de la propiedad masculina; un objeto del cual el hombre puede disponer a su guisa. La mujer pierde su idiosincrasia, su identidad. Esa canción, pese a lo exagerado de sus términos, refleja una realidad social que hasta hoy no ha sido desmentida. Se dice sí a la libertad en el amor, pero del hombre, el que propone, dispone. La mujer ha de estar sometida a sus decisiones, a su voluntad. No hay amor,

más bien asistimos a una relación envuelta de machismo, sumida en el dominio de uno sobre la otra. Con estas palabras empieza J.A.J:

“Te vas porque yo quiero que te vayas a la hora que yo quiera te detengo, yo sé que mi cariño te hace falta porque quieras o no yo soy tu dueño”

En la mente de muchos hombres y ratificada por muchas mujeres existe la tendencia a creer que el hombre goza de un privilegio especial, de una superioridad hacia estas últimas. La diferencia entre el hombre y la mujer no es motivo para establecer una jerarquización sexual. Es una falsa lectura de la biblia, una falta de algunos sistemas filosóficos que respecto al tema del amor han tratado de subordinar estructural y formalmente la mujer al hombre, de reproducir en el seno de la relación amorosa la jerarquización socio-política. Estas interpretaciones convertidas en actitudes constituyen la versión refinada de una relación de amo y siervo bautizada falsamente de amor. El amor que hace mal uso de su generosidad, de su aceptación del otro, de su entrega a él, convirtiendo esas cualidades en instrumentos para satisfacer sus propias necesidades a costa del otro, es humillante y sin encanto.

Por otra parte, hay que admitir que el exceso pasional, de hombría y de señoría manifestado en esa canción hace relucir con más brillo algunas de las formas y actitudes sociales, tales como el machismo latente en todos los hombres y la sumisión total o parcial de la mujer hacia los primeros. No hay nada que se parezca menos al amor que la prepotencia de unos y la sujeción de otras. Es un caso de deshumanización creciente. Asumirse como persona no consiste solamente en afirmar la suya, sino también en reconocer y valorar la del otro.

La humanización del amor pasa por el ejercicio de la diferencia valorada y respetada; no es un código, una ley de tránsito a respetar obligatoriamente, más bien brota, como la flor de su capullo, del amor mismo, este sentimiento que nos lleva a ofrecer lo mejor de nosotros, a compartir todo nuestro ser. La mujer es el soplo divino

---

<sup>60</sup> Pablo De Cobos, Ocios sobre el Amor y la Muerte, Insula, Madrid, 1966, p 154.

hecho carne, entrañas tejidas de amor, ternura y comprensión. No se trata de hacerles un favor al concederles su lugar, se trata de algo más profundo, es de reconocer su importancia y su papel en actitudes. Es un ejercicio de aprender a vivir con, en compañía de, no en relación de fuerza, venga donde venga.

El hombre y la mujer deben ser los artesanos, creadores de su amor. Éste descarta toda relación de sujeto - objeto que se pueda dar. Se afirma, se revela siempre como una unión de persona a persona, que se refleja en todos los aspectos de la vida. Subordinar a la mujer bajo la forma que sea es una manera de frenar el proceso de la creación, del embellecimiento de la relación. Ninguna persona debe y puede ser dueño de la otra, porque sus sentimientos, sus gustos, deseos, su voluntad escapan de la percepción, del dominio de la primera. Erigirse en “dueño de” alguien es negar formalmente la individualidad, la peculiaridad. Si el acercamiento al otro no se realiza con la delicadeza, respeto que reclama su persona, todo se aboca a un fracaso, a un triste y sin fin abandono. La vida se vuelve una cruel y dolorosa despedida, al igual como lo canta J.A.J en la segunda copla: “La Media Vuelta”:

Yo quiero que te vayas por el mundo y quiero que conozcas  
 mucha gente, yo quiero que te besen otros labios,  
 para que me compares hoy como siempre.

Irse con el sol es llevar consigo todo lo que hace la belleza de la amada, todo lo que constituye un motivo de vida, de alegría: su libertad, su respeto, su ternura, su amor, su feminidad que brillan para iluminar el corazón del amante. Irse con el sol es arrebatárle a la amada el gusto de vivir, de esperar; el corazón se debate en vano en la penumbra. El amante se constituye en un ser insustituible, irremplazable. Tiene la firme convicción de que la amada no puede encontrar un amor como el suyo.

Es la exageración del amor sin franquear los límites extremos. Este hace vivir en la idealización y en la paradoja, ya que propone una unión en la diferencia, o más aún en la dualidad. Por lo que embriagado por esa idealización, el amor busca la sinceridad, manifestaciones certeras que rebasan lo efímero, el instante. Y es en la subjetividad donde el amor las encuentra. Dada la dinamicidad que se vive en el amor, la subjetividad se ubica siempre más allá del momento, del instante. Es sujeto a

cambio, y en eso reside su esencia. Y nadie como J.A.J nos puede probar los diferentes estados que va viviendo el amante en esa travesía amorosa.

El amor se revela una paradoja atractiva e inexplicable; es una espiral, un círculo cerrado donde todas las acciones de uno producen actitudes en el otro, desatan fuerzas que no generan ninguna alternativa, ninguna salida posible. El horizonte está cerrado, el cielo de la amada está adornado de estrellas del amante. No puede cambiar su cielo, además la decisión no le compete a ella; es el amante quien la considera como objeto de su propiedad. Esta actitud se explica tal vez por el hecho de que no existe palabra, el lenguaje es demasiado corto, los sentimientos de un amor que se va a la deriva escapan del dominio de la comunicación. Es el amor que contempla con penas su propio fracaso.

Irse con el sol no sólo implica un movimiento físico, sino un cambio de sí mismo; es mover a la otra de la órbita de su corazón, operar una transmutación en el sentir tanto del amante como de la amada. El amante no se va con la salida del sol, sino al atardecer. La tarde anuncia el fin de un día, la llegada de la noche con su cortejo de oscuridad; no se ve claro. Las tinieblas se instalan, el corazón goza de la compañía de su soledad; es el silencio glacial, de cementerio, la amada buscará a su amante, pero en vano. Con la puesta del sol se marchó, desapareció. El corazón de la amada se sumirá en la noche más triste y desolada, sin estrellas, ni luna. Ella y su soledad tratarán de darle una interpretación a esta partida, de inyectarle un poco de razón al corazón. Dar la media vuelta es borrarse del horizonte de la amada. Entraña una pequeña muerte tanto en el amante como en la amada. Así lo canta el genio de Guanajuato:

Si encuentras un amor que te comprenda y sientes que te quiere  
 más que nadie, (entonces yo daré la media vuelta  
 y me iré con el sol, cuando muera la tarde) (entonces yo daré la media  
 vuelta  
 y me iré con el sol, cuando muera la tarde).

Por otra parte, en su canción TÚ Y LA MENTIRA, J.A.J nos comunica otra desgracia, otro veneno del amor hecho traición. Como el título lo indica, se trata de la

mentira. Esta es el enemigo jurado del amor; lo destruye en su raíz. José Alfredo expresa esta idea en varias de sus canciones como El Arrepentido, Me Equivoqué contigo.

En efecto, uno de los venenos mortales en el amor es la mentira. Genera un clima de desconfianza, de disgusto. El otro se vuelve incognoscible. Su presencia es ausencia de encanto y de libertad. Recurrir a la mentira es querer ocultar, velar una parte de uno. Es vivir con alguien, tocarle, acariciarle, saber el olor de su perfume, compartir la vida, mientras que nos es un extraño. Respecto a la canción Tú y la Mentira, la mujer se convierte en una incógnita. Una parte de ella se baña en la sombra. El latido de su corazón es difícil de interpretar por el amante. Hay un impedimento, una espesa oscuridad que dificulta el acceso a la última esfera del ser de la amada. Así lo describe J.A.J:

“Vuelve otra vez, vuelve otra vez,  
es el grito de amor que entre llanto y dolor  
oigo toda la noche”.

El corazón habla desde su dolor, su angustia y decepción; encasilla a la persona amada, no cree en su nueva confesión de amor, de fidelidad. La mentira en el amor, la que transforma toda la existencia, convierte a su autor en un asesino, porque ha destruido una vida. Y tal tipo no volverá a gozar de la confianza plena, de la espontaneidad de los demás. La mentira deja un sabor a derrota, es la decepción más terrible de un corazón que se ha entregado; y en muchos de los casos sobre su paso deja una muerte en vida. Una lluvia de tristeza, de tinieblas borra el sol de la vida, hunde el paraíso entrevisto. A su manera nos lo dice:

Pero yo que conozco tu amor y que sé lo que tú  
puedes darme en la vida, cómo te voy a querer si a través  
de tu amor  
conocí la mentira.



El amante no puede volver con alguien que destruyó su vida. No hay confianza, y sin ella el amor cojea sobre un pie. Además el recuerdo del agravio sufrido será su constante tortura. Aunada a los celos, la mentira no sólo destruye el amor, sino también a los amantes. Crea un infierno insoportable de vivir; ella maldice su suerte, su vida. El curso de su existencia se le resbala de las manos. La vida para ella se ha llenado de desencanto y de desgracia. La mentira no sólo daña profundamente a su destinatario, a saber que una de sus secreciones venenosas es volverse contra el remitente. He allí el secreto de la mentira: es una espada con dos filos. Pese a nuestro conocimiento de dicho secreto, parece que lo descubrimos siempre después de haber cometido el acto. Uno lamenta su error, como la amada de José Alfredo:

Pobre de ti, pobre de ti, cuántas veces te oí sin piedad  
 repetir  
 “tú naciste sin suerte”.

La mentira nos vuelve contra nosotros mismos. En ese caso las ganas no nos faltan de querer recrear el pasado, de modificarlo, pero nos enfrentamos con esta gran verdad, a saber, que todo lleva el sello del tiempo. Todo se dirige a sus brazos. El pasado es ayer, y el ayer no puede ser resucitado, empero el daño de este ayer se puede reparar. El tiempo se vuelve una paradoja a la vez desoladora, a la vez seductora, en la que el pasado tiende la mano a un presente para crear o enterrar un futuro. Sin embargo, el corazón lleva su propia cronología, se halla, aun viviendo dentro de ella, fuera de esta lógica temporal. Late a la velocidad de sus sentimientos, de sus recuerdos. Un día se convierte en un año, y un año en un día. Su memoria es hecha de tristes y placenteros recuerdos, los cuales suscitan sentimientos de rencor, de rechazo, indiferencia en el primer caso, y de agradecimiento, de gozo en el segundo. La vida saca su fuerza de los recuerdos que son motivos de agradecimiento, también en casos de los desafortunados, si y solamente si nos han dejado una lección, hacen recuperar el camino perdido.

De todas formas hacia la persona que le hirió, el corazón conservará su prudencia, su distancia, para no decir rencor. El corazón tiene su memoria, y cada latido la fortalece, la mantiene en vida. La memoria de la mente puede fallar, borrar algunos hechos, mas la del corazón no olvida porque el lápiz con el que escribe no

tiene goma. Puede llegar a perdonar, pero no olvida. Los recuerdos se esconden debajo de los poros de la piel, en el corazón mismo del corazón, perdónenme este pleonasma. Es lo que expresa J.A.J en esta copla:

Y hoy ya lo ves vienes a mí a ofrecerme este amor que le dio a un corazón tres heridas de muerte.

Retoma el refrán del cual citaré la última parte: cómo te voy a querer/ si a través de tu amor/ conocí la mentira. Es el corazón que habla, siente resistencia, temor a una nueva entrega. No miente, sus sentimientos son subjetivos y reales, por lo tanto verdaderas. J.A.J nos enseña pues a dejar hablar el corazón. De él podemos aprender mucho ante una mentalidad que quiere someter todo a lo convencional y racional. Hay que resucitar el corazón y darle su lugar en nuestros quehaceres humanos. Es un reclamo justo.

## CONCLUSIÓN

Con José Alfredo Jiménez, hemos recorrido el sentir y el vivir del mexicano. Desde esa ventana hemos podido contemplar y adentrarnos en las ondulaciones que iba describiendo el palpitante del guanajuatense. Un gran compositor lo es no sólo por ser dotado de una gran capacidad imaginativa, de una gran sensibilidad, sino por gozar del privilegio de poder entrar en el santuario cordial de los demás, de su pueblo. Su corazón late al mismo ritmo que el de su pueblo. Por lo que se erige en uno de los más grandes expositores de la cultura mexicana.

Ésta, al igual que las canciones cantadas por J.A.J, nos remite constantemente a un mundo hecho de magia, de tragedia, hondo, a veces cruel, ilusorio, mudo, donde la muerte se palpa y el destino está puesto en juego. La música del compositor indican los sentimientos que le invaden, las actitudes que el mexicano adopta ante los diversos sucesos de la vida: las alegrías acariciadas, los deseos realizados, también las ilusiones marchitadas, la tristeza que apaga toda centella de esperanza y el sin sentido del sentido de la vida. En otras palabras, con él se vive el concierto del desconcierto de la vida. J.A.J escribe la prosa del alma mexicana con una cadencia excepcional, lenta y alegre, tormentosa y lúgubre.

A través de sus canciones se puede entender y seguir el proceso de modernización emprendido por México y sus consecuencias en la vida de la Nación. Sin embargo conviene afirmar que sólo éstas no bastan para tener un conocimiento cabal sobre este punto, pueden arrojar ciertas luces.

En efecto, J.A.J es uno de los cantantes en quien se ve acuñados la ambivalencia, la complejidad y el trauma de la modernización. En ella se da de manera asombrosa la convivencia de los contrarios en una unidad polémica y dinámica: esperanza /pesimismo, sentirse orgullosamente mexicano, y a la vez excluido, como lo plasma en la canción “El Rey”. La modernización emprendida en México se revela una síntesis no acertada de los ranchos, pueblos con las grandes ciudades; de la riqueza y de la pobreza. J.A.J es uno de los cantantes que ha asumido esta tensión, la ha vivido con un aire profundamente nacionalista y romántico. No

cabe duda que en ese genio que vierte sus propias tormentas, decepciones, su ambivalencia, se cruzan las aspiraciones, frustraciones, la vitalidad y el ímpetu de un México empedernido en un proceso modernizador. J.A.J supo descubrir el drama de la realidad mexicana dividida, representado en el contraste, como en la mayoría de los países tercermundistas, abismal entre ricos y pobres.

Ese drama ancestral que se aviva con el despliegue de la modernización, pasando por el auge del nacionalismo y el romanticismo, es el que está impreso de alguna forma en las canciones del cantante. Se resalta la dignidad del mexicano, su orgullo dentro de su pobreza. Mas sigue siendo un desafortunado, cuya vida está envuelta en los brazos del destino. J.A.J apela al nacionalismo por el engaño, el desencanto de una modernidad que pregonaba, sin lograrlos, y con base en la infalibilidad de la razón, erradicar los males del mundo, la integración social, la moralización y la civilización burguesa. El compositor libra una batalla en sus canciones contra una sociedad fielmente ritualista y falsamente moralista, y quiere liberar al hombre de falsos imperativos, tales como: ser canalla contra ser decente; basar el valor de una persona en el tener y no en su ser. También se puede percibir el vínculo casi invisible, pero efectivo que une el sufrimiento con una moral fundada en la resignación y en una falsa interpretación de la doctrina cristiana.

La presencia fuertemente marcada del destino en las canciones de J.A.J busca situar al hombre más allá de las ataduras sociales, de las tendencias morales represivas. Quiere recuperar la idiosincrasia, la subjetividad perdidas tanto al nivel individual como colectivo. Con él se sigue afirmando al mexicano como un ser portador de una tradición, de una cultura, de una historia que huelen a tequila, a la alegría de vivir, a la bravura, y que se define por pertenecer a una nación: “Qué voy a hacer, dice J.A.J en su canción Sin Futuro, si he nacido mexicano/ y es mi orgullo echarme un trago/ a salud de una mujer”.

Esta frase reafirma el nacionalismo mexicano y a la vez rompe las barreras nacionales; ya que apela a la existencia misma del hombre. Por eso sostenemos el carácter universal de sus canciones. Con el compositor descubrimos que la universalidad no es una abstracción; es una particularidad vivida a fondo, donde los

sentimientos, los deseos y los temores más humanos se entrelazan para dar a luz una obra, en la que todo hombre se reconoce y se siente.

Por otra parte, la oposición que se vive en la sociedad mexicana entre rico y pobre está marcada, como ya hemos visto, en varias de las canciones del autor. Al respecto, Alain Touraine afirma: “ Esa oposición nos impone situar la defensa o el rechazo del sujeto en el seno de una sociedad dividida en clases, con una élite que se identifica con el progreso y con categorías dominadas que se repliegan no sólo en una identidad siempre definida por una tradición, sino también por una interioridad, en una conciencia que, aunque aquellas categorías empleen un lenguaje tradicional, constituye el único espacio de libertad desde el cual pueden organizar su contraofensiva<sup>61</sup>.

En efecto, este espacio social se debe conquistar pese al intento de querer presentar los sucesos que se dan en su seno como algo natural. Nos pudimos dar cuenta de que la sociedad conocida por J.A.J es tan represiva, discriminatoria socialmente como económicamente injusta. Se recurre a un pasado para expresar la identidad nacional, pese a esos males que aquejan a las personas, entorpecen la convivencia social. Razón tiene Touraine cuando dice: “El nacionalismo es la movilización del pasado y de la tradición puesta al servicio del futuro y de la modernidad. Expone la cultura de su territorio a los vientos de la modernidad y de la racionalización...”<sup>62</sup>

De hecho, las canciones de J.A.J corroboran la afirmación hecha por Touraine. Se recurre a un pasado, a una tradición a fin de encontrar donde asir su idiosincrasia, su identidad expuestas a los vendavales de la modernización, de la racionalización, las cuales resultan muchas veces desastrosas, violentas y sin merced hacia las culturas.

La naturalidad con la que está pintada la realidad social coincide con una aseveración hecha por Albert Camus, a saber que la pobreza no se elige, pero puede conservarse<sup>63</sup>. Dicha conservación introduce y sume a los pobres en un mundo

---

<sup>61</sup> Alain Touraine, Crítica de la Modernidad, FCE, México, D.F, 1995, P 118

<sup>62</sup> Op. cit , pp 137-138

<sup>63</sup> Albert Camus, El Primer Hombre, Edición Tusquets, Editores, S..A., España, 1994, p 65.

encerrado, donde las carencias y las privaciones se convierten en vínculo de familia, de solidaridad, de creencia y de identidad social y aun nacional. Estas características cobran fuerza y vida en la voz del guanajuatense José Alfredo Jiménez. En su canción titulada “La Que Se Fue”, el autor confiesa:

“Yo conocí la pobreza  
y ahí entre los pobres jamás lloré...”

Con él se da la irrupción definitiva tanto sentimental como social del sentir popular mexicano. José Alfredo quiere afirmar la personalidad del sujeto, la cual se debe lograr por una toma de distancia creativa de los patrones, roles sociales y morales que atrofian la dignidad humana. Ésta pasa por un enfrentamiento, un conflicto con las normas establecidas. Y J.A.J nos ha dado muestra de ello en el segundo capítulo ya analizado. Luchar por hacer respetar la subjetividad, la integridad del hombre es la única manera de erigir una defensa contra todas las formas de discriminación y dominación social que generar muerte.

José Alfredo nos invita a vivir el concierto del desconcierto de la vida, a llorar nuestras penas, exaltar nuestras alegrías. La melodía de sus canciones nos lleva de lo racional a lo emocional, de la superficie a la hondura de nuestro ser, y de manera más radical allí donde el corazón se siente a sí mismo. Sólo el que se ha hundido en el mar de la existencia, se ha enfrentado a la vida y ha sabido aprender de ella, puede realizar tal hazaña. ¿Quién puede hablar de la vida, cantarla, aun maldecirla, si no ha tocado sus venas, sus raíces?

La vida es el instante que revive a veces todo un ayer, ensombrece o pone calor y color sobre lo cotidiano. En ella el hombre se siente un aventurero, carga con su gozo y tristeza, pero nunca pierde su identidad marinera, pasajera. El arranque de su viaje existencial envuelve también su fin, un fin a veces anhelado, a veces lamentado.

La vida, inspirándonos en las canciones de J.A.J, es hecha de lágrimas y de alegrías; es un instante que se viste de eternidad y de fugacidad; un misterio por vivir que obedece a sus leyes no escritas, nunca completamente conocidas. El instante reviste una importancia capital; es la singularidad de la vida. Hay que vivirla plena y

conscientemente antes de que se pierda en los brazos del pasado, del tiempo evanescente y remoto. En él, el amor y la muerte se revelan dos hermanos gemelos, el espejo fiel donde se mira toda la vida, al otro y a uno mismo.

La mejor respuesta a la vida brota casi siempre del amor y del acercamiento a la muerte. El primero nos desnuda ante la vida, y la segunda nos dice lo que es ésta. La vida es a la vez todo y nada, es decir en ella hemos de ser personas en el hacer cotidiano; es el espacio en el cual nos realizamos, vivimos los más acariciados sueños, instalamos la eternidad en nuestro ser efímero, intentamos detener el curso del tiempo, y la impotencia de este acto hace que la felicidad se nos resbale del corazón para sepultarse en el cementerio del tiempo. Nos hace tocar y sentir nuestra nada.

Ante este drama humano, J.A.J nos sugiere vivir la vida sin miedo, adentrarnos en ella con ímpetu y voluntad, sin tibieza. Sus canciones tocan el gozne de la existencia humana, del mexicano; sacuden nuestro interior para que podamos vivir plenamente lo que hay de misterio en la profundidad de la vida y de nosotros.

Esta vida que no vale nada, al decir de J.A.J, es el grito angustioso de una experiencia humana en el cual se mezclan el destino, el amor y la conciencia de la muerte. La vida, como el amor, se convierte en un juego donde se apuesta todo el ser, todo el corazón, y cuya meta es el juego mismo. Allí perder o ganar no es lo más radical. Lo decisivo es aprender a vivir, a amar pese a los grandes sufrimientos que ese aprendizaje nos pueda ocasionar.

Respecto a la muerte, ésta no inspira miedo; parece ser el camino ideal para un alma desesperada. Es la diástole silenciosa y rítmica de un corazón deseoso de amar, de vivir. El amor entraña su muerte, y ésta lo eterniza, lo sitúa más allá del tiempo.

J.A.J nos dice que sólo el amor puede constituirse en parámetro para valorar toda vida. Quien no ha amado sabe poco de la vida. El amor nos permite captar la hondura de la existencia, y a su vez la vida nos enseña a amar. Toda vida sin amor es una triste vida, una vida sin vida.

Por otra parte, conviene reafirmar la grandeza del compositor guanajuatense ya que esculpe el sentir humano, toma el pulso de los sentimientos que invaden el

alma, de los deseos que se agitan en el corazón, de los sueños acariciados o convertidos en pesadillas, desvanecidos. Toda esta gama de júbilo, de emociones, de tristezas, de dolor se vierte sobre los instrumentos y los hace aptos para conmovernos. En cada canción el autor comparte un instante de su vida, lleno de emociones, esperanzas, miedos y alegrías, y su pueblo se reconoce en ella. Lyotard tiene razón cuando sostiene: “Toda obra de arte es un acto de reparación, en el que se crea para que se oiga el grito o el silencio venidos de otra parte”<sup>64</sup>.

En efecto, J.A.J supo pasar por el crisol de su ser los deseos, las frustraciones, creencias de su pueblo; los fundió con los suyos y los confundió a fin de que sus canciones fueran expresiones no sólo del mexicano sino también del hombre. Esta tarea pertenece a unos pocos, a los grandes poetas, porque son capaces de tomar el retrato del corazón en cada uno de sus latidos, de llegar allí donde todo emerge y cobra un sentido especial.

J.A.J es pues uno de los más grandes representantes de la cultura musical mexicana porque sus canciones nos permiten conocer más de cerca el vivir y el sentir del mexicano. También, y allí reside su universalidad, describen las ondulaciones del corazón humano en el mar de la existencia. Revelan los sentimientos del hombre en todas sus variaciones y peculiaridades. Esas canciones, sin perder su tinte de magüey y su idiosincracia, rompen las barreras nacionales y hacen que el sentir de un hombre, de un pueblo no sea ajeno al del hombre. Rasgan el velo que cubría el alma mexicana para dejarlo al descubierto de la humanidad. La música nos viene a decir que nosotros los hombres y mujeres compartimos una misma existencia, que en nosotros palpitan los mismos deseos, florecen las mismas esperanzas, nos golpean y nos atormentan los mismos miedos y frustraciones. Y quien es capaz de balbucear, de descifrar este lenguaje de los sentimientos se erige en un conocedor de la realidad humana.

Al recoger las experiencias sociales y amorosas de su gente, J.A.J les dio un alcance universal. Nos invita a soñar, a sentir, vivir y morir con dignidad, y sobre todo a amar a la manera mexicana con pasión, coraje y devoción. Expone así el alma

---

<sup>64</sup> Arnold Libermann cita a Lyotard en su libro De La Música, El Amor y El Inconsciente, Barcelona, España, 1993, p 33.



mexicana al altar mundial. J.A.J nos enseña a escaparnos de las imposiciones inquisitivas de la razón para poder sentirnos y sentir al otro, miseria de nuestras sociedades. Como bien lo sabemos, el lenguaje de los sentimientos, del corazón es inefable, rebasa la capacidad explicativa y deductiva de la razón humana. Hay que acudir a la poesía, a la música para poder asomarse al santuario del corazón, penetrar esta fortaleza y así balbucear, lo visto, lo sentido.

En este caso, el papel del intérprete es delicado; se trata para él de descifrar las interpretaciones de unos sentimientos. Su tarea consiste, por lo tanto, en entrar en este lugar privilegiado entrevisto a través de las palabras con reverente respeto y silencio, con nada que pueda entorpecer la comunicación con las palabras, y con una total disposición para captar y describir las vibraciones internas. Este atractivo riesgo impele a escarbar en el alma del compositor a fin de expresar lo que quiso decir, o más bien desnudar sus palabras. Se ha de poner en el corazón de la obra y del entorno tanto familiar, social, religioso y cultural que le sirvió de partera. Todo esto es con el propósito de poder atribuir a la obra su justo valor y a la vez dejarnos embriagar por la melodía de sus letras. Este fue lo que pretendimos en este trabajo.

Hemos tocado un mundo de palabras y de ritmos musicales que esconden actitudes, creencias, comportamientos y formas de vivir. En ellos se entrelazan la vida, el amor y la muerte dentro del carácter efímero de la existencia iluminada por chispas de dulce felicidad, de eternidad.

Toda obra de arte es un diálogo profundo con otro, o muchos otros; es la búsqueda no confesada a veces de un deseo. Y el de J.A.J consiste en que todo su México viva digna y humanamente, es decir en el amor. En cada de sus canciones late de una forma u otra este anhelo. Ellas nos han permitido sacar una concepción de la mujer y del hombre mexicanos, porque describen la manera de vivir del mexicano, ofrecen puntos medulares para captar y entender el sentir mexicano.

Son agua cristalina en la cual se ven reflejados muchos comportamientos del mexicano de hoy. Acercarse a J.A.J es abrirse a un mundo donde el dramatismo, la alegría de vivir, la valentía, las quejumbres se unen para configurar al mexicano. Ver esa cultura desde él es meterse en la trama compleja con que está tejido su vivir,

aunado a sus problemas sociales, sus valores, sus costumbres, que saben a nopales y a tequila. Nos podemos dar cuenta de su gran fe en el destino, de su tendencia a la resignación, a lamentar sus penas; al mismo tiempo, descubrimos su bravura, su sentido de alegría, de familia, su patriotismo, su desafío a la muerte; también su sentido nihilista de la vida, su temor a expresar su sentir, a revelarse, y su manera de vivir el amor, con pasión, rencor, coraje y dulzura. Allí la mujer es motivo de bendición, de alabanza y de maldición.

En fin, el análisis realizado se proponía bucear en el mar de los deseos apasionados y de las frustraciones de J.A.J y de su pueblo. La vida, según el autor, ha de vivirse con pasión y entusiasmo. Es un juego donde se gana o se pierde. Pero perder significa no haber sido capaz de amar ni ser amado. Este es el criterio último de toda vida. En esa misma línea Kierkegaard apunta: “Lo que falta a nuestra época no es la reflexión, sino la pasión”<sup>65</sup>. A su manera, y desde su entorno social, cultural y existencial, J.A.J nos ha dirigido este mismo mensaje tan válido ayer como hoy. Todo lo dicho a lo largo de este trabajo es seguramente motivo de varios planteamientos. Quizá uno de ellos sea, formulado al estilo nietzscheano, éste: ¿Qué significa esto para mí<sup>66</sup>?

---

<sup>65</sup> Kierkegaard Sören, Crainte et Tremblement, Éditions Aubier, France, 1984, p 60: Ce qui manque á notre époque ce n'est pas la reflexion, c'est la passion.

<sup>66</sup> Roland Barthes, El Placer del Texto, Siglo XXI, Argentina Editores, Buenos Aires Argentina, 1974, p22

## BIBLIOGRAFÍA

- Barthes Roland, Fragmentos de un Discurso amoroso, Siglo XXI, 1 edición, México, D.F, 1982.
- Barthes Roland, El Placer del Textos, Siglo XXI, Argentina Editores, Buenos Aires, Argentina, 1974.
- Baudrillard Jean, La Societé de Consommation, Edición Denoel, France, Paris,1970.
- Benedict Ruth, El Hombre y la Cultura, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1953.
- Berdiaev Nicolas, Libertad y Esclavitud del hombre, Emece Editores, S.A, Buenos Aires, Argentina, 1955.
- Boros Ladislao, El hombre y su Última Opción, Mysterium mortis, Editorial Verbo Divino, España, Madrid, 1972.
- Bourdieu Pierre, La Distinction, Les Editions de Minuit, Paris, France, 1979.
- Bourdieu Pierre, Le Sens Pratique, Les Éditions de Minuit, Paris, France, 1980.
- Bourdieu Pierre, Sociología y Cultura, Grijalbo, México, D.F, 1990.
- Camín Hector Aguilar, A la Sombra de la Revolución Mexicana, Editorial Cal y Arena, México, D.F, 1990.
- Camus Albert, El Primer Hombre, Edición Tusquets, Editores, S.A, México, 1994.
- Camus Albert, L'Homme Révolté, Editions Gallimard, Paris, France, 1951.
- Carse P. James, Una Historia Conceptual de la Mortalidad Humana, FCE, México, D.F, 1987.
- Congregación General de la Compañía de Jesús, Curia del Superior General, Roma, Italia, 1995.
- De Cobos Pablo, Ocios sobre el Amor y la Muerte, Ínsula Madrid España, 1966.
- De Musset Alfred, La Nuit d'Octobre, 1837, Oeuvres Complètes, Philippe Van Teighem, Edition Paris, Seuil, 1963.

- Fries Henrich, El Nihilismo, Peligro de Nuestro Tiempo, Editorial Herder, Barcelona, España, 1967.
- Fromm Erich, El Arte de Amar, Una investigación sobre la Naturaleza del Amor, Editorial, Paídos, D.F, México, 1990.
- Gertz Manero Alejandro, México Perfil de un rostro oculto, Lasser Press Mexicana, México, 1991.
- Giménez Gilberto, La Problemática de la Cultura en las Ciencias Sociales, Cuadernos de la Dirección General de Integración comunitaria, Iteso, Guadalajara, Jalisco, México, Octubre de 1990.
- Godelier Michel, La Part idéelle du réel, L'Homme, Julio- Diciembre, XVIII, 1978.
- Gutiérrez Elva, El Financiero, Periódico impreso en el D.F México, el 30 de Abril de 1991.
- Jolivet Régos. Le Problème de la Mort chez M. Heidegger et Jn- Paul Sartre, Éditions de Fontenelle, Abbaye Saint Wandrille, Paris, 1950.
- Kierkegaard, Soren, El Concepto de la Angustia, Segunda Edición, Colección Austral Espasa- Calpe, Buenos-Aires, 1943.
- Kierkegaard Soren, Crainte et Tremblement, Éditions Aubier, France, 1984.
- Klossowski Pierre, Nietzsche y el Círculo Vicioso, Editorial Altamira, La Plata, Argentina, 1995.
- Kristeva Julia, Historia de Amor, Siglo XXI Editores, Cuarta Edición, D.F, Méxco, 1993.
- Lévinas Emmanuel , Totalidad e Infinito, Ensayo sobre la Exterioridad, Ediciones Sígueme Salamanca, España, 1977.
- Libermann Arnold, De La Música, El Amor y El Inconsciente, Edición Gedisa, Barcelona, España, 1993.
- Luhmann Niklas, El Amor como Pasión, Homo Sociologicus, Ediciones Península, Barcelona, España, 1985.

- Manzano Jorge, Primera Mirada y Crítica de la Idea de la Nada en Bergson, Pontificia Universitas Gregoriana, Facultas Philosophica, México, 1970.
- Manzano Jorge, Historia de la Filosofía Antigua, Segundo Cuaderno, Guadalajara, Jal, 1987.
- Monsiváis Carlos, Notas Sobre el Estado, la Cultura nacional y las Culturas populares en Cuadernos Políticos.
- Monsiváis Carlos, Escenas de Pudor y Livianidad, Ediciones Era, México, D.F, 1988.
- Monsiváis Carlos, Los rituales del Caos, Ediciones Era, México D.F, 1995.
- Morris David, La Cultura del Dolor, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1996.
- Nietzsche Federico, La Gaya Ciencia, Buenos Aires, Argentina 1967.
- Ortega y Gasset José, Estudios sobre el Amor, segunda edición, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, España, 1966.
- Paz Octavio, El laberinto de la Soledad, Vida y Pensamiento de México, FCE, Edición 1969, México D.F.
- Paz Octavio, La Llama Doble, Amor y Erotismo, Seix Barral, Biblioteca Breve, México D.F, 1993.
- Peñalosa Joaquín Antonio, Vida, Pasión y Muerte del Mexicano, Editorial Jus, México D.F, 1975.
- Plattel Martinus G, Filosofía Social, Ediciones Sígueme Salamanca, España, 1967.
- Ribot Th, Essai sur les Passions, Felix Alcan Editeur, Paris, France, 1910.
- Riding Alan, Vecinos Distantes, Traducción Pilar Mascaro, Joaquín Mortiz Edición Planeta, México, D.F, 1985.
- Sciacca Federico Michele, Muerte e Inmortalidad, Editorial Luis Miracle, S.A, Barcelona, España, 1962.
- Singer Irving, La Naturaleza del Amor, de Platón a Lutero, Tomo I, Edición Siglo XXI, México, D.F, 1992.
- Soloviev V, Le Sens de l'Amour, Aubier Éditions Montaigne 13, Quaiconti, Paris, 1892-1894.

- Touraine Alain, *Crítica de la Modernidad*, Edición FCE, México, D.F, 1995.
- Verneaux Roger, *Leçons Sur L'Existencialisme et ses Formes Principales*, Cours et Documents de Philosophie, Pierre Tequi, 82, Bonaparte Paris, France, 1935.
- Weckmann Luis, *La Herencia Medieval*, de México, FCE, Segunda Edición, México, D.F, 1984.